

ESCRITOS DE ELOY TERRÓN

II

LA PROFESIÓN COMO DESBORDAMIENTO HACIA LOS OTROS
(1970-1987)

Segunda edición, prologada, reestructurada y ampliada

PRÓLOGO

EDICIÓN A CARGO DE
RAFAEL JEREZ MIR

MADRID, JUNIO, 2023

Tras la publicación de la primera edición de este segundo volumen de conjunto –LA PROFESIÓN COMO DESBORDAMIENTO HACIA LOS OTROS (1970-1987)- de los ESCRITOS DE ELOY TERRÓN, en diciembre de 2015, se aborda ahora una segunda edición, ampliada, notoriamente reestructurada y dividida en cuatro partes básicas, previamente publicadas una tras otra, con sendas orientaciones para la consulta de cada una de ellas, como guía para el lector interesado, y empleadas aquí para articular este prólogo: EL HOMBRE Y SU MEDIO, FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS Y TEÓRICOS, CONTRIBUCIÓN A LA CIENCIA DE LA CULTURA y APROXIMACIÓN A LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA.

I. EL HOMBRE Y SU MEDIO

Los materiales de esta primera parte del volumen II se han estructurado en siete secciones con un doble criterio, biográfico y temático: *Del ejército republicano al ejército franquista (1936-1943)*; *De campesino a intelectual de la clase obrera y el pueblo (1944-1948)*; *Del anarquismo al marxismo (1949-1951)*; *“Trabajos en el taller” y difusión de la obra de Faustino Cordón (1970-1987)*; *La profesión como desbordamiento hacia los otros (1974-1983)*; *Trabajo político-ideológico en el PCE (1970-1987)*; y *Reintegración en la Universidad (1978-1987)*.

En la primera sección –*Del ejército republicano al ejército franquista (1936-1943)*- se incluyen tres textos de 1986: «*Significado y propósito de la guerra civil*» (una carta al director del diario *El País*) «*En el 50 aniversario de la guerra civil*» y «*Sobre la guerrilla antifranquista en León*» (estos dos últimos, básicamente producto de la reelaboración e integración de sendas series de notas escritas con vistas a la presentación del libro *La guerrilla antifranquista en León, 1939-1951*, de Secundino Serrano, en 1986). En todos ellos laten con fuerza las vivencias de su autor en la guerra y la posguerra civil y su pasión por estudiar y entender la cultura española contemporánea a la luz de su origen histórico, como clave de la comprensión de la Guerra Civil y sus secuelas históricas; y, esto, valiéndose de la eficacia excepcional del marxismo como método de análisis y guía para la acción social y política.

«Para mí –le escribe a Juan Luis Cebrián-, un inculto muchacho campesino de 16 años, derrotado, marginado y aterrorizado por la represión de los años 1937-38 y siguientes, entender la Guerra Civil –entender por qué en España pudo ocurrir algo así- se convirtió en una obsesión; no en una obsesión emocional sino en una obsesión teórica, científica. Yo intenté comprender cómo había evolucionado la sociedad española de los últimos 200 años para desencadenar una Guerra Civil tan feroz y que, además, *de inmediato, no resolvió nada*: se hizo una guerra cruel, sanguinaria, destructora, para dejar las cosas como estaban. Mejor dicho, he estado pensando en esto desde que, en 1950, el inolvidable maestro Santiago Montero Díaz me propuso la realización de una tesis de doctorado que implicaba entender el tema de esta carta».

En ella rechaza con rotundidad la tesis al uso –entonces y aún hoy- del golpe de Estado, y alienta a la intelectualidad a ofrecer al pueblo español una explicación rigurosa de su pasado reciente.

«Como intelectuales, como pueblo, tenemos que esclarecer nuestra conciencia colectiva. Tenemos que entender nuestro pasado reciente. No podemos seguir considerándonos como una excepción, como un caso patológico en el mundo occidental. Si aceptamos la tesis del golpe de Estado –del *pronunciamiento hispánico*–, continuaremos la tradición de la España de pandereta, de bandidos generosos (o, no tanto), cantaores y gitanos. Los duros y penosos trabajos de nuestro sufrido pueblo –y en esto yo me siento pueblo, pueblo campesino y minero- merecen una explicación. Es más: exigen una explicación. Nuestros miles y miles de emigrantes, dispersos por Europa y América, merecen una explicación. Hay, pues, que decirles a los que tanto han sufrido dentro, a los hijos de tanto español sacrificado, a los que sufren por el mundo, qué es lo que ha pasado aquí y por qué han pasado las cosas que han pasado.»

Por lo mismo, cuestiona también la “teoría de la decadencia”, mantenida por el grueso de la intelectualidad española desde principios del siglo XX, y esboza su propia interpretación del significado y propósito de la Guerra Civil valiéndose de sus estudios históricos.

La Guerra Civil fue el resultado de un proyecto largamente madurado por la clase dominante de la España de la Restauración, la oligarquía agrícola y financiera; a saber, la resolución violenta de la principal contradicción de la nueva sociedad agraria producto de las reformas liberales de la propiedad de la tierra en el segundo tercio del siglo XIX, que bloqueó el desarrollo capitalista agrícola e industrial español posterior, con el consiguiente estancamiento general del país. Primero de forma más laxa, con la dictadura del Primo de Ribera, que liquidó los sindicatos de clase y destruyó las organizaciones políticas democráticas, afrontando así la intensificación de la tensión social al agravarse progresivamente el problema de la tierra; y, a continuación, preparando una nueva Guerra Civil y buscando el exterminio del contrario, desde la proclamación de la Segunda República.

«Las clases que en España preparan y desencadenan la Guerra Civil pugnaban por mantener un anticuado sistema de producción (que significaba la más dura explotación y la miseria para las clases trabajadoras) para mantener los lujos y proteger la despreocupación de una minoría insignificante con su corte de aduladores, lacayos y guardaespaldas. Nuestra Guerra Civil, lo mismo que la Segunda Guerra Mundial, demuestra claramente que las más atroces violencias y los crímenes más horribles no dimanaban de un carácter innato en los hombres, sino que son siempre el resultado de la excitación y de la persuasión de una clase obsoleta y ya condenada a la extinción.»

La oligarquía latifundista y financiera planificó una guerra larga ante su impotencia para resolver la principal contradicción que atenazaba a la sociedad española desde la Restauración: la existencia de unos cuatro millones de obreros expulsados de las tierras con las desamortizaciones eclesiástica y civil y obligados a continuar al pie de ellas para rentabilizarlas trabajando dos o tres meses al año para sus viejos y nuevos propietarios; una mano de obra liberada para la industria sin que hubiera

aquí industria que pudiera emplearla y que, de haberla habido, habría sido la verdadera solución a esa contradicción, y no la guerra civil. Había que exterminar a la capa popular políticamente activa y a todos sus dirigentes potenciales para garantizar la reproducción de la nueva sociedad agraria surgida de las reformas liberales de la propiedad de la tierra. Así fue proyectada la guerra civil por una clase dominante que carecía de formación política y que la hizo echando mano del único instrumento político que sabía manejar –el golpe militar-, al amparo de la favorable coyuntura internacional, con el fascismo y el internacionalismo al alza, valiéndose especialmente de la cúpula militar y poniendo al general Franco al frente, glorificándolo y exaltándolo en un a modo de nueva versión de la forma de ejercer el Poder, encarnada en su día por la monarquía cortesana de Isabel II.

Por lo mismo, el poder político no cambió de manos; cambió la forma de ejercerlo, al pasar de democrática a dictatorial, aunque en realidad la guerra civil –clave de todos los cambios posteriores- no resolvió los problemas del país. Por lo demás, si el golpe militar de julio de 1936 se convirtió en guerra civil fue por la movilización rápida y espontánea de la clase trabajadora para hacerle frente. Ésta perdió la guerra, pero no porque pretendiera ganarla en lugar de hacer antes la revolución, como propugnaban trotskistas y anarquistas, defensores de las colectivizaciones agrarias en un país de pequeños productores. Pero, además, las condiciones de esa guerra civil terriblemente violenta y desigual se reprodujeron durante años y años valiéndose del terror físico y del espiritual.

«¿Por qué esta obsesión en prolongar la guerra civil? ¿Qué querían decir tales dirigentes con la afirmación de que la guerra civil aún continuaba? Querían decir que los “enemigos” debían ser exterminados, que los “vencidos” –quienes continuaban sintiéndose vencidos- debían ser tratados con violencia, como en tiempos de guerra. Querían decir que les negaban un lugar civil en la sociedad, que vivían de precario. Querían decir que no había habido ni habría reconciliación; que la prolongación de la guerra civil era, ni más ni menos, que la esencia de la guerra civil, la finalidad con que fue proyectada. Venían a afirmar que la guerra civil no venía a resolver nada, sino a matar a miles de españoles y a sumir a los demás en el terror.»

«Parece probable que fuera eso lo que se pretendía, porque las partidas de “huidos” –y ni siquiera las guerrillas- jamás pusieron en peligro al régimen de Franco, ya que, si el ejército franquista había derrotado a las fuerzas militares, improvisadas, de la República, en los años cuarenta ese ejército era más fuerte que nunca y la sociedad franquista se había estabilizado y fortalecido. Las partidas no eran un enemigo, pero sí un buen pretexto para intensificar la represión y aterrorizar a la población exterminando no ya sólo a los huidos y a los guerrilleros sino a enlaces, confidentes, familiares y a todas aquellas personas que les pudieran servir de puntos de apoyo.»

Es más, “el espíritu del 18 de julio” persistió hasta la muerte del dictador, tras el deterioro profundo en la guerra y la posguerra de unas relaciones sociales previas ya de por sí extraordinariamente pobres e ineficaces. La práctica del terror sobre la población civil afectada por la existencia de los huidos degradó horriblemente las relaciones familiares y empujó a los hombres a la desesperación y la autodestrucción; y esto, unido

a la persecución brutal y arbitraria de la parte más consciente de la sociedad, a la escasez y al miedo de las gentes comunes del pueblo —campesinos y obreros, hombres, mujeres y niños que jamás habían hecho daño a nadie, objeto de sevicias miserables por parte de personas con frecuencia desconocidas-, llevó a la generalización del aislamiento y, sobre todo, de la insolidaridad y la incompreensión ante las dificultades y sufrimientos de los demás, agravando así aún más el serio deterioro previo de la comunicación interpersonal.

En la segunda sección —*De campesino a intelectual de la clase obrera y el pueblo*» (1944-1948)- los textos más significativos son, con mucho, «*En Espadaña (León), cambiando de piel*» y «*Poesía y sociedad. El ambiente sociocultural en que surgió Espadaña: León 1944-1951*». El resto —«*Viaje a la España desamparada*» (1970), «*Recordando al Goethe del Viaje a Italia*» (1976), «*Sobre Felipe Castillo, exalcalde de Fabero*» (1983) y «*El problema del alcoholismo en el Bierzo*» (s.f.)- se insertan aquí porque ilustran la persistencia del interés intelectual y el amor de su autor por las tierras de Castilla y León, comenzando por las tierras bercianas y por Fabero, el pueblo donde nació y trabajó hasta su huida en agosto de 1939 para salvar la vida.

«*En Espadaña (León), cambiando de piel*» —una carta tardía a una compañera de la universidad de Oviedo en la segunda mitad de los años cuarenta- nos encontramos al joven campesino transmutándose en un intelectual, aún sin proyecto de vida y atrapado por la contradicción entre su pasado de campesino y derrotado y la necesidad de integrarse en el medio social de los vencedores para tratar de convertirse en un intelectual de la clase obrera y el pueblo.

«Yo entonces vivía en la pura contradicción, pues, mientras se aniquilaba mi pasado campesino [yo decía, me estoy especializando en “pensar”], el motor de mi vida era el considerarme como una parte —la pensante- de los derrotados: y, mientras me sintiera derrotado no estaría totalmente vencido, pero para dejar de ser un vencido no tenía otra vía que unirme a los vencedores. Esto aniquilaba mis proyectos vitales; no podía tenerlos, era una pura *contradictio in adjecto*. Lo que me sostenía y me impulsaba estaba en plena contradicción con la realidad, y tardé años en poner en armonía un posible proyecto de vida con las condiciones sociales dominantes.»

«Yo quería formarme intelectualmente porque creía que nosotros, los pobres —los trabajadores- habíamos sido derrotados por falta de dirección. Por tanto, mi ambición intelectual —mi fuerza motriz- me alejaba de la integración en el medio social, que no podía ser otro que el formado por los vencedores. Por mi origen campesino yo no tenía maneras ni saber hacer, lo que sólo se puede adquirir en una familia de clase media, depositaria en buena parte del saber intelectual [cultural].»

En cuanto a «*Poesía y sociedad. El ambiente sociocultural en que surgió Espadaña, León 1944-1951*», responde a un proyecto editorial de mediados de los ochenta, alentado por la Consejería socialista de Educación y Cultura de Castilla y León y abandonado al imponerse la derecha en las elecciones autonómicas de junio de 1987, aunque ofrece una reconstrucción de una fase de un pasado que, en buena medida, lo fue también de los poetas que hicieron la revista *Espadaña*.

Comienza explicando cómo la personalidad de cada hombre viene, sobre todo, determinada por sus relaciones personales más significativas con el diálogo como forma principal de comunicación y sus contenidos como clave de su eficacia. Aborda luego la configuración de la personalidad del poeta mediante la relación entre poesía y sociedad, centrándose en el poeta Eduardo García de Nora y en el León de entonces. Busca los orígenes de la España de la época en la nueva sociedad agraria producto de las reformas liberales de las décadas centrales del siglo XIX y en su marcha fatal hacia la guerra civil. Apunta la estructura social y las actitudes distintas y contradictorias de las diversas clases sociales en esa pequeña ciudad provinciana y levítica. Y concluye con el esbozo de las condiciones sociales dominantes en la guerra civil y la posguerra inmediata: imperio del terror físico y espiritual, como método de dominación, tras pasar del terror paramilitar inicial, en apariencia sin control, al terror organizado, metódico y frío de falangistas y eclesiásticos, con la Iglesia como dirigente del “Nuevo Estado” y responsable de la organización de la adhesión pública al nuevo régimen político valiéndose de la educación y la dirección espiritual del individuo.

En la tercera sección *–Del anarquismo al marxismo» (1949-1951)-* se insertan cuatro textos, bien significativos al respecto.

«Relación con Eugenio de Nora y Carmelo Soria» es otra carta tardía, escrita para salir al paso de la maledicencia pública berciana en defensa del poeta Eugenio García de Nora, precisando que no fue éste quien le llevó del anarquismo al marxismo en el plano político-ideológico, sino Carmelo Soria, editor y diplomático español, que sería secuestrado, torturado y asesinado en 1976 por la policía secreta de la dictadura militar de Pinochet.

«Pero, sobre todo, Eugenio me ayudó mucho en mi comportamiento social, pues, hasta la Guerra Civil, yo no había salido de mi pueblo: no conocía ni el tren, ni ninguna ciudad. Por eso le agradecí que me corrigiera algunos gestos y tics. También me ayudó a disciplinarme para el trabajo intelectual, pues yo sabía dominar mis manos, pero no mi mente. Me enseñó a escuchar, a no interrumpir cuando me hablaban y, sobre todo, a no precipitarme a hablar, sino a meditar bien lo que debía de decir. Me enseñó a comportarme en público; en este aspecto su ayuda fue para mí muy valiosa, y se lo reconocí en otros escritos míos. En lo que puedo afirmar con rotundidad que no me ayudó, ni me influyó, fue en mis ideas políticas. (...): mis ideas seguían firmes; y, por ese motivo, me visitó en León Carmelo Soria, con el que seguí en las mejores relaciones hasta su asesinato.»

En *«Cirilo Benítez, introductor del marxismo inglés en España (1947-1951)»* se transcriben las notas para una mesa redonda sobre marxismo inglés, organizada por la Fundación de Investigación Marxistas en 1984, tras resaltar la significación política, cultural e ideológica de este otro poeta e ingeniero de caminos, destacado en León y tristemente malogrado al morir en 1950, en el accidente ferroviario de Villallana (Lena).

«Cirilo Benítez, con su porte audaz, fascinó a los jóvenes estudiantes que se acercaron al partido. Fue el primero que utilizó para definir a los marxistas como él una fórmula que haría fortuna: “nosotros, los dialécticos”. Fue un precursor, pues procedía de un

sector no vencido en la guerra civil y además tuvo la audacia de marchar a París y solicitar
¡en los años cuarenta! su afiliación al Partido Comunista.»

«*El primer Lenin, clave para mi comprensión de la España Contemporánea*»
corresponde a una carta de 1974 a un camarada cubano, donde apunta la tesis central
de sus trabajos reunidos en el libro *Ciencia, técnica y humanismo* (1973) y su interés por
las obras de Lenin.

«Quiero adquirir las obras completas de Lenin o, por lo menos, los tomos pertenecientes
a la etapa de su vida anterior a la Revolución. [...]. No te extrañe que esté interesado en
esta obra; tuve que recurrir a ella para entender el desarrollo económico y social de
nuestro país durante los últimos 150 o 200 años, y el resultado fue para mí
extraordinario; estoy sorprendido por la ayuda que me ha proporcionado.»

En fin, «*Mi evolución intelectual*» es un guion elaborado en 1977 ante la
perspectiva de tener que buscarse la vida en otra parte al cerrarse el Instituto de Biología
Aplicada [1969-1978], donde venía trabajando con Faustino Cordón y su equipo de
químicos, bioquímicos y farmacéuticos. Un texto que se completa por cierto con una
nota incisiva, a pie de página, sobre la psicología típica de buena parte de la
intelectualidad académica.

«Me repele la actitud de los llamados “intelectuales” hacia la cultura y hacia los cultos,
los intelectuales más o menos consagrados. Hay algunos de esos “intelectuales” cuyo
valor consiste en que, por su origen de clase, han podido relacionarse con los
consagrados por la propia cultura burguesa. De manera que siempre hablan “cuando yo
conocía a José Bergamín...” o “cuando yo conocía a Ramón Gaya...en mi casa, salimos
en coche conducido por mi marido...”. Otros hablan de las becas que han conseguido,
un hecho revelador de la sociedad de autobombos mutuos y de mutuo apoyo en que ha
destacado tanto la clase media española desde la guerra civil. Me repugnan las tonterías
que tan seriamente cuentan y con tanto engolamiento».

La cuarta sección –“*Trabajos en el taller*” y *difusión de la obra de Faustino Cordón (1970-1984)*– requiere un breve comentario introductorio.

Ya al comienzo de su transformación de campesino en intelectual de la clase
obrera y del pueblo, Eloy Terrón rechazaba la formación libresca dominante de la
intelectualidad académica y optaba por elaborar su pensamiento sobre la base de la
propia experiencia y sus relaciones sociales e intelectuales más significativas.

«Tenía dos caminos ante mí –escribir en carta a Julia Miranda, de 1987–: leer lo que
dijeron otros o reconstruir mis recuerdos; y opté por esta segunda vía. De ahí el uso que
hice de mis amistades, como “ganchos” cariñosos y afectivos para reconstruir esa fase
de mi pasado que, en alguna medida, era el pasado del grupo que hizo *Espadaña*».

Ahora bien, si en los años de su formación, sus principales interlocutores
intelectuales fueron el canónigo de la catedral de León Antonio García de Lama, líder del
grupo *Espadaña*, Carmelo Soria, Cirilo Benítez, Santiago Montero Díaz y Faustino
Cordón, en este otro período lo serían básicamente este último y un antiguo alumno
suyo, profesor de economía en la Universidad de New Jersey, formado con Anwar Shaikh
en la New School de Nueva York.

Así, en su *Correspondencia intelectual con Manuel Román (1971-1984)*, le expone a modo de “trabajos en el taller”, las cuestiones históricas y sociales, con centro en la cultura española contemporánea, que le preocupan.

De la que parece ser la primera de sus cartas sólo se conserva un guion con el título «*Del estado actual de España. Raíces de la situación en España*», aunque basta para hacerse ya una idea de su contenido básico: evolución de la España medieval y esbozo a partir de ella y en grandes trazos de la lógica del poder en la España de los Austrias –alianza de la corona con la nobleza y el clero ultramontano en los siglos XVI y XVII, reacción final de la nobleza contra la hegemonía política e ideológica de la Iglesia ultramontana y reflejo de dicha lógica en el plano ideológico.

Esto le lleva a ocuparse de la transición «*De la sociedad feudal a la sociedad terrateniente*», en carta de 12 de septiembre de 1972.

«Hoy creo que he empezado a comprender la transición desde el sistema de producción típicamente medieval, feudal, al “sistema de transición” que se afirma hacia 1850 y, más eficazmente, después de las algaradas de 1868 a 1874.»

Dicho proceso se habría desplegado históricamente en tres etapas básicas. Primero, la propiedad territorial feudal, participada, se transforma en propiedad burguesa en beneficio exclusivo de la nobleza a cambio de la pérdida de los señoríos jurisdiccionales y de otras antiguallas feudales. En el segundo tercio del siglo, tiene lugar el reparto de las propiedades de las organizaciones religiosas y las comunes de los pueblos entre la nobleza y la burguesía comercial, con el refuerzo consiguiente de la primera en perjuicio de las organizaciones eclesiásticas y del campesinado, que pasarán a ser el sostén principal de las guerras civiles. Y, con la “revuelta” de 1868, la gran burguesía comercial –una clase parásita-, presa de sus contradicciones, rompe con la mediana y pequeña burguesía agrícola, industrial y mercantil, aliadas, a su vez, con la pequeña burguesía “revolucionaria”, hasta su claudicación ante el doble peligro de la guerra civil carlista y el cantonalismo delirante pequeño-burgués. Así, la guerra culmina con la disolución de las juntas “revolucionarias” y la revolución del orden de la gran burguesía mercantil y el ejército “vencedor”, con su subordinación consiguiente a los viejos y nuevos latifundistas: esto es, la nueva clase terrateniente dominante, aliada “natural” del capital industrial extranjero y con intereses contrapuestos a los de la burguesía industrial española. Y de ahí el forcejeo económico, político y social inmediato entre fuerzas feudales con un ropaje y en un marco en apariencia burgueses, y el consiguiente estancamiento económico y social del país.

De hecho, pocos meses antes trabajaba ya «*Sobre el estancamiento español*», con la ayuda del estudio de Ricardo.

«Estoy de acuerdo en estudiar a Ricardo. Precisamente acabo de leer la *Miseria de la Filosofía* y eso me ha incitado constantemente a estudiarle. Si tú no me hubieras recomendado estudiar a Ricardo, te lo habría sugerido yo, porque noto continuamente el peso aplastante de la producción triguera sobre toda la vida del país.»

Entre 1876 y 1910 o 1914 la demanda efectiva en España se habría visto limitada por toda una serie de causas: el peso aplastante de la producción triguera; la dependencia de “los buenos y los malos años” del campesinado de la agricultura “autosuficiente”; la limitación general de las fuentes regulares de renta; la política de

salarios bajos de los trabajadores de la tierra seguida por los latifundistas, representados por el partido conservador, en contraste con la política de precios bajos propugnada por comerciantes, funcionarios y artesanos, representados por los liberales; el usufructo de los empleos del Estado por los funcionarios como clave de la influencia política de éstos, vía impuestos; y salarios por debajo del mínimo de subsistencia, con la consiguiente destrucción de “capital humano”, en razón de una mortalidad brutal, la adulteración de alimentos y el éxodo migratorio de una parte significativa del campesinado

En 1976 retoma esta misma problemática centrándose «*Sobre la estructura social y política básica de la sociedad terrateniente*».

«Creo que he conseguido dar un importante paso adelante para comprender la situación de la España agraria tradicional, los restos últimos de la sociedad feudal.»

A saber: renta de la tierra y fisco estatal, como claves socioeconómica y política de la reproducción de la clase terrateniente; constitución de un nuevo bloque de poder mediante la alianza de la clase terrateniente y financiera, la cúpula de la burguesía mercantil y la burguesía industrial; reproducción política de su dominación por una doble vía, militar y civil, con el ejército como protagonista de la primera y la burocracia y la intelectualidad como agentes de la segunda; y conversión consiguiente de la nueva sociedad española en una sociedad represiva con el apoyo de los “liberales”.

Ese mismo año desarrolla estas ideas a propósito del «*Origen y desarrollo de la dictadura del General Franco*».

«España está viviendo las últimas consecuencias de la guerra civil de los años 1936-1939. Con motivo de los últimos acontecimientos, los “ultras” de aquí han resucitado la frase “la guerra civil aún continúa”. No les falta razón. Sin embargo, esa afirmación causa indignación en los medios de la burguesía industrial, que se esfuerzan por dar por liquidada la guerra civil, precisamente para reducir las tensiones y para desarmar a los “ultras”. Pero, quiérase o no, en estos momentos asistimos a la liquidación de los últimos vestigios [o, más que vestigios, restos o consecuencias] de nuestra contienda interior. No se debe olvidar que, en 1936, el General Franco fue investido con el poder sumo y total por los representantes de la clase dominante [el complejo latifundista y financiero] y que ha ejercido ese poder de manera exclusiva, total e ilimitada desde el final de la guerra civil hasta hoy.»

Los orígenes de la dictadura del General Franco se hallan en la Segunda República. La oligarquía agrícola-financiera habría bloqueado la reforma agraria y legitimado jurídico-ideológicamente ese bloqueo presentándola como una expropiación revolucionaria de la tierra en perjuicio tanto de la pequeña como de la gran propiedad, al mismo tiempo que impedía la consolidación del régimen republicano mediante el manejo hábil y la movilización eficaz de la pequeña burguesía, que, falta de orientación política dada la atomización de sus intereses, carecía de la capacidad de acción política coherente ante la aparición de los partidos claramente clasistas, burgueses o de la clase obrera. De ahí su reacción, oscilando entre los unos y otros, adoptando actitudes “apolíticas”, constituyendo partidos “apolíticos” [anarquistas, carlistas, etc.] y partidos “anti” [anticapitalistas, antimarxistas] o inclinándose a la sumisión a un poder personalizado [encarnado en la monarquía, mejor absoluta que constitucional] y reproduciendo la ideología del “hidalgo corto”: nostalgia imperial, odio y desprecio a todo lo extranjero, culto al honor, sensibilidad vulgar y machista, religiosidad supersticiosa y materialista, y aversión a la política. Los latifundistas habrían explotado

eficazmente los rasgos, ambigüedades y vacilaciones características de la pequeña burguesía: primero, para obstaculizar el desarrollo de la burguesía industrial naciente y domesticarla, aprovechando además su miedo ante la gran agresividad de la clase obrera naciente; y, más tarde, para lograr su apoyo total con el espantajo del “reparto” y el comunismo.

La debilidad de la Segunda República se explicaría, en definitiva, por la carencia de conciencia política de los españoles en general –sólo los obreros industriales y agrícolas y la naciente burguesía industrial tenían alguna- y por su falta de apoyo sociales; los profesionales consiguieron algunas prebendas, pero a la pequeña burguesía agraria y a los artesanos no se les ofreció nada, y a los obreros únicamente libertades. El Estado continuó dominado por la vieja burocracia: el rey fue sustituido por un presidente y cambiaron la bandera y el escudo nacional, pero lo fundamental –ejército, guardia civil, policía, tribunales e Iglesia- continuó en buenas manos. La vieja clase dominante siguió intacta, con sus dos estratos básicos; aristocracia latifundista y financiera del centro y sur peninsular, y restos de la vieja nobleza provinciana [con la oligarquía de los hidalgos cortos como verdadera base de la monarquía absoluta] anclados en una ideología extremadamente reaccionaria y opuestos a los simples hallazgos político-liberales por su intimidad con la Iglesia.

De hecho, este segundo gran estrato de la clase dominante se separó ya del primero a partir de la entronización de los Borbones y, en particular, desde que la alta nobleza terrateniente se inclinó al liberalismo por los beneficios que obtuvo de las desamortizaciones y de la transformación jurídico-burguesa del país. Fue el sostén de las guerras carlistas, sin llegar a ser destruido, al no ser plenamente derrotado. Al constatar la traición de la alta nobleza y la defección de la población de las ciudades, se replegó sobre sí mismo y sobre sus recuerdos, rememorando las hazañas de sus antepasados y el Imperio español. Repudió a los partidos, como nefastos, y toda ideología y concepción del mundo, al tomar conciencia de sí como reserva de la reacción ya a finales del siglo XIX [integristas, tradicionalistas, carlistas]. Rechazó la política en sí misma, como causa de división y desintegración social, tomando a los políticos como encarnación del diablo, durante el primer tercio del siglo XX; tan sólo aceptó la Monarquía y esto si ésta se imponía por la fuerza; y a las alturas de 1934 y 1935 apareció como su única tabla de salvación a ojos de latifundistas y financieros, y hasta de muchos empresarios industriales. Dirigió la preparación de la guerra civil, su desencadenamiento y su conducción hasta la victoria, con los agricultores de la agricultura de autoabastecimiento como fuerza de choque. Impuso su dominio político-ideológico bajo el nuevo orden, sin más modificación que su “actualización” fascista y nazi con frases altisonantes, valiéndose de Falange Española. Propugnó, en política, la conservación de la estructura política y social procedente del feudalismo tardío, la concepción del mundo cristiana medieval “anterior a la ruptura de Lutero” y la familia, el municipio y el sindicato como bases de la organización político-social. Restauró el gremialismo medieval, como base de la organización política, y la monarquía católica, social y representativa, personificada por el General Franco, como clave de la organización del Estado. Y vio reverdecer sus ensoñaciones con la creación híbrida y pseudofascista del Imperio Nacional Sindicalista y el retorno a una sociedad agraria y artesana, proclamando la necesidad del aislamiento del país, si bien a partir de 1959 tuvo que compartir su dominio exclusivo del Estado con los grupos más reaccionarios de la

burguesía industrial. Con todo, aún tendría un nuevo reverdecimiento, en forma de “bunker”, ante la inminencia de la desaparición física de Franco y la posibilidad de la liquidación de las consecuencias de la guerra civil, con sus referencias al “Régimen” actual y su búsqueda de apoyos entre el campesinado pequeño y medio.

El “nuevo orden” político, económico y social impuesto por la dictadura del general Franco convenía plenamente con las exigencias y deseos de la pequeña burguesía agraria [sobre todo, con ésta], artesana y comerciante, con los de la oligarquía agrícola-financiera y, en gran medida, también, con los de la burguesía industrial, en su gran mayoría pequeños empresarios angustiados por la competencia exterior e interior. Pero el desarrollo capitalista de la industria y los servicios –que puso, por cierto, frente a frente a las dos clases protagonistas de la sociedad burguesa –la clase obrera y la burguesía industrial-, a partir de los años sesenta, unido a la ruina de su base social y económica en la guerra civil y a la emigración al exterior posterior, destruyó la base económica de la pequeña burguesía agraria.

Esto último viene a enlazar con «*La respuesta de la agricultura al desarrollo de la industria y los servicios*» en la carta, por desgracia incompleta, de ese mismo año, 1975.

«El desarrollo económico impone una mayor circulación de capital entre los diferentes sectores, subsectores y ramas de la producción en busca de beneficios extra, con el resultado de una mayor racionalización de la producción y de la disminución de sus costes, al eliminarse todas las empresas marginales. De modo que, contrariamente a lo que piensan muchos portavoces de los agricultores, en mi opinión la agricultura de nuestro país no tiene más salvación que el desarrollo acelerado de la industria y de los servicios.»

Las medidas políticas de apoyo al campesinado pequeño y medio son ineficaces: la solución a los problemas agrícolas es la aceleración –y no la contención- del desarrollo de la industria y los servicios. En la agricultura de autoabastecimiento se impone la emigración del campesinado o su reconversión para producir para el mercado interior; en la agricultura que venía produciendo para el mercado interior, la producción de hortalizas y frutas para el mismo, en explotaciones familiares las primeras y en grandes explotaciones mecanizadas transformadas en empresas capitalistas, las segundas; y en las grandes explotaciones mecanizadas transformadas en empresas capitalistas, la producción para la exportación con mano de obra asalariada.

Por lo demás, la transición a una sociedad capitalista industrial no sólo tiene efectos sociales y económicos sino también ideológicos. De hecho, Eloy Terrón, nada más tomar posesión como decano del Colegio de Doctores y Licenciados del distrito universitario de Madrid en febrero de 1974, muestra su sorpresa «*Sobre el “libertarismo” de los docentes españoles*»,

«Cuando estuviste aquí ya te dije que me habían elegido Decano del Colegio de Doctores y Licenciados; me convencieron para que aceptara, puesto que no me ocasionaría ningún trastorno. Pero la cosa no resulta tan sencilla, porque estoy descubriendo que tengo que ir por el Colegio casi todas las tardes; e incluso, muchos días, tengo que estar allí largas horas. Pierdo mucho tiempo sin compensación; y esa pérdida me abruma porque ahora necesito de mi tiempo más que nunca para realizar mis trabajos de tipo más o menos científico, entre ellos el del estancamiento en España. Claro que trato de aprovechar al máximo ese tiempo, recogiendo experiencias de todo tipo. Hasta ahora lo que más me llama la atención es el antiautoritarismo, el

antidirectivismo y la indisciplina general de los profesores y el terror histérico que tienen a todo condicionamiento. No acabo de entender bien el comportamiento de estos “intelectuales”; sus actitudes, su conducta en general, me confunden; por ello, he tratado de explicarme las causas profundas de su manera de proceder, y a continuación voy a exponerte mi visión de la cuestión.»

Por de pronto, relaciona especialmente esa situación con la psicología típica de la vieja clase media y con el “asalaramiento” de los nuevos profesionales. Lo que le lleva a resaltar el contraste entre la comprensión de la lógica objetiva de la inflación y la conciencia objetiva de su situación laboral por parte de la clase obrera en virtud de la fuerza educativa de sus condiciones de existencia y la incompreensión de las suyas por parte de los profesionales asalariados, atrapados por la contradicción entre sus expectativas a imagen del profesional tradicional y su situación real de asalariados.

Por lo demás, absorbido sobre todo por la práctica de *La profesión como desbordamiento hacia los otros* desde el decanato del Colegio de Madrid (1974-1979) y la presidencia del Consejo General de Colegios (1977-1983), interrumpe esta correspondencia para no reanudarla ya sino puntualmente.

Así, en 1980, abre una nueva carta –«*Sobre la educación*»- con estas palabras.

«Quiero reanudar la correspondencia de los viejos tiempos, aquellas cartas problema en las que yo te planteaba mis dificultades y sometía a tu juicio mis problemas. Después de varios años sin escribirte este tipo de cartas, me encuentro con tantas y tantas cuestiones sobre las que recabar tu opinión, que no sé por dónde empezar.»

«Si repasara los temas que me han que me han preocupado a raíz de acontecimientos mundiales –como la subida del petróleo, el viraje a la derecha en los grandes países capitalistas, la liquidación del mito de la sociedad de la abundancia y de las gratificaciones materiales, la invasión de Afganistán y la nueva era de rearme, la nueva era de incertidumbre en que entramos, etc.-, acabaría encontrándome con algunas cuestiones sin terminar de elaborar que podrían ser objeto de cartas bastante densas y largas. Entre ellas, algunas que hube de dejar de lado: la moral católica como sistema para intercambiar bienes o trabajo por una silla cómoda en la corte celestial; el papel de la ciencia [y la planificación] en la dirección de las sociedades industriales avanzadas; la necesidad de una ciencia general para vislumbrar las repercusiones -cada día más intensas y extensas- de la acción del hombre sobre la naturaleza; y el problema que ahora me preocupa, elaborar un libro para profesores y padres que pudiera servirles de *guía* para mejorar su acción en la educación de los muchachos. Esta última cuestión me excita y me acucia últimamente, a la vista de la crisis abierta en la educación de la juventud en este país.»

De hecho, en ese mismo texto, esboza ya la problemática de ese libro, articulándola en cuatro partes. Comienza apuntando la necesidad de comprender la naturaleza del hombre y de su medio biológico –la cultura, así entendida- como clave última de la comprensión científica del origen y el desarrollo de la conciencia infantil. Aborda luego la naturaleza de la sociedad industrial capitalista y sus dispositivos culturales para el control del comportamiento de los individuos, resaltando tres aspectos básicos: la dialéctica de los centros reales y aparentes de poder, con una

atención especial a la sociedad de consumo y a la publicidad; la adaptación consciente del niño al medio humano y la elevación del mismo a los sentimientos más elevados, como tarea central profesor; y la necesidad de una concepción racional [científica] de la vida y la historia humana como cimiento firme de la nueva sensibilidad, la nueva moral y el conocimiento que el individuo debe tener del medio en que ha de vivir. Se ocupa, en tercer lugar, de las funciones básicas de la escuela: equipar al niño con los conocimientos y las destrezas necesarias para jugar un papel en la sociedad, y poner al individuo en condiciones de desenvolver su propia personalidad, elegir su proyecto de vida y ejercer su libertad valiéndose del conocimiento de la sociedad y la técnica [las ciencias naturales] y de la vivencia del arte. Y concluye con la necesidad de la reflexión conjunta de profesores y padres sobre la educación del niño, con especial atención a la búsqueda de los medios idóneos para ayudar a alumnos e hijos a descubrir conscientemente la realidad en la que viven, como condición sine que non para el ejercicio de la propia libertad.

Hay todavía una última carta, aunque inacabada, «*Sobre el 23 F*», con su versión del golpe de Estado y el análisis de los acontecimientos, con especial atención a la justificación del golpe y las motivaciones de los golpistas.

Por lo demás, la correspondencia conservada se completa con sendas cartas sobre el «*Desarrollo de la oligarquía industrial-militar dominante en Estados Unidos y en el “mundo libre”*» (1971) y «*Sobre la posibilidad de la transición al socialismo en los países industriales avanzados*» (1976).

«En mi opinión –escribe en la primera-, la gran expansión de las empresas norteamericanas, que han invadido todos los países del “mundo libre” y han dado nacimiento al nuevo concepto de “empresas multinacionales”, tiene por base esa situación peculiar lograda por unas pocas grandes empresas en los Estados Unidos. Una situación que se caracteriza –en resumen- por el papel asumido en la “defensa” del modo de vida americano y del capitalismo del “mundo libre”, por cumplir sus tareas con éxito y por repartirse anualmente miles de millones de dólares para continuar la investigación y desarrollo de nuevas armas, fabricarlas y explotar los “subproductos técnicos” de la investigación bélica en un verdadero régimen monopolista.»

Según esto, el desarrollo del sector de la economía norteamericana productor de artefactos bélicos se inicia en la Segunda Guerra Mundial con el monopolio de la producción bélica por las grandes empresas, dado el escaso desarrollo del aparato militar hasta entonces, unido a la “revolución militar” en virtud de la compenetración de la actividad bélica y la producción e innovación de armamentos con la tecnología y la ciencia; y se afianza con la persistencia de la subvención gubernamental de la producción industrial de material bélico y su renovación cíclica tras finalizar la guerra, y con el comienzo de la “guerra fría” poco después, como condiciones básicas de la potenciación de la oligarquía industrial-militar. Todo lo cual tiene serias repercusiones sobre la economía, la política internacional y el desarrollo general de la ciencia y la tecnología: 1/ aparición los Estados Unidos y la URSS como únicas superpotencias; 2/ propaganda anticomunista y defensa del “modo de vida americano” y el capitalismo en el “mundo libre”; 3/ espiral infernal de la carrera de armamentos, con la consiguiente

reducción de la producción de bienes de consumo en los países socialistas; 4/ aplicación de las ciencias más avanzadas a la producción; 5/ desarrollo de las computadoras y el teleproceso de datos, las comunicaciones por satélite, la mejora de la navegación aérea y marítima con el desarrollo del radar y los nuevos materiales, las centrales nucleares, la aplicación de los semiconductores y la utilización de la investigación operativa y otros subproductos de las investigaciones al servicio del Departamento de Defensa de los EEUU; 6/ reforzamiento de la oligarquía industrial-militar con la “rivalidad” entre los Estados Unidos y la URSS en la carrera espacial; y, 7/ reducción de la ciencia a un simple método de recoger datos, disponerlos y transformarlos en “información” apta para ser manejada por las computadoras electrónicas y la tecnología en general.

En fin, «*Sobre la posibilidad de la transición al socialismo en los países industriales avanzados*» Eloy Terrón es optimista.

«Tal como yo lo considero, será un paso lento, con frecuentes avances y retrocesos, pero cada día que pasa aumentarán las posibilidades y la seguridad del paso».

Dependerá de la dialéctica de las condiciones objetivas y las condiciones subjetivas, comenzando por el aprovechamiento de los clásicos y la experiencia de la URSS como guía teórica y práctica para la organización de la economía por las masas, la preservación de su bienestar en los países capitalistas y el convencimiento de las gentes –teórica y prácticamente- por parte de los partidos políticos de los trabajadores, teniendo en cuenta de los efectos de los ciclos de la producción capitalista sobre ellos, su fragmentación en cuadros y obreros, la existencia de dos o más partidos de ese tipo y la necesidad de la sustitución de la táctica economicista al uso por una estrategia de tipo total sobre la base de la colaboración de cuadros y obreros.

En cuanto a la segunda parte de esta sección –*Colaboración con Faustino Cordón: de IBYS a FIBE (1969-1980)*, que evidencia la entrega de Eloy Terrón a la difusión y la preservación de la obra de su amigo y maestro, se ha estructurado en cuatro apartados.

En el primero de ellos –*Faustino Cordón y la biología en España*- se incluyen un par de apuntes sobre la biografía y el historial científicos del biólogo español y se resalta su contraste con la miseria de las publicaciones biológicas en la España de la época.

«Arrastrado por la “lógica de las cosas”, el Dr. Cordón avanzó hasta las últimas consecuencias, que no son otras que la ordenación nueva de todos los datos de las ciencias biológicas»

.....

«El estudio de los seres vivos, desde el punto de vista de la alimentación, permitió al Dr. Cordón elaborar una interpretación biológica en la que se integran, para adquirir pleno sentido, todos los hallazgos y descubrimientos de los biólogos que hasta ahora permanecían aislados e inarticulados.»

.....

«En España no hay ninguna editorial especializada en biología, aunque sí las hay en medicina, veterinaria y ganadería, en agricultura, etc.; y ni siquiera hay una colección de

libros de biología. (...). Quizás podría organizarse una colección de biología sobre la base de obras fundamentales de teoría biológica, libros de texto eminentes y clásicos de la ciencia biológica.»

En el segundo –*La alimentación, base de la biología evolucionista*– se resalta la principal originalidad del pensamiento del biólogo español.

«Sin duda, lo más original del pensamiento de Cordón son sus supuestos y su método de trabajo, ya que puede decirse que gracias a ellos ha conseguido llevar a cabo ese audaz intento de reorganizar casi todo el conocimiento biológico socialmente admitido en un nuevo cuerpo de teoría, que comprende al conjunto de los seres vivos, del protoplasma al hombre.»

«Precisamente para dar cuenta del comportamiento [de los procesos] de los seres vivos –que es justamente lo que se ha propuesto Cordón en su obra– es necesaria una ciencia nueva que no se limite a investigar un campo de objetos uniforme y con acciones reversibles, sino objetos cuya organización encierra otros niveles de objetos, irreductibles a los de nivel superior, que tienen su propio comportamiento y su propia historia evolutiva: la ciencia que Cordón llama ciencia evolutiva o dialéctica.»

«La aportación más valiosa de la obra del Dr. Cordón radica precisamente en invertir la tendencia irresistible hacia la especialización [sin negar su necesidad] y la fragmentación del conocimiento, para replantear la inapreciable significación e importancia del conocimiento del todo que es cada animal y del conjunto de las especies; mejor aún, de la biosfera, en cuanto marco que abarca a todos los seres vivos y sus interacciones, tan profundamente determinante para cada especie en particular.»

Siguen luego una serie de reseñas de las obras publicadas en la segunda mitad de los años setenta y principio de los ochenta.

La alimentación, base teórica de la biología evolucionista (1978):

«Este libro constituye la síntesis de toda su labor de investigador; es la obra de su vida».

La función de la ciencia en la sociedad (1976):

«Este libro del Dr. Cordón es una excepción a ese tipo de reflexiones, porque el Dr. Cordón reflexiona sobre la ciencia desde el interior mismo de la ciencia; mejor aún, desde dentro de la ciencia a la que ha dedicado su vida, desde la biología. Y este es el gran mérito de este pequeño libro, que constituye una meditación rigurosa de un biólogo que ha luchado tenazmente por hacer ciencia en un medio, si no hostil, sí abiertamente indiferente, como lo ha sido nuestro empresariado y nuestra sociedad, desde los años cuarenta hasta hoy.»

Conversaciones con Faustino Cordón sobre biología evolucionista (1979):

«Pero, en estas *Conversaciones*, se nos ofrece una visión de conjunto que nos permite apreciar la fuerza explicativa de la teoría, desde el origen de la vida a su más elevada manifestación: el hombre y su medio, la sociedad y la cultura.»

Cocinar hizo al hombre (1980):

«Este librito de Cordón, que es sólo una anticipación de un estudio mucho más extenso y meditado –el cuarto volumen de su obra capital, *La alimentación, base de la biología evolucionista*-, constituye un estupendo y esclarecedor esfuerzo para entender el origen y despegue de la especie humana a partir de un primate arborícola.»

La naturaleza del hombre a la luz de su origen biológico (1981):

«Faustino Cordón es un investigador que abre camino: un adelantado de la indagación biológica, que obliga al crítico a consumir todas sus fuerzas en seguirle, sin permitirle un respiro para complacerse en el conocimiento alcanzado o para hacer comparaciones entre las exploraciones atrevidas del autor y los conocimientos ya adquiridos y socialmente consolidados.»

Todo lo cual se completa con la transcripción de los manuscritos y mecanoscritos relativos a la historia de IBA [Instituto de Biología Aplicada (1969-1978)] y al lanzamiento de FIBE [Fundación para la Investigación sobre Biología Evolucionista (1978-1980)].

En la quinta sección, la práctica de *La profesión como desbordamiento hacia los otros* (1970-1987) el medio escolar y cultural general se materializa ante todo en cinco libros, ya editados en esta BVET, por lo que aquí únicamente se incluyen los índices y las referencias bibliográficas para facilitar el trabajo del lector o estudioso interesados.

Escritos de Sociología del Sistema Educativo Español fue el primero de ellos, con una larga serie de “islotos de conocimiento” sobre la problemática educativa, estructurados en cinco partes, a base de los materiales localizados hasta 2010: 1/ Sociología de la Universidad española y de la investigación docente; 2/ Fundamentos teóricos; 3/ Crisis del sistema de enseñanza tradicional; 4/ Escritos de combate: la religión, arma de dominación; y, 5/ Educación para la democracia en la España industrial, capitalista y democrática.

Educación y clases sociales, editado en 2012 y revisado y completado con las notas originales en 2019, consta de tres partes. En la primera se plantea el problema y se estudian los antecedentes y la formación de la familia campesina española, la familia en la sociedad industrial, las motivaciones actuales para tener hijos y el crecimiento y educación de éstos, con especial atención a la autoridad de los padres y a la disciplina del niño. En la segunda se aborda el tratamiento sistemático de la educación de la clase alta, la clase media tradicional y la pequeña burguesía en la sociedad agrícola tradicional. Y en la tercera y última se trata la educación de la clase obrera en la sociedad industrial y de servicios.

Crisis del sistema de enseñanza y Alternativa por la escuela pública es una reunión de nuevos inéditos de sociología del sistema educativo español, localizados y editados en 2019, estructurándolos en tres partes; 1/ Fundamentos Teóricos; 2/ Crisis del Sistema de Enseñanza; y, 3/ Alternativa por la Escuela pública.

Transición a la sociedad industrial capitalista y democrática y remodelación del sistema educativo (1974-1985), editado en diciembre de 2021, incluye los discursos de apertura de la Junta General del Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias del Distrito Universitario de Madrid, siete textos a modo de notas sobre la gratuidad, la financiación y la libertad de la enseñanza, la educación para la democracia, la educación en el amor y respeto de la naturaleza, el olvido de la escuela pública y la educación para la paz, otros tantos guiones sobre la enseñanza en la transición, la educación para la democracia, la escuela pública como escuela democrática, las subvenciones estatales a la enseñanza privada, la Iglesia y la educación, y el educador ante la cultura de masas y los nuevos códigos, y cuatro apéndices.

La serie se cierra con la reedición el pasado mes de mayo del libro *Educación religiosa y alienación*, publicado en 1983 con el pseudónimo de Toribio Pérez de Arganza, correspondiente a un manuscrito con el título *Formación católica y personalidad*, que data de septiembre de 1980, y que, según su autor,

«encierra una investigación bastante desordenada y confusa de un tema de enorme interés en el pasado y todavía hoy muy importante. A saber: la utilización de los sentimientos religiosos de las masas por las jerarquías religiosas en general –y, en especial, por las de la Iglesia católica- con fines de dominación política. [...]. Dentro de su brevedad, el librito contiene una gran riqueza de ideas, en algunos casos tan sólo apuntadas.»

Siguen luego: siete artículos más o menos amplios sobre «*Práctica de la democracia y desarrollo intelectual*» (1970), «*La educación, problema capital de la sociedad industria*» (1973), incluido en su día como apéndice del libro *Ciencia, técnica y humanismo*, «*Una enseñanza democrática*», «*La enseñanza escolar como vía de liberación*» (1979), «*Los colegios religiosos y la crisis educativa en España*» (1980), «*Coeducación y control social en la España de la posguerra*» (1980) y «*Familia y educación en un contexto de clase obrera*»; una carta a una compañera, sobre «*La problemática educativa como clave para una sociedad democrática*» (1978), y otra al director de *Diario 16*, sobre la «*Necesidad de una reforma humanista, científica y racionalista de la educación*» (1980); más toda una larga serie entrevistas y referencias periodísticas de conferencias y otras intervenciones públicas entre 1974 y 1982.

Ahora bien, si en la quinta sección se ilustra sobradamente el “desbordamiento” profesional de Eloy Terrón en beneficio de la educación española entre 1970 y 1984, en la sexta se integran los textos directa o indirectamente relacionados con su *Trabajo político-ideológico en el PCE (1970-1987)*.

Así, a un joven camarada, inquieto por las inconsecuencias político-ideológicas de otros, que se pregunta «*Sobre el problema del dogmatismo*» (1970) le reorienta hacia la aplicación del marxismo como método de análisis e hilo teórico conductor, ante todo.

«El comunista que acusa de dogmáticos a su partido y a sus dirigentes y atribuye sus propios errores a ese dogmatismo, a imposiciones venidas de fuera, es un ingenuo, un comodón o un taimado. No entro a discutir si muchos dirigentes han obrado dogmáticamente en numerosas ocasiones. La teoría está ahí y no induce a error. Éste sólo puede proceder de no seguirla, porque lo fundamental del marxismo no es el ser

una concepción de la realidad total, acabada y para siempre, sino un método que hay que aplicar a cada realidad particular y en cada momento, y que enseña magistralmente a recoger, integrar y contrastar la experiencia humana en la forma de conocimiento, de información.»

Pero, supuesto esto, pasa a abordar la naturaleza social y teórica del dogmatismo, como movilización de una masa de hombres con un fin opuesto a sus intereses más profundos mediante la deformación de su conciencia en aquellas condiciones histórico-sociales que posibilitan el dominio exclusivo de los dispositivos culturales del adoctrinamiento y la imposición de una ideología exclusivista por parte de una clase dominante, bien en la versión burda de la sociedad agraria tradicional, bien en la sofisticada de la sociedad capitalista industrial.

Cuando varios años después, se ocupe de «*La ideología de la clase media y el régimen de Franco*» (1975), tampoco mostrará la menor duda sobre cómo hacerlo.

«La economía política puede, sin duda, prestar una valiosa ayuda en ese esfuerzo por entender la coincidencia de intereses entre la llamada clase media y el Régimen fundado por el General Franco. Pues, no se debe olvidar que el verdadero objeto de la economía política es el análisis [el estudio] de la forma en que se distribuye la riqueza entre las clases sociales que intervienen en su producción.»

La transición a una sociedad capitalista industrial desde los primeros años sesenta es la causa de la centralidad de las clases empresarial y obrera en los setenta, coincidiendo con el hundimiento de la posición histórica privilegiada de la vieja clase media, con su consiguiente transformación: de base de masas del régimen franquista a su fractura generacional entre desafectos y partidarios de la democracia burguesa. Por lo demás, la defensa a ultranza, abstracta y retórica de la religión y la patria son síntomas de la desaparición de esa clase media como guardiana de las diferencias de clase, cuyo subjetivismo, aversión a la política e incapacidad para la autocrítica se explican por su carencia de intereses comunes y de solidaridad.

En 1976, aprovecha una mesa redonda fallida sobre la *Alternativa para la enseñanza* para esclarecer la teoría marxista y mejorar la práctica comunista, remitiendo a los asistentes una carta «*Sobre la propaganda y la agitación*».

«Me he esforzado en aclarar las diferencias que existen entre propaganda y agitación, en cómo cada una conviene a situaciones diferentes y qué fines se persiguen con cada una. Este esclarecimiento me parece indispensable para analizar la reunión sobre el tema de “una” alternativa para la enseñanza, del sábado 9.»

A ese propósito, distingue entre propaganda, entendida como educación política, y agitación. La propaganda es metódica, reflexiva y continuada en el tiempo; la agitación debe utilizarse con suma cautela y sólo sobre la base de la asimilación de la teoría mediante la propaganda previa. Por lo demás, en tanto que el fin de la propaganda es convencer, educar, proporcionar una idea correcta del mundo en que vivimos, el de la agitación es la creación de un estado emocional, basado en el conocimiento previo de las condiciones de clase, como motor de una acción colectiva.

En 1977 se ocupa con mayor detenimiento de «Las fuerzas de la cultura y la participación democrática»

«Las fuerzas de la cultura, con el apoyo de los ciudadanos, pueden conseguir el control de los medios de comunicación de masas y de las industrias de la cultura, para transformar unos y otros, de negocios lucrativos y deformadores de las opiniones y sentimientos de los ciudadanos, en auténticos servicios sociales, servicios públicos dirigidos a elevar la conciencia de las masas y a educarlas en la libertad y el respeto a la dignidad del hombre; a orientarlas hacia la única forma de sociedad en que esos objetivos son posibles, hacia el socialismo.»

Las sociedades democráticas industriales actuales son el resultado de la transformación capitalista de las sociedades agrarias tradicionales. En el caso español, la estructura social y política de la sociedad agraria, con su debilidad de los intelectuales, persistió hasta que, en los años sesenta y setenta, las remesas de los emigrantes y las divisas de los turistas financiaron la tecnología industrial y el desarrollo capitalista, con los cambios sociales consiguientes: transformación de la estructura social, con centro en la burguesía industrial y en la clase obrera; redistribución territorial de la población, cambio de la estructura tradicional de la población activa y urbanización creciente y nuevos problemas sociales [vivienda, delincuencia, polución,...]; mecanización y concentración de la producción, generalización del sistema fabril, aumento de la productividad e imperio del marketing; lucha empresarial por el dominio del mercado interior y aumentos salariales para garantizar la realización de la producción; ruptura de los hábitos de consumo tradicionales y creación constante de nuevas necesidades valiéndose de la publicidad; desarrollo del ocio y el turismo de masas, entre otras “industrias” de los servicios características, y tendencia al predominio del sector terciario en general; exigencia de la formación intelectual y profesional de los trabajadores, preocupación general por la enseñanza y aumento del presupuesto de educación; industrialización de la cultura de la letra impresa, la imagen y el sonido, y necesidad de mano de obra especializada para atenderla; desarrollo de los medios de comunicación de masas y de la publicidad, impacto educativo de éstos [especialmente sobre los niños] y necesidad de la asunción de la responsabilidad de sus contenidos por los trabajadores de la cultura; y aprendizaje de la organización y la cooperación en las grandes fábricas, desarrollo de la conciencia de clase y nueva actitud ante la actividad política de la clase obrera, como raíz del movimiento ciudadano.

Ahora bien, a todo ello hay que unir el desarrollo de las fuerzas de la cultura y sus medios de influencia sobre las masas con el predominio creciente de los servicios, el crecimiento desmesurado de las industrias de la cultura y las comunicaciones de masas, el aumento de la demanda y el asalaramiento de los profesionales, intelectuales y artistas. Con estos condicionamientos, estos últimos abandonan poco a poco su actitud ambivalente, dada su posición entre las masas trabajadoras y la burguesía industrial y la clase media, van adquiriendo conciencia de clase y pasan a aliarse y colaborar con la clase obrera al ir tomando conciencia de las contradicciones sociales. De ahí, el papel de las fuerzas de la cultura en la participación democrática en los últimos años: pues, conforme se esclarece la conciencia de las masas, éstas asumen los proyectos de los profesionales, intelectuales y artistas y se impone la colaboración de los movimientos

ciudadanos con los especialistas, como garantía contra la corrupción capitalista y como arma decisiva para el control de los medios de comunicación y las industrias de la cultura, al servicio de las masas.

«*La política científica de la Unión Soviética*» (1979) es un texto elaborado a base de las notas tomadas en el viaje de julio/agosto de ese año, programado por el PCE y poco satisfactorio por falta de la necesaria preparación previa.

«Sin embargo, este viaje –por su duración e intensidad, y por el esfuerzo que se le ha dedicado- requeriría algo más; debía haber logrado algo más. En mi caso, debió haber significado un avance importante en mi concepción de la ciencia y de sus relaciones con la filosofía y con la sociedad [con la enseñanza, con la cultura, con la técnica –con el esfuerzo humano- y con la economía]. En ese sentido, tengo la sensación de que, para mí –en lo personal-, el viaje ha sido un fracaso. Y, de ahí, este esfuerzo por sacar la máxima experiencia posible del mismo, aunque tan sólo sirva para programar futuros viajes a fin de que los comisionados logren mejores enseñanzas y los esfuerzos de los compañeros soviéticos no caigan en el vacío.»

«*Partido comunista e Iglesia*» (1980) es un breve apunte comparativo de los rasgos característicos de la Iglesia Católica y el partido comunista, escrito a raíz de la publicación en *Diario 16* de una serie de artículos con el título «Viaje al interior de la iglesia comunista», del periodista José Luís Gutiérrez.

«A alguien que conozca bien la naturaleza, los mecanismos de control y los objetivos de la Iglesia Católica no le será difícil encontrar algunas semejanzas entre esta vieja –milenaria- organización y los partidos comunistas; pero no creo que los que hacen tales comparaciones tan a la ligera sepan claramente qué rasgos de la una y de los otros proporcionan la base para esa comparación.»

«*Vacilaciones y abandono de los intelectuales del PCE*» (1981) es un trabajo sociológico sólido, a modo de Carta a Ramón Tamames, para esclarecer su tesis de partida.

«Como se sabe, las tensiones de clase operan de modo oscuro en los individuos impulsándoles a tomar posiciones a veces difícilmente explicables o enmascaradas bajo falsas motivaciones. Y a nadie le tiene que extrañar que tales tensiones se manifiesten entre los intelectuales, profesionales y artistas del PCE, sobre todo en aquellos que, como se ha dicho, no han asumido la conciencia de clase de forma plena ni el marxismo como concepción del mundo por vía teórica, por mucha simpatía que sientan por el partido obrero en el que militan.»

Supuesto esto, se apuntan las claves para el análisis a modo de introducción: estructura y cambios de la sociedad, organización y composición real del partido, condicionamientos y extracción de clase de los intelectuales, y necesidad de una explicación de la cuestión de los intelectuales verosímil para el militante común y de su discusión a fondo en el partido. Y, a partir de ahí, el cuerpo principal del texto se estructura con un criterio histórico en dos partes –“Miseria económica y totalitarismo político (1939-1958)” y “Descomposición del régimen franquista y transición a la democracia (1959-1981)”-, distinguiendo tres apartados en cada una ellas: Sistema agrarista medievalizante y dogmático, Evolución del PCE y Contradicciones de la nueva

intelectualidad, en la primera; y Desarrollo industrial capitalista, transformación de la estructura social y crisis económica, Organización, filosofía y política del partido y Vacilaciones y abandonos de los intelectuales, artistas y profesionales del PCE, en contraste con la creatividad y el compromiso político de la intelectualidad europeo-occidental tras la Segunda Guerra Mundial, en la segunda.

«*El dominio ideológico capitalista y la crisis de la izquierda*» es otro texto capital, escrito en 1980 y revisado y ampliado en 1981.

«La tarea fundamental de los partidos comunistas es recuperar su influencia sobre las masas trabajadoras y despertar su interés. [...] Por encima de todo hay que saber qué es y a dónde va la sociedad capitalista en que estamos inmersos. Hay que conocer a fondo su estructura, su organización, su *fisiología*, sus fuentes de vida, así como sus mecanismos de dominio en todos los niveles, desde el militar y policíaco hasta el más sutil y refinado, que es la incrustación en las mismas conciencias, pasando por el religioso. [...] Hay que demostrarles que el socialismo –a pesar de todo lo que se diga en contrario- no significa una reducción del bienestar individual sino mayor bienestar, *seguridad* y liberación de todas las opresiones, materiales y espirituales.»

La causa de la crisis de la izquierda es el capitalismo avanzado, con su centralización empresarial, fragmentación mercantil de las masas y bloqueo de su “conciencia espontánea” valiéndose de los grandes medios de comunicación. Para constatarlo, basta comparar la condición de la clase obrera española antes de 1936 y su movilización espontánea para la guerra civil, con su fragmentación objetiva, contrarrestada por su autonomía moral e ideológica, con la configuración capitalista de los gustos, sentimientos y esperanzas de las masas trabajadoras. El trabajo asalariado y se potencia la “inquietud adquisitiva” mediante la innovación técnica, fragmentando a los trabajadores y encadenándolos a las mercancías valiéndose de la publicidad y la “venta a plazos”. A lo que hay que añadir: la reorientación formal y utilitaria de la educación –en coherencia con la disminución objetiva de las condiciones intelectuales y morales de la población- y la configuración de sus gustos por los medios de comunicación de masas; su degradación intelectual y cultural con la generalización del “analfabetismo funcional” y la desorganización de la mente mediante la industria de la “subcultura”, acelerada en el caso español por el rechazo previo de la prensa y la literatura franquistas por la clase trabajadora; es encandilamiento de ésta por la oferta ingente de mercancías, el mito de la riqueza y el poder y una libertad abstracta; y la creación de tensiones y miedos [a la inseguridad y al paro o la quiebra, las drogas, el terrorismo y la guerra atómica], la generalización del amoralismo, el aislamiento del individuo, el embrutecimiento y la crisis, como males sociales del capitalismo. De ahí que –como conclusión- una política transformadora deba partir de la situación sociocultural de las masas, con la guía teórica del análisis marxiano de la situación actual y la difusión de sus resultados en un lenguaje valiéndose de la lectura.

En 1983 asume la «*Defensa de los países del Tercer Mundo contra el intercambio desigual*» y la penetración de la ideología comercial-capitalista en ellos.

«Pero no se trata solamente de luchar contra la fascinación del consumo sobre las masas. También hay que conservar la moral de la austeridad y la sobriedad de todas las poblaciones atrasadas, impuestas por la baja productividad y las diferentes formas de

extorsionar a los campesinos en las naciones propias del Tercer Mundo. A lo que habría que añadir la *adhesión al trabajo*, tan valiosa en unas sociedades que sólo pueden salir de su atraso mediante la entrega de toda la población al mismo.»

Ese mismo año aborda la «*Crisis del capitalismo y crisis de la izquierda*», apuntando que, si bien la crisis del capitalismo tiene su raíz en la economía, es también una crisis social y cultural y política, y como crisis política se manifiesta en un proceso de derechización que aboca a la izquierda burguesa a la desaparición y no deja a la izquierda “socialista” más salida que la “administración” del sistema.

«La intensificación de la crisis del capitalismo en forma de crisis de beneficios empuja a la derechización, por cuyo motivo la izquierda burguesa tiende a desaparecer. La izquierda “socialista” se ve forzada a “administrar” el capitalismo en una situación de constante deterioro y de crisis: al ser ésta crisis de beneficios, no puede favorecer a la clase obrera porque empeoraría la situación de los empresarios, y tampoco puede propugnar el cambio de la sociedad, porque está implicada en algún pacto anticomunista. Por tanto, la izquierda no puede gobernar, pues se encuentra en pura contradicción con el sistema.»

De ahí la «Crisis de la izquierda», que desarrolla más pormenorizadamente en una carta al diario *Alerta* en el verano de 1986.

«La historia reciente demuestra ampliamente que los gobiernos de izquierda no tienen otra salida. No vale echarle imaginación: es absurdo pedirles fórmulas nuevas e iniciativas creativas a los capitalistas. Éstos tienen en sus manos el poder económico y, por tanto, también, la posibilidad de cerrar sus empresas; y única y exclusivamente quieren condiciones óptimas para ganar dinero con sus negocios. En cuanto a pedir imaginación a los políticos de izquierda, es una tontería. En los países capitalistas, sobre todo en los que están situados en el centro del sistema, los límites están rígidamente trazados; y, si algún gobierno pretendiera tomar alguna medida heterodoxa, las organizaciones supranacionales disponen de recursos de presión más que suficientes para conseguir que el innovador retorne al buen camino. Estamos inmersos en un sistema riguroso de soberanía limitada.»

En estas condiciones, la izquierda socialista [cuyas condiciones de existencia van de la persecución a muerte y el acoso social, jurídico y policial al reconocimiento jurídico y político y la tolerancia] es el enemigo a batir. Los límites de actuación de los gobiernos son más estrechos y coercitivos en los países capitalistas de segundo y tercer orden, donde en caso de crisis se impone el monopolio capitalista de la actividad empresarial, la restricción del gasto público y el apoyo financiero estatal a la empresa “libre”. La diferencia capital entre los partidos de derecha y los partidos de izquierda es el enfoque político de los problemas económicos. La diversidad de intereses de los grupos económicos de presión, unida a la fragmentación del poder, explica el descuido de la política económica de conjunto por los partidos de la derecha, en tanto que la carencia de vínculos reales con el mundo de los negocios de los cuadros y militantes de la izquierda burguesa, gestora ideal del capitalismo, explica su enfoque unitario y sistemático y su orientación neoliberal de la economía. En cuanto a la izquierda socialista, su tarea principal debe ser la profundización y ampliación de la democracia burguesa, con un partido comunista, con un periódico propio, cuya tarea principal debe ser la reorientación de los hombres, en una época de incertidumbre e inseguridad, en

orden a la recuperación de la propia conciencia, como un primer paso para recuperar la libertad y la dignidad.

En fin, todo esto completa con la intervención de Eloy Terrón como presidente el Club de Amigos de la Unesco de Madrid desde 1983, materializada aquí en tres textos: «*En defensa del director general de la Unesco y del representante español*», una carta-réplica a un artículo de Ricardo de la Cierva en el diario YA; «Sobre la reunión de los Clubs de Amigos de la Unesco» (1984), a modo de informe con centro en las maniobras empresariales y catalanistas para reorientar los Clubs españoles a su favor; y «La crisis de la Unesco» (1987), a raíz de sus problemas financieros al abandonarla los Estados Unidos, seguidos de Gran Bretaña y Singapur, para forzar su reorientación político-ideológica.

«La UNESCO fue creada para llegar a las poblaciones de los Estados y tratar de influir en sus concepciones, en sus representaciones, en sus estereotipos, generados a lo largo de siglos de oscurantismo e ignorancia de sus vecinos, dando lugar a odios injustificados e infundados, muy útiles y adecuados para enfrentar a los pueblos y enzarzarlos en guerras absurdas y que sólo beneficiaban a las clases dominantes.»

Por lo demás, la séptima y última sección –*Reintegración en la Universidad (1978-1987)*, viene a ser, en realidad, un apéndice documental con el que puede reconstruirse ese proceso biográfico.

II. FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS Y TEÓRICOS

Los materiales de esta segunda parte del volumen II se han estructurado en siete secciones con un doble criterio, biográfico y temático se han estructurado en tres secciones –*Marxismo, Biología Evolucionista y Ciencia de la Cultura*- con un criterio temático y cronológico, habida cuenta de la evolución del autor en su período de formación (1944-1969) desde el marxismo a la biología evolucionista como clave de la fundamentación teórica y epistemológica de la ciencia de la cultura, entendiendo por cultura el medio biológico de la especie humana: esto es, la naturaleza transformada técnica y científicamente por la sociedad trabada por la palabra. Pues, aunque en este segundo periodo bibliográfico le absorbió la práctica de “la profesión como desbordamiento hacia los otros”, objeto de la primera parte de este mismo volumen, siguió acumulando islote tras islote de conocimiento en otros campos teóricos y científico-sociales a impulsos de estímulos casi siempre coyunturales.

Así, concretamente la primera sección –*Marxismo*- se abre con en el capítulo «*Sobre Filosofía y Sociedad*», con la versión inicial –*¿Es la filosofía una ideología al servicio del poder?* [1972]- del libro *Filosofía y sociedad. Una introducción a la historia social y económica de la Filosofía* [1975].

«Este libro... –escribiría entonces Eloy Terrón- representa un afortunado e interesante intento de llegar una laguna, cada día más patente en la Historia de la Filosofía. A nadie se le escapa que la filosofía, en cuanto la forma más abstracta de la experiencia humana, se nos aparece siempre como planeando en un espacio desvinculado de la realidad,

como si se tratase de un producto sin más base real que la más pura y profunda subjetividad humana. [...]. Pues, bien, justamente el esfuerzo de Rafael Jerez Mir consiste en intentar correlacionar las construcciones abstractas y como etéreas de las filosofías con los fundamentos reales que excitaron e impresionaron la experiencia de los filósofos.»

Una temática que, además, ilustra con un criterio amplio, remontándose a la sustitución del mito como forma de la concepción del mundo de la comunidad agrícola primitiva por la conciencia religiosa como forma de la concepción del mundo y arma de poder ideológico en la sociedad de clases, en contraste con la necesidad y la posibilidad actuales de una concepción científica del universo, la vida y la historia que oriente a los ciudadanos del mundo en una era de incertidumbre. A lo que además se añaden la identificación de los conocimientos científicos coherentes y su vertebración en un modelo “sistemático” de la totalidad de la realidad, como tarea de la filosofía genuina, y la tesis de la dialéctica de la organización social, la ciencia y la dimensión ideológica de la filosofía como objeto heurístico de una historia científica de la filosofía.

En el segundo capítulo —«*Prólogo para las Obras Escogidas de Lenin*» [1975]-, correspondiente al volumen II, que reúne los textos inmediatamente anteriores y posteriores a la Revolución de Octubre, se apuntan por de pronto los rasgos ideales del prólogo.

«Ante todo, por tratarse de trabajos distintos y escritos en muy diversas ocasiones sería útil y conveniente buscar, descubrir y poner de manifiesto el hilo conductor que los relaciona a todos, les da sentido y les confiere unidad. En segundo lugar, habría que llamar la atención del lector hacia la vigencia del pensamiento de Lenin en el momento actual, caracterizado por un fuerte voluntarismo, por tendencias en el dominio del pensamiento y de la cultura que llevan al caos y por potentes motivaciones de indisciplina en todos los órdenes. Y, por último, tendría que señalar las enormes dificultades, los apremios gravísimos y las situaciones desesperadas que constituyeron el material objetivo del que Lenin se esforzó en extraer experiencia para elaborarla en pensamiento —en teoría- con vistas a persuadir a sus contemporáneos —a sus compañeros de lucha- a fin de guiar y unificar su acción.»

Y de ahí que se resalte, como hilo temático conductor y unificador de los trabajos reunidos en el volumen, la determinación de la actividad intelectual de Lenin por su actividad política como dirigente y maestro del proletariado ruso, especialmente en el momento de la creación de un Estado socialista en un país semi feudal, y la importancia de la toma revolucionaria del Poder y su conservación por el proletariado.

En el tercer capítulo —«*En el centenario de la muerte de Marx*» [1983]- se integran los materiales de sendas conferencias sobre “El proceso filosófico de Marx hasta llegar a una doctrina” y “Marx y la liberación del hombre”.

En fin, en el cuarto y último capítulo —«*Prólogo del libro Marx y Engels: el marxismo genuino*»- [1985]- de esta primera sección, que se completa con media docena de notas, se abordan los éxitos del marxismo y sus consecuencias, las bases de la atracción y la difusión del marxismo y el carácter científico y la unidad básica del mismo,

para concluir con una breve referencia al autor y la contextualización bibliográfica del libro.

«A partir del ascenso de la URSS al rango de primera potencia mundial,..., la literatura sobre el marxismo se hace enormemente compleja y confusa; hay publicaciones abiertamente antimarxistas, también las hay antimarxistas sin mencionar el marxismo y, lo que es más notorio, aparece el antimarxismo de izquierda; existe asimismo una literatura proclive al marxismo pero que, a pesar de las buenas intenciones, genera mayor confusión [conviene señalar que estas dos últimas categorías han sido y son, sin duda, las más prolíficas e influyentes]; y existe, no cabe duda, un reducido número de libros que se esfuerzan seriamente en estudiar el marxismo, en analizar con rigor y objetividad los hallazgos y aportaciones de Marx y Engels.»

La segunda sección –*Biología Evolucionista*– se inicia con una crítica del especialismo científico estrecho y unilateral hoy imperante, a propósito de las «*Limitaciones de la Etología*» [1973], apuntando sus rasgos básicos: desconexión de los grandes científicos del pasado y pérdida de la visión de conjunto, irracionalidad de la obsesión por los datos y su tratamiento electrónico, “jerga” científica, autoritarismo y contribución a la expansión del fideísmo.

«*Acción y experiencia*» es un apunte breve, producto de la lectura del tomo I [1978] del *Tratado de Biología Evolutiva. Historia natural de la acción y experiencia*, de Faustino Cordón, con sus supuestos teóricos y epistemológicos más generales: toda cosa [o ser] lo es por sus relaciones; la realidad está constituido por una infinidad de relaciones recíprocas entre las cosas; las cosas son remansos temporales de procesos; todo lo que ocurre está sujeto a ley [determinismo que, aparte de ser una exigencia y una verificación constante de la ciencia, viene comprobado por la evolución animal en general y por la acción y experiencia del animal humano, en particular]; y la realidad evoluciona a partir de los seres o procesos más elementales hasta constituir una serie jerarquizada de niveles de integración, inorgánicos y orgánicos, de la realidad.

«*Conversación con Alfonso Ogáyar*» [1979] ilustra la divergencia entre Faustino Cordón y Eloy Terrón sobre el número de niveles de integración del ser vivo y su estudio científico general: mientras para el primero, los niveles son tres y sólo tres –la proteína globular, la célula y el animal, que incluye el humano– y objeto de la biología evolucionista, para el segundo, que sigue en esto a L. A. White, habría un cuarto nivel antropológico, objeto de la ciencia de la cultura y su historia.

«..., y la respuesta de Cordón fue tajante, radical: la biología evolucionista puede estudiar, comprender y explicar no ya el comportamiento animal, sino incluso el comportamiento humano. (...). Esto le pareció a Alfonso profundo, acertado, racional. Yo disentí: le dije que la extensión de la competencia de la biología evolucionista al comportamiento humano era incorrecta científicamente y que el punto de vista y el éxito de la biología evolucionista únicamente estaban justificados en relación con la explicación del comportamiento animal.»

En «*Conversaciones con Faustino Cordón sobre la naturaleza del hombre a la luz de la biología evolucionista*», entre mediados de abril y principios de julio de 1980, se asiste a la gestación de las hipótesis centrales de los libros *La naturaleza del hombre a la luz de su origen biológico* [1981] y *Cocinar hizo al hombre* [1980] al modo intrépido de Faustino Cordón.

«Me sorprendió la vivacidad, y la total falta de prejuicios con que Cordón se lanzó a explorar esa nueva tierra sin resistencia y con un entusiasmo como el de un niño con zapatos nuevos, y zapatos de fiesta. Fue, para él, una exploración extraordinariamente productiva cuando se ocupaba, fundamentalmente, de entender la evolución del primate hacia el hombre.»

«*Biología y dialéctica*» [1982] encierra una crítica sucinta de la negación del materialismo dialéctico por algunos marxistas.

El dualismo hombre / naturaleza es típico del idealismo, salvo el hegeliano, en tanto que la naturaleza animal del hombre y la interacción de éste con la cultura, entendida como medio biológico humano, constituyen una demostración más del monismo científico. Ahora bien, si todos los seres vivos son interdependientes, dada la universalidad de la biosfera, su universalidad trófica, su unidad de origen y su moldeamiento por un medio específico,

«[...], la manifestación más profundamente dialéctica de todo lo viviente es la radical historicidad de todos los seres vivos descubierta por Darwin, anticipada, a su manera idealista, por Hegel, y que Marx transpone al nivel natural humano para constituir el fundamento de la concepción de la Historia y del proceso de desarrollo dialéctico de la sociedad humana.»

«Por tal motivo, las leyes de la dialéctica regulan, no sólo la naturaleza inorgánica y la orgánica, sino también al hombre y su pensamiento. Al hombre, porque [como se acaba de decir] es un animal. Y al pensamiento, porque, como quiera que todos los seres vivos se determinan y adaptan entre sí, el pensamiento es modelado, condicionado, por lo inorgánico y lo orgánico, de manera que las leyes de éstos son las leyes del pensamiento. De no ser así, nuestro conocimiento no reflejaría la realidad, no sería eficaz para guiar nuestra acción y nuestra adaptación al medio.»

«*El origen del hombre, en Darwin*» [1982] es el resultado del estudio sobre su formación como naturalista científico-experimental y no académico en el marco social de la ciencia en la época, destacando su método evolucionista –la explicación evolucionista de los seres vivos por su medio-, tras denunciar la persistencia del rechazo –dogmático o argumentado- de las teorías del primer biólogo evolucionista en el centenario de su muerte.

«Los científicos así considerados no son inmunes ni mucho menos a las influencias más generalizadas y eficaces de la sociedad de consumo, una penetración que facilita su creciente especialización, que hace de ellos perfectos profanos en todo salvo en la estrechísima parcela correspondiente a la misma, aparte de que están sometidos al modelamiento que vehiculan los medios de comunicación de masas como el resto de la población... Así se explica que en los trabajos publicados en “homenaje” a Darwin en el primer centenario de su muerte se advierta –junto al rechazo dogmático e ideológico y al lado de la deformación descalificadora- el impulso desprestigiador, detractor,

menospreciador, del incapaz, del negado pero soberbio que ansía allanarlo todo, igualarlo todo, para que no se note su esmirriada talla intelectual. Difaman y odian a Darwin porque odian todo lo grande, todo lo señero, con el vil propósito de inutilizar, para todos, la guía y elevación espiritual de los grandes hombres; y se puede afirmar, sin vacilación, que Darwin es uno de los más firmes y esclarecedores guías para los hombres de hoy y de mañana.»

Por lo demás, la sección se completa con cuatro apuntes –“Aportaciones de Paulov a la teoría del aprendizaje” [1978], “Biología evolucionista”, “Conciencia y libertad” y “Crítica del biologismo cultural” [1985]- a los que cabe añadir algunas notas significativas: “Método: liberarse de los libros y pensar en la cosa” [1980], “Dificultad del conocimiento de los procesos reales, por la condición lingüístico-abstracta de los conocimientos previos”, “A diferencia de la mayor parte de los filósofos, algunos biólogos entienden que lo superior surge (y se explica) a partir de lo inferior”, “El medio humano y la noción de naturaleza”, “Concepción de la realidad” [1986], “Necesidad actual de una concepción del mundo”, “La conciencia personal como problema biológico” y “Pensamiento racional y origen de la religión”.

Por último, en la tercera sección –*Ciencia de la Cultura*-, la más extensa con mucho, figura como primer capítulo un documento de trabajo –«*Determinación social de la conducta humana. En torno al origen del hombre. Las bases biológicas de la conducta*» [1970-71]- estructurado a base de una consideración preliminar sobre la cuestión del origen del hombre como origen de la sociedad, el lenguaje y la conciencia humana, más dos puntos básicos a considerar: la historia natural de la sociedad humana y la dialéctica de la configuración de la psique humana por la cultura, y la construcción social del medio humano.

El segundo capítulo –«*Del animal al hombre*»- es el resultado de la reunión de varios textos de los primeros años setenta: *Inteligencia, amor y actividad sexual*» [1971], *Base animal del conocimiento humano*, *Conocimiento y comportamiento animal versus conocimiento humano* [1974] y *La libertad como creación. Condiciones objetivas de la libertad (Determinismo y libertad)*.

En *Inteligencia, amor y actividad sexual*, se aborda la cuestión del amor como experiencia sexual, tras el paso de la representación animal al concepto humano y la racionalización con la superación del homínido por el hombre, con la consiguiente transformación cultural del placer sexual animal hasta culminar con una manera de obrar consciente y altruista que exige respetar, conocer y amar al otro.

«Pero la más profunda, intensa y plena satisfacción sexual es una larga y difícil conquista, que, como todo lo superior y valioso, no se puede conseguir sin un esfuerzo continuado; y, una vez descubierta, es inconfundible con cualquier sucedáneo. Esa plenitud de sentimiento y placer sólo se puede conseguir si se ama al otro partícipe hasta el punto de ser capaz de sacrificarle todo. Sin amor profundo al otro participante no se es capaz de superar los pequeños placeres egoístas, individuales.»

En la *Base animal del conocimiento humano* se esboza la acción y experiencia cultural del homínido como culminación de la evolución animal del prehomínido, el

sesgo de género de su división social del trabajo y la reproducción social de su experiencia –valiéndose de los instrumentos como su soporte material y de la crianza de las criaturas por la madre-, yendo así desde la inhibición de los instintos y la acción demostrativa características del homínido hasta el paso del conocimiento representativo al conocimiento lingüístico-conceptual y la elaboración de un “duplicado ideal” del hábitat, con la transición al hombre.

«Posiblemente, el primer paso decisivo en dirección a lo humano fue la superación del principio psicológico común a los animales, “*fuera de la vista, fuera de la mente*”. Eso implica dominar los contenidos del campo de la conciencia y ser capaz de manejar la propia experiencia: ser libre para ocuparse de lo que realmente le interesa al individuo [la capacidad para centrar la atención en lo que es el centro del campo de la misma es la demostración de que el individuo humano es realmente libre; y, en ese sentido, el mecanismo decisivo de la libertad humana es el lenguaje].»

Conocimiento y comportamiento animal versus conocimiento humano viene a ser un desarrollo y una superación de lo anterior. Si bien el principal estímulo de la configuración biológica de cada especie animal y el motor de la evolución animal es la búsqueda del alimento, la vinculación inmediata, básicamente congénita, de la satisfacción natural de sus necesidades básicas por el animal contrasta claramente con su desvinculación aparente al pasar el hombre de recolector de alimentos, con un comportamiento todavía animal, a productor de cereales con la invención de la agricultura, como primer gran hito de la historia de la cultura.

«Mientras en el animal la subsistencia es un fin que (al menos en la mayoría de las especies) se cumple y completa en la búsqueda inmediata y directa de alimentos, de forma que el hambre y la sed condicionan y determinan directamente la conducta animal en la búsqueda de alimentos, en el hombre se produce un cambio drástico [un cambio cualitativo], en cuanto el fin (objetivo o propósito) único, absorbente, se transmuta en una variedad de objetivos que a primera vista parecen desvinculados al menos directamente de la obsesionante búsqueda de alimentos. Este cambio se afirma y consolida cuando el hombre deja de ser un mero recolector de alimentos para producir él mismo sus propios alimentos.»

Ciertamente, todas las fuerzas materiales y espirituales del hombre están subordinadas a la satisfacción de sus necesidades básicas –alimentación, vestido y vivienda, y defensa-, pero lo están en tanto que objetivos sociales que se alcanzan mediante la organización social, la división social del trabajo, los instrumentos y el aprendizaje y la educación, con la consiguiente acumulación de experiencia.

La libertad como creación. Condiciones objetivas de la libertad (Determinismo y libertad), incluido en el libro *Ciencia, técnica y humanismo* [1973], es un artículo

“escrito por sugerencia de Isabel Lominchar, colaboradora estrecha e incansable, muchacha ejemplar por su entusiasmo y por su entereza y abnegación, cuya vida fue truncada cuando era una promesa cierta y valiosa”.

Y en él se explica la dialéctica del determinismo cultural, en función de la socialización primaria y secundaria del individuo humano, y su libertad como constructor social de la cultura, así como el doble componente de aquella –teórico [como posibilidad y elección]

y social [como ejercicio plasmado en algo real]- en claro contraste con la sujeción del animal al determinismo natural.

«Como resumen, se puede decir que la libertad para el individuo consiste en que la sociedad le proporcione protección y educación, y le impulse a ejercer una actividad concreta en la que se cumpla el despliegue de su personalidad en beneficio de la misma sociedad.»

El capítulo tercero, «*Desarrollo intelectual y emocional del niño*» se ensaya la reconstrucción del trabajo «*Las bases biosociales del desarrollo emocional [afectivo] e intelectual del niño*» [1970-72], a base de algunos textos posteriores relacionados con su revisión: *Etapas en la evolución afectiva e intelectual del niño* [1972]; *Dependencia total de los adultos y evolución de la conducta infantil* [1973]; *La educación del niño es educación y disciplina*; y *El entorno educativo del niño como mediador entre la realidad y el niño*» [1979].

«Creo que debería rehacer el trabajo sobre la evolución psíquica del niño desde el punto de vista sociológico. El nuevo plan podría ser: 1/ Las bases biológicas de la conducta o las bases biológicas del hombre; esta parte podría constituir un resumen de la teoría biológica de F. Cerdón; 2/ El “modelo” del salto del primate al hombre: una simple hipótesis de trabajo, que permita un ejercicio de comprensión del proceso de transformación; y 3/ La evolución psíquica del niño a partir de sus relaciones sociales, consideradas éstas como los cauces de llegada de información [de conocimiento] a la conciencia del niño.»

En *Etapas en la evolución afectiva e intelectual del niño* se apunta la hipótesis de trabajo al respecto: primera infancia, con el desarrollo del núcleo afectivo primario en el mundo íntimamente cerrado de la familia, con la madre o quien ejerza su función como protagonista [particularismo familiar como continuidad del claustro materno]; penetración del maestro en el núcleo afectivo infantil, valiéndose de los juegos, y comienzo de la desobjetivación de los compañeros entre los tres y los seis años; expansión de la afectividad, yendo de los amigos al descubrimiento del sexo, e integración en las pandillas, con la consiguiente excitación del interés intelectual por uno mismo, por los demás y por las cosas, con el paso de la preadolescencia a la adolescencia; y cambios radicales en las relaciones personales, aparición de las preocupaciones profesionales y de la vocación, y profundización en la unidad [del yo y/o del mundo]], que alcanza su límite con la autonomía personal al incorporarse al trabajo, en la primera juventud.

«Nunca se destacará suficientemente la importancia de las relaciones sociales para el desarrollo de la propia personalidad. Ésta es la base teórica de la periodización de las etapas de desarrollo del individuo, desde el nacimiento hasta su integración en la actividad productiva.»

En *Dependencia total de los adultos y evolución de la conducta infantil* se enriquece notoriamente el tratamiento de la educación infantil: estado inerte del niño, al carecer éste de pautas de conducta animal, e inculcación y aprendizaje cultural de las pautas humanas de conducta básicas; ruptura de la cadena estímulo/respuesta animal en virtud de la domesticación cultural del niño mediante los cuidados sociales, la disciplina y la palabra; función liberadora y unidad y diversidad de las pautas de conducta humana [somáticas, sociales e intelectuales]; adquisición del lenguaje, como

momento clave de la educación infantil; asunción de los propósitos sociales como esquemas condicionantes del comportamiento humano y base principal de la conducta y la libertad del hombre; predominio del núcleo afectivo primario hasta los doce años; y dificultad del estudio de la formación y desarrollo del niño y de sus etapas básicas.

«Si el niño se halla en total dependencia de los adultos, esa relación determina el ser del niño, lo caracteriza, le presta el rasgo capital y definidor. Además, esa relación de dependencia es primaria, es decir, es anterior a cualquier forma de conducta; la conducta del niño estará determinada en un principio por esa relación determinante. Pero, por lo mismo, lo que interesa en esta indagación es cómo esa relación determinante va a condicionar la evolución de la conducta del niño a medida que éste se desarrolle biológicamente; y se puede dar por supuesto, de antemano, que el análisis de esa misma relación determinante [la relación de dependencia] y de los cambios que se produzcan en ella tiene que proporcionar la clave para entender la evolución de la conducta del niño en cuanto forma externa de sus relaciones, en cuanto manifestación de éstas.»

En *La educación del niño es educación y disciplina* se sale al paso del auge del libertarismo ambiental con la transición de una sociedad agraria a una sociedad industrial capitalista en España: lo que condiciona seriamente el futuro del niño no es la autoridad sino sus manifestaciones autoritarias, por lo que los padres no deben tener temor a ejercer su autoridad desde la edad más temprana del niño [el hombre domesticó animales porque antes se domesticó a sí mismo]. Ciertamente, en la sociedad industrial capitalista todo conspira contra la práctica efectiva de la autoridad de los padres, pero, aun así, el aforismo “la educación es amor y disciplina” continúa siendo la guía más correcta y segura de la educación familiar.

Y en *El entorno educativo del niño como mediador entre la realidad y el niño*, se vuelve sobre las nociones biológicas básicas necesarias para entender el papel de los adultos como mediadores entre la realidad y el niño: naturaleza del medio animal; paso del comportamiento instintivo al aprendizaje por imitación con la complejización creciente del medio animal, ya con el prehomínido; y surgimiento del medio humano por la necesidad del cuidado social de las crías, dada su inermidad, y uso y fabricación de herramientas, con el homínido, hasta culminar con el lenguaje como ventaja selectiva de la especie propiamente humana.

«El medio del hombre no es, pues, ya el alimento, como en los animales, sino la palabra, que los hombres vivifican y transmiten; la palabra y los hombres son los mediadores entre los nuevos miembros, los niños, y la realidad natural de la humanidad.»

El cuarto capítulo es una carta sobre el «*Valor formativo de la historia de la educación, bien entendida*».

«Probablemente nada es tan formativo como el trabar conocimientos con las diferentes maneras de entender la educación; comprender cómo, no ya sólo los diferentes países, sino las diversas clases sociales han cumplido el proceso educativo: ese proceso a través del cual un animalito, el niño, se transforma en un individuo plenamente adaptado – más aún, modelado- por su grupo social e identificado con él.»

La transmisión tradicional y oral de la experiencia, dominante en las sociedades prealfabéticas, contrasta con su coexistencia con la transmisión de la cultura letrada en las sociedades más adelantadas, donde toda educación tiene un sesgo claro de clase. En ellas habría que distinguir entre educación difusa y educación especializada. La historia de la primera debería centrarse en la organización social de la producción, algo hoy difícil por el reduccionismo “bibliográfico” al uso. Por lo mismo, convendría elaborar una historia de la educación de las clases trabajadoras (al modo hegeliano), comenzando por la sociedad esclavista [colonato] y la transición a la sociedad feudal [servidumbre]. Por lo demás, la educación en la sociedad agraria contrasta claramente con la educación en la sociedad industrial: en la primera, la educación campesina es predominantemente familiar y secundariamente comunitaria y la educación artesanal estrictamente familiar, y en ambas el trabajo está vinculado con el aprendizaje con predominio de la acción demostrativa y la imitación y de la mentalidad sumisa; en cuanto a la segunda, persiste la desatención tradicional de la agricultura por los intelectuales en tanto que el paso de un oficio a ciencia especializada está siempre en función de los intereses de la clase dirigente.

El quinto capítulo –«*Ciencia y sociedad*»- incluye nueve apartados, en su mayor parte de los primeros años setenta: *III Congreso Internacional de Ciencia y tecnología, Washington 9/14 de agosto de 1970* [1970], *Ciencia y técnica en 1970* [1970], *La época de la superespecialización* [1970], *La ciencia bajo el patrocinio de los monopolios; cuestiones previas* [s.f.], *Ciencia y sociedad* [1973], *La función de la ciencia en la sociedad* [1974], *Ciencia y sociedad* [1976], *Ciencia y sociedad. Relaciones condicionantes* [1977] y «*Ciencia, investigación e industria*» [1978].

III Congreso Internacional de Ciencia y tecnología, Washington 9/14 de Agosto de 1970» es un informe sobre dicho Congreso para el Instituto de Biología Aplicada, con referencias críticas a los síntomas del alarmismo obsesivo de los representantes de Estados Unidos y otros países industrializados sobre el crecimiento demográfico y el estancamiento de la producción agrícola, del predominio de los intereses industriales empresariales sobre los intereses agrícolas e incluso sobre los científicos, y de la obsesión empirista, cuantitativista y curricular [“¡publica o perece!”] en la información científica.

En *Ciencia y técnica en 1970* y en *La época de la superespecialización*, se incide sobre esa última problemática, ampliándola.

«Es lógico que la ciencia, como conocimiento general de la realidad, sea poco cultivada y no tenga atractivo hoy. Por muchas razones: los grandes éxitos comerciales de la ciencia aplicada; la actual inclinación a la irracionalidad con el fomento consciente del confucionismo [una necesidad vital del capitalismo]; la exaltación de lo nuevo, de lo fácil, del libertarianismo y la indisciplina intelectual; paradójicamente, también el especialismo, con el renacimiento del principio de autoridad y la total ausencia de crítica consiguientes; y las tendencias ideológicas auspiciadas por el capitalismo.»

En *La ciencia bajo el patrocinio de los monopolios; cuestiones previas* se abordan en profundidad la dialéctica de la acción y experiencia humana y la distinción entre experiencia únicamente acumulable y experiencia científica como asuntos a dilucidar antes de abordar la lógica “científica” del capital.

«Al capitalista le es indiferente la rama en que se invierta su capital; lo único que le interesa es la “cuota de beneficios”; y el capital afluye hacia la rama en que son mayores y más seguros los beneficios [lo que le indica, groseramente, la bolsa].»

En *Ciencia y sociedad* [1973] se esbozan con cierto detalle las grandes etapas de la evolución de una y otra –transición de la revolución comercial a la revolución industrial y ciencia clásica, y sociedad industrial y crisis de la ciencia experimental, neoempirismo y ciencia al servicio del capital- en contraposición a la ciencia como asidero permanente del hombre en tanto que conocimiento integrado de la realidad.

«Sin duda, el cambio que se ha producido en la actividad científica, en el quehacer de los científicos, es muy grande, si se comparan los científicos actuales con los de comienzos de siglo y con los de la segunda mitad del siglo XIX, sin remontarse –claro está- a los clásicos. Los científicos han pasado, del tenso esfuerzo por comprender cómo trabajaba la naturaleza [del propósito bien definido de conocer las leyes naturales, del afán por conocer el universo y al hombre en él], a ponerse al servicio de las grandes empresas para reforzar la potencia competitiva y aumentar los beneficios de éstas, y al servicio de los grandes estados para aumentar su potencia destructiva, mejorando sus pertrechos de guerra.»

En *La función de la ciencia en la sociedad* esa problemática se amplía en profundidad, tras plantear la naturaleza y función de la ciencia como cuestión previa: la clave última de la divergencia entre la ciencia clásica y la ciencia actual se halla en el contraste entre la institucionalización de la ciencia en la sociedad agropecuaria tradicional y su institucionalización en la sociedad industrial capitalista. Por lo demás,

«(...), cuando la ciencia se institucionalizó, se convirtió en una fuerza, en el poder de unos hombres que la utilizaron como instrumento de represión contra otros hombres para mantenerlos sometidos, sujetos a una doble represión, física y espiritual. Y, en cuanto a la ciencia nueva, la ciencia natural y experimental, continuó organizada, al servicio de las oligarquías mercantilistas o del absolutismo o, como sucede hoy, al servicio de las grandes empresas monopolísticas.»

En *Ciencia y sociedad* [1976] se abunda en todo ello, replanteándose de nuevo el problema, a partir del contraste entre la experiencia animal y la experiencia humana, e ilustrando la condición de la ciencia como instrumento de la clase dominante a lo largo de la historia y la recaída de la ciencia en el empirismo y su especialización extrema al servicio del capital con la consiguiente desatención de los problemas más candentes del hombre.

«Arrastrados por el éxito de los resultados comerciales, los científicos más valiosos y capaces se orientaron hacia aquellas ramas más prometedoras y que gozaban de más prestigio y apoyo entre los que evaluaban la contribución a la ciencia: los grandes empresarios. Por eso, en los últimos decenios la vocación de los científicos aparece estrechamente conectada con el éxito económico que las publicaciones científicas puedan proporcionar. Pues dedicarse a estudiar cuestiones de gran interés humano,

pero sin brillantes resultados, exigiría una gran abnegación y una vida gris y constantemente al borde de la pobreza. De modo que, de nuevo, como en el pasado, los científicos, salvo raras excepciones, se nos presentan como fieles colaboradores o servidores de la clase dominante.»

En fin, en *Ciencia y sociedad. Relaciones condicionantes* se amplía y precisa el tratamiento de ese mismo esquema temático y teórico como ilustración de su tesis básica.

«La sociedad condiciona la ciencia de diversas maneras: en cuanto determina la transformación de la experiencia en pensamiento; en cuanto favorece o restringe la difusión de la experiencia o del pensamiento; en cuanto fomenta la formación de clases y la división del trabajo social; y en cuanto –dada la división de clases [la clase dominante y la clase dominada] con intereses opuestos- la primera tiene que fortalecer constantemente su poder para mantener a la segunda sometida.»

Resta aún un último texto –*Ciencia, investigación e industria*-, fruto de un trabajo de investigación –“realizado en el Instituto de Biología Aplicada, bajo la dirección de F. Cordón entre 1975 y 1977”- sobre la política científica, la investigación industrial, la investigación en las empresas, la producción fabril y la innovación, y las condiciones intelectuales y morales del investigador industrial en nuestro país, fruto en realidad de una experiencia de casi veinte años en IBYS, Laboratorios Coca e IBA, como estrecho colaborador del biólogo español.

En el sexto capítulo –«*Ciencia y agricultura*» se incluyen tres textos de los últimos años setenta: *La noción de naturaleza en la ciencia y en la literatura* [1978], *La experiencia agropecuaria, clave principal de la cultura* [s.f.] y *La experiencia derivada de la práctica agropecuaria, base de todo conocimiento* [1980].

La noción de naturaleza en la ciencia y en la literatura comienza precisando el origen y el sentido de la noción de naturaleza [*physis, natura*], en su sentido clásico.

«Conviene aclarar que, de las numerosas acepciones del término naturaleza, aquí se considera solamente la que se refiere al conjunto de todos los fenómenos y procesos que tienen lugar en nuestro planeta, conjunto que parece gobernar y orientar la actividad de todos los seres terrestres, vivientes y no vivientes, del aire, del suelo y del mar.»

Creada y enriquecida básicamente por el campesinado, la naturaleza así entendida es hoy en muchos países sólo materia de creación filosófica, literaria y artística como consecuencia de la culminación del alejamiento humano progresivo de la naturaleza por la complejización actual del medio humano. De ahí la exigencia de una nueva noción más rigurosa de la naturaleza y de la reorganización de la sociedad a escala planetaria por los movimientos ecológicos y la nueva ciencia evolucionista.

En *La experiencia agropecuaria, clave principal de la cultura* se asienta esta tesis y se la ilustra sociohistóricamente.

«Si se analiza con cierto rigor y con generoso reconocimiento la contribución de los campesinos al sostenimiento de la vida humana y a su expansión sobre la Tierra, se advertirá enseguida que esa contribución ha sido casi total [y total, si se incluye la

aportación de los artesanos] en el campo de los bienes materiales y casi completa en el dominio de la cultura como un todo, precisamente por el carácter globalizador, totalizador, que posee la agricultura.»

La cocina, la selección de frutos vegetales y de animales inocuos y la producción de las especies vegetales más digestivas fueron el núcleo primario de la experiencia humana en la larga etapa prehistórica, con la previsión del tiempo como problema clave de la cultura popular campesina. Con la ciudad-Estado se impuso la atribución de la capacidad científica y técnica humana y de todas las artes útiles a los dioses o semidioses, con el consiguiente desprecio de la experiencia milenaria de campesinos, artesanos y trabajadores en general, quedando los primeros, en particular, relegados material y lingüístico-simbólicamente [“semi bestias vocales”] a un lugar apenas superior al de los animales domésticos, como condición de su explotación inmediata bajo diferentes grados de esclavitud o servidumbre, o como esclavos y prisioneros de sus propias parcelas. De ahí que el alcance, la lentitud y la complejidad de los progresos agropecuarios en la larga y penosa etapa de la agricultura primitiva y la ciencia empírica persistieran hasta los albores de la ciencia experimental en los siglos XVII y XVIII.

En fin, en la introducción a la edición y glosario de la *Agricultura General* de Gabriel Alonso de Herrera –*La experiencia derivada de la práctica agropecuaria, base de todo conocimiento*- se desarrolla con detalle todo lo anterior: valor y significación de los conocimientos derivados de la práctica agropecuaria; la actividad agropecuaria, base de la experiencia sobre la que se elaboró todo el conocimiento social; origen agropecuario de la astronomía y la noción de naturaleza; la plena dependencia de la naturaleza y la obsesión por proteger y controlar los resultados deseados; la agricultura como técnica se eleva a reflexión intelectual; los textos de Agricultura, su contenido y sus destinatarios; Alonso de Herrera y la agricultura antigua; las condiciones sociopolíticas de la agricultura castellana y el tratado de Herrera; y los destinatarios de la “Obra de Agricultura” de Alonso de Herrera.

«Es posible que muchos científicos y especialistas se escandalicen ante la afirmación de que todos los conocimientos sobre los seres vivos acumulados por la humanidad hasta la aparición de la ciencia experimental a finales del siglo XVIII proceden de la experiencia de los campesinos ganada en la actividad práctica de producir alimentos, fibras vegetales y animales, madera, etc. Pero aún se puede ir más lejos: de sus preocupaciones y temores proviene también el núcleo fundamental de los conocimientos meteorológicos, astronómicos [y astrológicos] e incluso la noción misma de Naturaleza, madre y generatriz de todas las cosas. Les debemos, asimismo, las ideas capitales y determinantes de lo sobrenatural, recogidas más tarde por los sacerdotes especialistas, que han convertido aquellas ideas iniciales en sofisticados trasuntos [en los duplicados o reflejos] de los centros de dominio de las sociedades humanas. También se puede afirmar sin temor que toda la riquísima gama de recursos terapéuticos naturales, vegetales, recogidos tardíamente por los sacerdotes, curanderos y médicos, han sido producto de la experiencia milenaria de los labradores, de los pastores, etc.»

El séptimo capítulo –*«Racionalidad objetiva y racionalidad subjetiva. [La actividad humana social, base de la racionalidad del hombre]*»- [que recoge la intervención del autor en la conmemoración del 150 aniversario de la muerte de Hegel por la Universidad de Málaga], enlaza y completa los contenidos del sexto.

«Lo fundamental del pensamiento de Hegel se inserta en ese grande y persistente esfuerzo por reinstaurar al hombre plenamente en la naturaleza y en explicar el proceso humano de pensar como una forma de la actividad del hombre en su lucha con la naturaleza, de su trato con la realidad; sobre todo, en buscar una explicación naturalista y esclarecedora a esa actividad, aparentemente esencial y exclusiva del hombre: la razón»

La interpretación materialista de las sentencias hegelianas, con centro en la dialéctica del conocimiento histórico-social y la conciencia del individuo, lleva a la concepción de la razón como interiorización de los procesos naturales a través de la experiencia ganada en el trabajo. Las leyes de lo real determinan las leyes del pensamiento. La evolución de la integración de la experiencia de la humanidad va de su integración animal a su integración sociocultural valiéndose de la cooperación social, la técnica y la palabra como ventajas selectivas del prehomínido, el homínido y la especie humana respectivamente. La generación de experiencia por el hombre en la agricultura y en la domesticación de los animales tuvo su origen en la recolección de alimentos espontáneos, la caza y la pesca y su producción, conservación y preparación para el consumo. La dependencia de los cultivos y la ganadería impulsa al hombre a conocer el todo de que depende su subsistencia, con la invención consiguiente del mundo de los espíritus y de la concepción dualista mítico-religiosa del mundo. El conocimiento avanza desde lo cotidiano experimentable al todo inaccesible a la experiencia mediante la concepción del mundo celeste y de los fenómenos naturales a imagen del mundo humano y con la superación del dios tribal, arbitrario e iracundo de la mitología y de la ciencia empírica por el deísmo, el monismo científico y la ciencia experimental. Los campesinos del Neolítico ponen las bases de la cultura e inventan la mitología, el florecimiento de las monarquías esclavistas y la cultura griega invierten radicalmente las relaciones del hombre con la realidad, y el racionalismo hegeliano y la integración de la ciencia experimental en la ciencia evolucionista llevan a la plena reinstauración del hombre en la naturaleza.

El capítulo octavo –«*Información y salud*» [1985]- corresponde al

«estudio de las relaciones entre información y salud, en el que se destaca el importante papel jugado por la información en el diagnóstico y tratamiento y en la cooperación del público a la prevención de enfermedades.»

Firmado conjuntamente por Vicente Romano, autor de la introducción, y Eloy Terrón, la contribución de éste se centra en la problemática del médico como destinatario de la salud, la educación sanitaria y la información médica, y la información y las urgencias médicas.

El capítulo noveno –«*Comunicación y cambio social*» [1986]- merece un apunte más amplio.

«La historia de la humanidad es el taller y el laboratorio por excelencia para las ciencias sociales, para la investigación social, y, en algunos casos, el recurso único e irrepetible para el estudio de determinados procesos sociales que requirieron largos períodos de tiempo para su cumplimiento. Ahora bien, como la historia ofrece ejemplos para

confirmar cualquier tipo de argumentación, se ha abusado tanto del recurso a la verificación histórica con propósitos apologéticos y partidistas, que se ha desprestigiado mucho esta metodología, aunque constituya el procedimiento ideal y único para todo trabajo realmente científico. El recurso a la ejemplificación histórica es indispensable y obligado en el estudio del cambio social, y especialmente en la investigación, entre otros, de los cambios lentos y acumulativos, y, esto, aun contando con las enormes deficiencias del registro de datos y, a menudo, con su ausencia total.»

Unas “reflexiones preliminares” sobre el contraste entre la acción y experiencia animal y la dialéctica del animal y su medio, de un lado, y la acción y experiencia humana y el medio humano, un medio creado por el hombre, que es significativo y posibilita y da sentido a toda comunicación, del otro, acotan la exposición a modo de introducción. Comunicación y cambio social son dos temas que abarcan la vida humana en toda su complejidad: la palabra, como portadora de experiencia y soporte capital de la comunicación es el punto de arranque de todo cambio social, con el hombre como vector activo de la dialéctica de la transformación de las cosas, las relaciones sociales, la organización social y los propios hombres.

Por lo demás, el contraste entre la cultura agrícola tradicional y la cultura industrial contemporánea se ilustra con especial atención al caso español.

La “sociedad agrícola tradicional”, basada en la agricultura de subsistencia y con la cultura popular tradicional como espíritu, con el aprendizaje duro y autoritario de los campesinos por vía de demostración, es responsable del largo período de estancamiento, pese a la capacidad creadora de los campesinos innovadores por su capacidad para hablar con otros y despertar su interés, al ser la comunicación condición *sine qua non* del progreso social como cauce de la ganancia de experiencia personal y de su integración social. En la aldea protoartesanal de subsistencia, en concreto, los centros determinantes son la familia y la propiedad, “por abajo”, y la justicia y la religión, “por arriba”. La familia predomina sobre la “casa”, el ayuntamiento y el consejo, aprovecha el trabajo de todos sus miembros, niños incluidos, y educa a los hijos en el amor al trabajo y en la sobriedad por el miedo al hambre; las bases de su independencia y autonomía son la propiedad familiar, la explotación del suelo y el poblamiento semi disperso, que son también las claves de la psicología típica de los hombres: individualidades “enriscadas”, con pocas ideas pero firmes, más inclinadas a la acción que al pensamiento, con pocas relaciones personales e interacciones significativas, e incapaces, por lo mismo, de tomar conciencia como clase en sí. En cuanto a la justicia y la religión, se viven como fenómenos naturales y no institucionales: el estado es un poder lejano, cobrador de impuestos, que se lleva a los hijos para “servir al rey”, y la justicia, arbitraria y desoladora; en cuanto a la religión, es distribuidora de castigos, aunque accesible mediante la oración y las ofrendas a través del cura, recaudador celoso y riguroso de diezmos y primicias. Pero no existen organizaciones intermedias permanentes y las agrupaciones para la ayuda mutua son coyunturales e informales.

La industrialización, la emigración y la urbanización son sido efectos y causas del cambio social. La clave del abandono masivo del campo por los campesinos y de su emigración en los años sesenta a las ciudades industriales o de servicios turísticos españolas y a los países del capitalismo avanzado europeo fue la comunicación. Los campesinos se adaptaron a las nuevas tecnologías, a las condiciones de la vida urbana y a las interacciones comunicativas que esta última impone, pese a las diferencias entre el control social en sus comunidades aldeanas y sus pueblos agrícolas y el control que condiciona el comportamiento de los individuos en la ciudad industrial y/o de servicios, así como pese al contrastaste entre las condiciones objetivas del medio rural y el medio urbano preelectrónico o electrónico en general. Mientras en las ciudades tradicionales persisten la estructura de clases y la jerarquía del poder, la posición y la distinción social seculares, en las ciudades electrónicas y postelectrónicas la “cultura industrial” y las grandes empresas se imponen valiéndose del empleo, el miedo al paro, la publicidad, los medios de entretenimiento y de persuasión de las masas y la industria de la cultura en general, con la consiguiente estandarización de los deseos, los gustos y las esperanzas de las gentes. La disciplina y la educación empresariales transforman a los campesinos en obreros y en ciudadanos. El objetivo principal de las empresas es la incitación al consumo e, indirectamente, al trabajo y, por tanto a la producción, en tanto que la educación disciplinaria de los trabajadores en las empresas se completa con el moldeamiento y estandarización de sus gustos por los medios de comunicación de masas, con la consiguiente eliminación de la imaginación de alternativas utópicas y la idealización ideológica del progreso técnico como solución para todos los problemas generados por la sociedad capitalista.

En las sociedades capitalistas avanzadas el gobierno legal es un poder delegado, al ser el poder de los superricos el verdadero poder; persiste la utopía del progreso técnico como complemento de la dominación empresarial; el desarrollo tecnológico acelerado causa la crisis de ganancias del capitalismo, que impulsa a su vez la industria bélica; y el cambio incesante a nivel del mercado contrasta con el bloqueo del cambio social por medio de la cultura industrial para las masas, que viene a completar la labor de las iglesias, los ejércitos, los jueces, las cárceles, las escuelas y universidades y de las innumerables asociaciones de protección del capitalismo.

El capítulo décimo –«*Acerca de la radical inseguridad del hombre*» [1986]- se abre con la contraposición entre la seguridad instintiva animal y la inseguridad cultural humana.

«El animal se comporta en su medio con una seguridad eficaz, con orientación cierta, realmente sin titubeos; no tiene dudas, tantea el camino en busca de la ruta a seguir, pero lo hace sin incertidumbre. Obra así porque está en contacto directo con su medio, ya que nada se interpone entre el individuo animal y el entorno natural del que depende para hacer su vida, para subsistir: su medio en especies, sobre el que el animal actúa y que actúa a su vez sobre él. La condición del hombre es muy diferente, al menos a partir

de la invención de la agricultura y la domesticación de los animales, con todo lo que eso trajo consigo.»

La inseguridad del hombre es consecuencia de la mediación de la relación entre el individuo y la triple trama de la cultura: la sociedad, la técnica y el duplicado lingüístico-gnoseológico. Este último, que constituye el fondo estructural de las ciencias y la materia prima de la configuración de la subjetividad, tiene una doble dimensión: racional [confirmada por la experiencia, a impulsos de la necesidad de acciones eficaces, el desarrollo de la actividad productiva y el progreso del conocimiento objetivo de la naturaleza] e irracional [alimentada por el deseo de seguridad y condicionada desde el origen de la sociedad de clases por el fomento de la superstición como arma de dominación y de legitimación de la explotación y la opresión, con el consiguiente dominio secular del dualismo antropológico [teorías del origen celeste del alma, creacionismo cristiano, armonía preestablecida,...]. Por lo demás, impera la tensión entre lo racional-objetivo y lo irracional-afectivo. La racionalidad –oculta tras el lenguaje- tuvo origen como guía eficaz e insegura para irse luego ensanchándose lentamente a nivel supraindividual, mientras tuvo un desarrollo paralelo –aunque con mayores dificultades-, en lucha y a expensas de la afectividad, en la conciencia de cada individuo. De hecho, el predominio de lo racional-objetivo o de lo irracional subjetivo en la conciencia está en función de la historia y de la educación de cada individuo en “verdades” completas y globales desde la infancia, o no, si bien hay que diferenciar entre la adhesión a un enunciado “intuitivo”, que no necesita demostración, o a un enunciado racional, en virtud de la comprensión del proceso de certidumbre. Por lo demás, aún persiste el contraste entre la eficacia de la racionalidad de la producción de bienes materiales y la inseguridad en la dirección de nuestras vidas.

En el capítulo undécimo se reúnen «*Tres apuntes*» breves: “Informática y reorientación neoempirista de la ciencia” [s.f.], “Una hipótesis sobre el origen de las religiones y el desarrollo de la ciencia” [1978] y “La exogamia, clave de la prohibición del incesto” [1987]. En el primero ya el título lo dice todo. El segundo incide en la tesis de la agricultura como uno de los motores decisivos de buena parte del desarrollo de la ciencia y origen del reino de los espíritus, en virtud de la preocupación tremenda y acuciante de los campesinos por controlar lo incontrolable –el tiempo, el clima- para garantizar el éxito de sus cultivos, de los que dependía su propia subsistencia. Y en el tercero se parte de lo real y lo imaginario –de lo objetivo y lo subjetivo- como clave epistemológica básica para distinguir en la explicación científica y las explicaciones mítica y metafísica, a propósito de la prohibición del incesto como clave de la exogamia.

En fin, en el capítulo duodécimo y último se reúnen los materiales de los «*Cursos y seminarios de doctorado*», tras el reingreso de Eloy Terrón en la Universidad Complutense de Madrid como profesor interino, primero, y titular desde 1983.

Los del primero –*Bases biológicas de la conducta humana* [1979-1980]- son una serie de guiones y notas a añadir a los capítulos primero y tercero de esta misma sección. Del segundo –*Comunicación y educación*» [1980-1981]- y el tercero –*Comunicación y formación de la conducta* [1981-1982]- puede decirse otro tanto, aunque sólo se conservan el programa del segundo y unas pocas notas. Del cuarto –«El análisis de referencia y las nuevas teorías del conocimiento» [1982-1983] se ha prescindido aquí,

aunque se conserva un guion detallado del conjunto. Del quinto –*La comunicación y el aprendizaje. La conformación de la persona social a través de representaciones inducidas por los medios de comunicación de masas* [1983-1984]- y el sexto –*Los consumidores de comunicación y sus motivaciones sociales, profesionales y de entretenimiento* [1984-1985]- apenas se conserva nada. Pero el séptimo –*Análisis general de la reproducción social* [1985-1986]- y el octavo –*Cultura, comunicación e ideología*- constituyen la excepción: el penúltimo, porque se conserva el esquema teórico y sociohistórico de conjunto; y el último, porque, además del programa y del desarrollo del último capítulo [sobre la desaparición de la cultura popular en la sociedad industrial capitalista], incluye la concepción de la naturaleza, la función y los contenidos de la ideología según Eloy Terrón, más algunas notas, muy significativas, sobre la necesidad del hombre actual de una concepción del mundo y la posibilidad actual de satisfacerla mediante la concepción científico-evolucionista del universo como un todo, la vida y la historia.

De hecho, la sección se cierra con toda una serie de guiones amplios y de notas de conjunto, en buena parte bien significativos: Principales inflexiones de la historia del hombre y la cultura [1970]; El origen de la sociedad, del hombre y de la conciencia [1971]; La aparición y evolución de los seres vivos en la Tierra; El origen y evolución de lo viviente previo al animal; Del animal al hombre; Del primate ancestral del homínido al hombre; La condición animal del niño, supuesto básico para entender la naturaleza humana [1977]; El trabajo como factor de transformación del primate en hombre [1977]; Desarrollo de la cultura y nuevas formas de dependencia [1978]; Producción y experiencia social; Noción y condicionantes de la cultura; Categorías [de la ciencia de la cultura]; Educación y comportamiento del niño campesino; La educación en las sociedades industriales; Cambio de la ciencia y la técnica en la sociedad industrial; Producción en masa y necesidad de la ciencia experimental; o Para una concepción del mundo para el hombre actual [1987].

III. CONTRIBUCIÓN A LA CIENCIA DE LA CULTURA

Al igual que en las dos primeras partes de este volumen II, los materiales de esta tercera se han estructurado en varias secciones: *Alimentación y Cultura (1978-1982)*, *Formas de Poblamiento y Cultura (1978-1986)*, *Mito y Cultura (s.f.)* y *Dominación y Cultura (1977-1987)*.

La primera sección –*Alimentación y Cultura (1978-1982)*- consta de cuatro capítulos: «*El futuro de la alimentación humana: una interpretación sociológica*», impreso en 1978; «*La racionalización de la alimentación humana y la producción y conservación de alimentos*», un informe para el Instituto Nacional de Consumo [INC] en cumplimiento del contrato suscrito con la Fundación para la Investigación de la Biología Evolucionista [FIBE] en 1981, reelaborado aquí con los mecanoscritos localizados en el archivo del autor; «*Desarrollo capitalista y agricultura y alimentación campesinas*», un texto sin título ni fecha; y dos breves artículos para el gran público publicados en esos años,

«Evolución de la alimentación humana» y «La crisis de la alimentación y su evolución histórica».

«El futuro de la alimentación humana: una interpretación sociológica» se enmarca teóricamente con la aplicación al caso humano del hilo conductor más básico del *Tratado Evolucionista de Biología* de Faustino Cordón, cuyo primer volumen se editó en 1978.

«La alimentación constituye, no sólo para el hombre sino para todos los demás seres vivos, la relación existencial por excelencia; la relación determinante con el medio. Ello quiere decir que, de todas las necesidades que agobian al hombre, ésta de alimentarse es con mucho la más opresora y obsesionante.»

La garantía de la alimentación fue siempre condición de la libertad del hombre. Hoy, el condicionamiento mutuo entre alimentación y progreso técnico ha llevado en los países más avanzados a la disminución general de la necesidad de alimentos, la pérdida del placer de la comida por parte de la minoría privilegiada y cambios notorios en el comportamiento de grandes estratos de la población. Pero nunca fue así, ni lo es hoy tampoco en buena parte de los países. De ahí la importancia de la aplicación de la economía política al conocimiento del futuro, y su concreción y determinación a corto y medio plazo a partir del conocimiento del pasado, en cada país concreto.

El informe sobre «*La racionalización de la alimentación humana y la producción y conservación de alimentos*» se compone de cuatro apartados: *Conveniencia y utilidad de este estudio*, *Alimentación y sociedad*, *De la ciencia empírica a la experimental en la producción y conservación de alimentos* y *Desarrollo de la industria alimentaria*.

La *Conveniencia y utilidad de este estudio* se justifica, por de pronto, con el desinterés tradicional por la alimentación en comparación con otros ámbitos de la cultura.

«Parece como si los hombres se preocuparan en último lugar por las cosas que les son más necesarias y familiares.»

Tras la constatación del hambre milenaria por la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura [FAO] se impuso la conveniencia y utilidad del estudio de la racionalización de la alimentación humana y la producción y conservación de alimentos, de cara a impulsar la influencia de la política agraria sobre la agricultura, la industria transformadora y los hábitos alimenticios en los países atrasados y a concretar las principales exigencias de una política realmente científica y racional al respecto. Lo primero, ante el inmovilismo de las masas por la condición familiar y de subsistencia dominante de la agricultura y la inexistencia de canales comerciales; y lo segundo, estudiando la realidad productiva de cada país atrasado concreto, su manera de alimentarse y los perfeccionamientos a introducir en la preparación y conservación de los productos agrícolas sin trastornos innecesarios, habida cuenta de la dialéctica cultural de la alimentación y el resto de las necesidades humanas y las condiciones de vida, así como la mejora de los métodos de producción,

preparación y conservación de los alimentos, la producción de un excedente y su aplicación industrial, comenzando por la transformación de los productos agrícolas.

La problemática de la *Alimentación y sociedad* se sitúa de partida en relación con la triple trama de la cultura –social, técnica y lingüístico/simbólica-, como medio biológico de la especie humana.

«Todo grupo social se caracteriza por un equipo de utensilios materiales [artefactos] e instrumentos “espirituales” [ideales] y por un conjunto de modos de comportarse, sancionados íntima y estrechamente por la tradición del grupo. De modo que la tradición también establece lo que es lícito comer y de qué manera hay que comerlo. [...]. Ahora bien, esos condicionamientos sociales recaen, en especial, sobre tres procesos principales: la producción de alimentos [agricultura, ganadería, caza, pesca, etc.]; su adecuación, transporte y distribución [conservación y comercio]; y su preparación para el consumo [cocina y consumo]. Esos son los procesos objetivos básicos sobre los que incide la influencia social.»

La agricultura fue el cauce normal tradicional del abastecimiento de alimentos y el comercio el excepcional. La producción de alimentos estuvo condicionada por la intervención humana como factor determinante de su evolución mediante la invención de herramientas y la aplicación de fuentes de energía extrahumanas, el conocimiento del tempero de la tierra y la predicción del tiempo, siendo la tarea fundamental de la industria alimentaria la manipulación y conservación de los productos agrícolas. Y así sigue siendo en los países atrasados hoy en día; de ahí la necesidad de potenciar su racionalidad y su función de cara al futuro, comenzando por poner coto al dominio creciente del consumo al detalle por las grandes cadenas monopolistas en detrimento de productores y consumidores.

En el tercer apartado, esta misma problemática se contextualiza de modo similar a propósito de la transición *De la ciencia empírica a la experimental en la producción y conservación de alimentos*.

«Al analizar la aplicación de la ciencia a la práctica agrícola [y debe comprenderse en ella a la ganadera] se encuentra uno con la sorpresa de que los agricultores fueron, desde los orígenes de los cultivos, los creadores y acumuladores del acervo cultural de la humanidad, debido a los rasgos peculiares de la actividad agrícola: autonomía, autosuficiencia, independencia, fecundación mutua de actividad y experiencia, valor decisivo del conocimiento adquirido, capacidad para crear una cultura global, etc.»

La producción, conservación y cocinado de los alimentos fue la motivación determinante y el fundamento de la recogida de experiencia, su organización en conocimiento y el nacimiento de la actividad científica empírica en el neolítico: los agricultores primitivos crearon y acumularon el acervo cultural de la humanidad con especial atención a la selección de plantas, la domesticación y amaestramiento de animales y la previsión del tiempo. El abastecimiento de leche, frutas, carne y otros numerosos productos alimentarios en nuestras grandes ciudades habría sido imposible sin los progresos decisivos de la ciencia experimental en los dos últimos siglos y en las últimas décadas en especial: selección y mejora de plantas y animales, descubrimiento

de los abonos artificiales, lucha contra las plagas por procedimientos químicos, etcétera. Y, por lo mismo, de cara al futuro, se impone una aplicación cada vez mayor de la ciencia y el método científico experimentales a la producción de alimentos como garantía de una producción agrícola excedentaria suficiente.

Esto último viene a enlazar de forma directa con el planteamiento del *Desarrollo de la industria alimentaria*.

«Esta producción agrícola excedentaria no habría dado lugar a una industria asentada y con futuro de no haber existido una población capaz de adquirir los productos alimenticios. De hecho, la industria alimentaria se fundamenta en esta íntima relación entre un número creciente de personas que pueden comprar alimentos, pero no los producen –tendencia que se acrecienta conforme se avanza social y económicamente– y en la capacidad de los productores agrícolas de aumentar los rendimientos de sus campos y granjas, unida a las interrelaciones e intercambio que se establecen entre ambos sectores de la población.»

La producción de un excedente, el desarrollo del comercio y la industrialización de la agricultura y una productividad y una demanda crecientes son las bases socioeconómicas de la industria alimentaria. Este proceso histórico comenzó con la transformación culinaria de los alimentos y la lucha obsesiva por su obtención y conservación por los agricultores del neolítico, prosiguió, tras la revolución urbana, con la producción artesanal en la conservación artificial de los alimentos [secado y salazón] y las primeras industrias transformadoras [pan y cerveza], y ha culminado con la producción industrial de base científico-técnica tras la industrialización del campo y la consiguiente subordinación de la agricultura a la industria.

En tanto se estructura en función del valor añadido científico-técnico y cultural que incorpora, la industria alimentaria ha ido desde la agricultura de subsistencia, con producción y autoconsumo familiar, a su complejización científico-técnica tras la producción masiva de los alimentos, su conservación y su clasificación primaria al industrializarse el campo. En cuanto a su evolución técnica, partió del conocimiento empírico [pan, cerveza,...] en la producción familiar y artesanal y ha concluido hasta el momento con la aplicación de la ciencia experimental y su consiguiente reorganización a base del control interno y la garantía externa de su calidad: recepción, clasificación y almacenamiento de materias primas, aditivos y materiales de envase y embalaje; tratamiento industrial de las materias primas conforme a una fórmula previamente establecida; envasado, almacenamiento y conservación de los productos fabricados; y planificación y desarrollo científico de la distribución y comercialización de los productos.

En «*Desarrollo capitalista y agricultura y alimentación campesinas*» se aborda esta cuestión centrándose en los efectos del desarrollo mercantil capitalista sobre la agricultura, la alimentación y la población campesina de los países del Tercer Mundo.

Históricamente, los efectos de la aparición y el desarrollo de las ciudades sobre la producción agrícola se vieron agravados por las repercusiones de la exportación de

alimentos sobre la alimentación y las reservas alimenticias de los campesinos “colonos”, esclavos o siervos, hoy son las economías campesinas de los países del Tercer Mundo las que se ven distorsionadas por el desarrollo mercantil capitalista en el abastecimiento de las ciudades y la exportación de los productos agrícolas, con el empeoramiento y el deterioro previsibles de la alimentación y el abastecimiento de alimentos de grandes masas de la población, sobre todo rural, de cara al futuro.

«La causa fundamental del empeoramiento de la alimentación de los campesinos y las gentes pobres de las ciudades es su bajo nivel de ingresos, ante la falta de puestos de trabajo y la aparición de una oferta de mercancías muy diversificada.»

«*Evolución de la alimentación humana*» es un apunte sintético de determinados aspectos de este proceso histórico, comenzando por la relación entre la cocina y el origen del hombre.

«El hombre fue hombre cuando empezó a transformar alimentos de origen vegetal y animal incomedibles para él; cuando empezó a cocinar.»

La utilización del fuego para la defensa llevó al uso del agua y el fuego para digerir vegetales y animales, con la cerámica con invención complementaria; de hecho, la torta es la comida más antigua del hombre, y la torta y las gachas la base de la alimentación de las masas trabajadoras y de mayor persistencia en la historia de la humanidad. Tras la aparición de la sociedad de clases, a mayor despilfarro en la alimentación de las clases superiores, mayor miseria en la de las clases trabajadoras. En los siglos XVI y XVII los cultivos traídos de América, tras aclimatación y difusión en Europa y el descubrimiento de sus diferentes usos, con el maíz y la patata en vanguardia, transformaron la alimentación popular, haciéndola más equilibrada que la de los señores pese a la persistencia del hambre. Esto, hasta que la superación de la sociedad agraria tradicional por la sociedad industrial posibilitó la racionalización de la alimentación de las clases más acomodadas y el comienzo de la superación del hambre de las clases populares.

En fin, «*La crisis de la alimentación y su evolución histórica*» es un trabajo igualmente conciso sobre esta otra cuestión, con un contenido en parte similar y en parte complementario del correspondiente al artículo anterior.

«Hay que partir del hecho de que la alimentación “natural” del hombre es la preparada por él a partir de las plantas, en la mayoría de los casos, y, en menos cuantía, de los animales.»

La transformación de los alimentos de otras especies mediante el fuego y el agua y su conservación hizo de las gachas y las tortas las dos familias de platos más importantes de la humanidad. De hecho, complementadas con algunas de las plantas más importantes de la alimentación moderna tras su importación por los españoles y su aclimatación a las zonas templadas de Europa, perduraron como las dos formas básicas de alimentarse las clases trabajadoras hasta tiempos recientes. Por lo demás, como ilustra el caso español, la cocina regional tuvo siempre un su sesgo de clase hasta que se

impuso la tendencia a la uniformización de las comidas y la difusión del modo norteamericano de vida.

En la segunda sección –*Formas de Poblamiento y Cultura (1978-1986)*- se remite al libro *Formas de poblamiento y formación de la personalidad (1969-1986)*, publicado en 2012 en esta Biblioteca Virtual, reproduciendo su índice.

En 1978 Eloy Terrón vuelve sobre una temática crucial que había abortado ya en 1969. Las relaciones interpersonales son los cauces por los que el individuo recibe la mayor parte de la experiencia que va a generar su conciencia; y la disposición espacial de la vivienda, el factor determinante de las relaciones sociales en las sociedades agrícolas tradicionales, por su repercusión sobre la educación de los niños y sobre el comportamiento de los adultos [tacto social, simpatía, actitud para con los demás, limpieza, etc.]. Esboza, primero, un proyecto de tesis doctoral y aborda, después, la cuestión de «*La vecindad, como condicionante de la personalidad*».

Se plantea en principio el estudio comparativo de la influencia de los encuentros personales en la formación de la personalidad tanto en las regiones de población dispersa y semidispersa como en las de población concentrada de las agrovillas y agrociudades de la Mancha, Andalucía y Sur de Extremadura.

«La distribución espacial de la población [esto es, el tipo de vecindad] tuvo que ejercer (y ¿aún ejerce?) una influencia decisiva sobre la conducta de las gentes. Por un lado, porque las relaciones o, mejor aún, unos encuentros personales frecuentes y diversos contribuyen a configurar con vigor el núcleo profundo de la conducta: la conciencia. Y, de otro, porque esas mismas relaciones personales son los cauces o canales por los que los individuos reciben la inmensa mayoría de su experiencia.»

De hecho, se limita a analizar la forma dispersa y semi dispersa de poblamiento predominante en España: la aldea y el caserío. En ambos casos la economía se distingue por la pequeña propiedad de la tierra, la identificación del hogar y la producción, la forma de explotación “artesanal” del campo, la sujeción extrema de los individuos y su apreciación positiva del propio modo de vida; y, por lo mismo, las claves del modo de ser de sus gentes son su reducción de las relaciones personales al grupo familiar y la seguridad que les proporciona la propiedad.

Años después, a mediados de los años ochenta, se ocupa de «*La comunicación interpersonal en una aldea agrícola de subsistencia*», Fabero del Bierzo, su pueblo natal. Resalta la obstrucción del diálogo por la disposición espacial de la vivienda, una educación dura y limitada a la propia familia y el individualismo subjetivo, junto con la importancia del mundo ideal o representativo de la aldea, como trasunto del mundo real y un componente básico de la cultura popular; y concluye explicando la escasez de los temas y ocasiones para conversar por la rareza y la nimiedad del acontecer público y en razón de lo azaroso de los encuentros personales, con el bloqueo consiguiente de la capacidad de abstracción del individuo.

«En realidad, se hablaba poco, muy poco, lo mismo entre los familiares que entre los vecinos. Los campesinos de la aldea trabajaban mucho; con frecuencia, sin demasiada eficacia, pero siempre estaban haciendo algo. Las gentes de la aldea protoartesanal eran poco propensas a conversar demasiado, y eran poco apreciados los charlatanes, que podían estar mano sobre mano, dándole a la lengua.»

Poco después vuelve sobre esta misma problemática general en un trabajo más completo, «*Norte-Sur: formas de convivencia y racionalidad*», con tres tesis básicas: 1/ la importancia determinante de las relaciones sociales [de los encuentros personales] en el desarrollo de la subjetividad, en razón del bloqueo o el fomento de la facilidad de palabra, la capacidad de abstracción –esto es, de la aptitud para desprender la experiencia de la acción- y la facultad de pensar; 2/ cómo el factor determinante, generador de esas tres actividades o cualidades propias y únicas del hombre, reside en la frecuencia de las relaciones personales significativas, trascendentes; y 3/ cómo todo lo que favorece la frecuencia y la intensidad de las relaciones personales estimula y desarrolla la subjetividad y enriquece la personalidad, la libertad y la dignidad del hombre.

«El origen y desarrollo de la personalidad residen en la relación del individuo con los demás. Cuanto mayor sea el número de personas con las que se relacione un individuo, tanto más numerosas y diversas serán las concepciones de la realidad, los puntos de vista; y, a través de esa interacción, las diversas aportaciones de experiencia entrarán en conflicto y se depurarán. Si la personalidad se construye sobre la base de la relación directa de sólo dos personas, será como si sólo se dispusiera de dos puntos de vista para considerar la inmensa riqueza, plural y polifacética, de la realidad. La pobreza de pensamiento y de experiencia –de conciencia- del individuo formado en tales condiciones sería manifiesta. En cambio, la comunicación directa con un gran número de personas otorga siempre cierto sentido de la relatividad de las opiniones y de toda experiencia.»

El trabajo es la clave del desarrollo del hombre y su medio, y la garantía de la reproducción de los hombres como fuerza de trabajo. Ahora bien, una vez garantizada la atención de las necesidades básicas, son los problemas de la producción de la subjetividad los que pasan al primer plano histórico. Por lo demás, la socialización consiste en la configuración de la conciencia [o sistema de respuestas a los estímulos de la sociedad vertebrada por la palabra] por el grupo de pertenencia del individuo. Pero la recepción de la experiencia se encuentra condicionada por la desigualdad social, desde la aparición de ésta, como obstáculo de la interacción comunicativa; el caso español, con el protagonismo histórico de las diferencias de religión en el medievo, y de las barreras de clase, de modo abierto después, lo ilustra bien.

En general, la vivienda y el trabajo son los principales factores que condicionan las formas de convivencia y, en última instancia, la formación de la personalidad. Pero hay dos formas básicas de poblamiento, vecindad y convivencia [con dos subtipos característicos cada una de ellas]: disperso [caseríos y aldeas] y concentrado [agrovillas y megalópolis]. Los rasgos socioculturales típicos de la población dispersa del norte peninsular son la propiedad, la identificación del hogar y la producción, la educación en

el trabajo y en la sobriedad y la reducción de las relaciones personales significativas a las familiares, y, por eso, los individuos son ante todo hombres de acción y no de reflexión. En cambio, en las agrovillas del sur la forma de convivencia se distingue por la riqueza de las relaciones laborales, familiares y de vecindad, con la configuración consiguiente de personalidades realistas, solidarias y con conciencia de clase, y de ahí su significación histórica y actual en relación con el progreso de la solidaridad y la libertad, al ser la esencia del hombre la conquista de la libertad en cooperación con los demás, y las trabas a la solidaridad, el principal obstáculo a la libertad.

En fin, este estudio se completa con la ponencia «*La ciudad como sistema de comunicación*», presentada en el Congreso sobre el Diseño de la Ciudad de Oviedo, en octubre de 1986, con centro en la comparación de los efectos socioculturales y psíquicos del medio rural representado por la forma de poblamiento disperso o semidiserso con los de la forma de poblamiento concentrado propia de la ciudad clásica o tradicional.

El poblamiento disperso o semi disperso dificulta las relaciones personales y perturba el desarrollo de la personalidad al bloquear el desarrollo del pensar por la escasez de los encuentros personales, el aislamiento, la educación por imitación y la autosuficiencia material del individuo, lo que explica el claro predominio del individuo impulsivo y activo sobre el reflexivo y racional. La explotación, la opresión y la represión ejercidas con violencia por una clase sobre una población campesina obligan a ésta a tomar conciencia de sí misma [a sentirse como una “clase” oprimida, vejada y esclavizada], hacen brotar en los individuos que la componen sentimientos de solidaridad que refuerzan su unidad y, sobre todo, estimulan la forja de *líderes* que, con una mayor claridad de pensamiento, iluminan las conciencias oprimidas de todos. Pero esto no puede ocurrir en una población de pequeños campesinos “propietarios” de las parcelas que cultivan, aunque estén al borde de morir de hambre: falta la mano de hierro que estimule sus conciencias, les obligue a sentirse solidarios y los empuje a la unidad.

La ciudad tradicional, en cambio, es el marco ideal para el desarrollo de la comunicación y la conformación y enriquecimiento de la personalidad en virtud de la alta frecuencia, fluidez y eficacia de las relaciones sociales significativas y del desarrollo consiguiente de la inteligencia y la libertad del individuo.

«Como agrupación permanente de seres humanos, la ciudad tradicional o clásica — preelectrónica- (...) es el marco más adecuado y eficaz para el desarrollo de las relaciones humanas, personales, y para la configuración de las conciencias de los individuos. En ella todo está a favor de la reiteración y el afianzamiento de las relaciones personales, y, aún más, de su perfeccionamiento, puesto que favorece el desarrollo de las relaciones personales generales y la producción de relaciones por completo nuevas.»

En efecto. La ciudad es un entramado de nudos de comunicación; todo es significativo en ella; más aún, comunicativo. Orienta a los hombres y les ayuda a fundamentar su personalidad. Pues, en tanto que en la aldea agrícola de subsistencia impera aún la Naturaleza, en la ciudad domina la Naturaleza transformada por el

hombre en medio humano; y éste, en cuanto producto de la actividad del hombre, es coherente con la conducta y la conciencia humanas.

La ciudad fomenta el progreso de la cultura material y espiritual, con el consiguiente progreso de la civilización. Pues, dado el número de sus moradores, se impone en ella la división del trabajo, que impulsa a su vez el desarrollo de la especialización, fundamento del desarrollo cultural y de todo progreso humano. Aunque con un coste muy grave, al limitar la especialización las tendencias del individuo a hacerse una idea del sentido universal de las cosas, en aras de la eficacia.

Aunque hay algo más y aún más oneroso. En virtud precisamente de sus éxitos, la especialización se transforma muy pronto en el núcleo de la empresa como institución, y ésta fuerza el progreso técnico hasta hacerse con el dominio de los mercados y los clientes, lo que reimpulsa la especialización. Y de ahí también su monopolio de la recogida, ordenación y diferenciación de la información, con la recaída consiguiente del individuo en un aislamiento total e inconsciente, al ver en los medios electrónicos de comunicación y de entretenimiento de masas [radio, televisión y demás], una ventana “más directa de las cosas”, cuando son en realidad una ventana ficticia y aisladora.

De modo que la conclusión social y política es bien clara: hay que redescubrir la ciudad clásica como marco óptimo de las relaciones personales y remodelar la ciudad actual conforme a ese modelo.

En la tercera sección –*Mito y Cultura (s.f.)*– se reúnen dos trabajos, sin fecha, pero probablemente de 1986 o 1987, sobre la dimensión central de la cultura espiritual: «*El mito como primera concreción del mundo simbólico*» y «*El mito y la manipulación ilimitada del hombre*». En éstos se vuelve sobre una vieja hipótesis conforme a la cual los orígenes de la invención de los espíritus habría que buscarlos en las primeras comunidades agrícolas por su dependencia total de los cultivos.

En el «*El mito como primera concreción del mundo simbólico*» se resalta cómo,

“hasta bien avanzada la historia, toda –absolutamente toda– la cultura estuvo vinculada al cultivo de plantas para la alimentación humana y para protegerse de la intemperie”,

en el bien entendido de que

“este concepto del cultivo de plantas incluye la fabricación de instrumentos y de utensilios para conservar las cosechas, la vivienda, los caminos, las presas y acequias de riego, el telar e incluso los comienzos de la domesticación de los animales”.

Supuesto esto, se aborda la dialéctica general del dominio humano de la Naturaleza y el progreso del conocimiento y la concepción de la realidad, en virtud de la configuración de la conciencia y la guía de la actividad del hombre por el trasunto sociolingüístico de la realidad como ventaja selectiva de nuestra especie; y, sobre esa base, se nos adelanta ya que

“el mundo simbólico o representativo tiene dos fases: el duplicado de la realidad elaborado por los primeros campesinos y la explotación que de ese duplicado hicieron después los especialistas mitólogos”.

El proceso de transición de la experiencia del homínido, todavía básicamente animal, a la experiencia y el conocimiento sociolingüísticos que distinguen al hombre habría culminado con la Revolución Neolítica. Con la invención colectiva de la agricultura cambian las relaciones de los hombres entre sí y las de todos ellos con su entorno natural. Como efectos del cultivo agrícola, crece la población, se impone la división y disciplina del trabajo y progresa la “humanización” de las criaturas. El lenguaje articulado y la preocupación de los primeros campesinos por la relación entre el cultivo –del que dependía su supervivencia– y el ambiente natural acaban llevándoles a la ideación de los espíritus y al mito como primera noción de la Naturaleza como un todo, con el origen del Olimpo como trasunto de su ambiente natural y su medio cultural; y lo hacen recurriendo a la experiencia analógica y por tanteo ante la carencia de experiencia idónea como guía de la acción, dada su incapacidad para distinguir la acción y el conocimiento reales de los imaginarios.

Tras el desbordamiento de todos los límites previos de la vida animal con los primeros campesinos y sus condiciones de vida, la primera acumulación de conocimiento autónomo en la “sociedad trabada por la palabra” concluye con la constitución sociolingüística de la “esfera” del conocimiento como un todo sobre bases en parte objetivas y en parte ilusorias, al haberse divinizado el trasunto sociolingüístico de la realidad hasta idear los espíritus e incluso la inmortalidad humana. Será más tarde, a raíz de la aparición de la riqueza y la codicia en la sociedad parental igualitaria primitiva con el origen consiguiente de la sociedad de clases, cuando el mito como producto de la necesidad de seguridad campesina sea sustituido por la religión como el dispositivo cultural más eficiente de la dominación de clase. La violencia simbólica de los chamanes, sacerdotes y similares se impone así sobre la violencia física de los guerreros como recurso principal para la dominación de campesinos y artesanos al resultar mucho más barata y eficaz; y, a partir de ahí, la representación de los dioses a imagen de los soberanos terrestres evoluciona hasta llegar a estimarse todo logro humano como un regalo divino.

Tal es precisamente la problemática de *«El mito y la manipulación ilimitada del hombre»*.

El lenguaje, como soporte físico del duplicado representativo e ideal de la realidad, configura lo más íntimo del individuo –su conciencia–, que guía su acción como conocimiento que conoce sociolingüísticamente. Ahora bien, a partir de la transición de la comunidad parental primitiva a la sociedad de clases, eso mismo posibilita la penetración de otros hombres en ella, en orden a la educación y el fomento de la personalidad de los individuos de las clases privilegiadas y con vistas a la dominación por éstas de las clases subalternas mediante la violencia simbólica. Lo que se explica a su vez por el origen de la religión como segunda forma de la conciencia humana como un todo a partir del mito, que fue la primera.

La cuarta y última sección –*Dominación y Cultura (1977-1987)*– incluye nueve textos: «*Una interpretación sociológica de la tortura*» [1977], «*Cultura, educación y psicología social en los países capitalistas avanzados*» [1980], «*Educación y sociedad*» [1982], «*Religión y política*» [1982], «*La colonización cultural de nuestra época*» [1983], «*La crisis moral de nuestro tiempo y la juventud*» [s.f.], «*La influencia de la educación escolar en la formación en el respeto de la Naturaleza*» [1984], «*Del mito a la religión o una nueva forma de poder*» [s.f.] y «*Religión y cultura*» [s.f.].

En «*Una interpretación sociológica de la tortura*» [1977] se esboza la historia de la tortura desde su origen, con su empleo esporádico en la comunidad parental por el deseo de venganza, a su uso regular y su expansión en la sociedad de clases en virtud del monopolio de la violencia física por la clase dominante con otros fines.

«Es verosímil que en la comunidad parental la tortura fuera un fenómeno esporádico provocado por el deseo de venganza, como secuela de hechos tribales. Aparece así uno de los componentes de la tortura: ensañarse con el vencido, vengarse de él, devolverle con creces el daño que de él se había recibido. Pero no existían aún las condiciones sociales para que aparecieran otros componentes de la tortura: como medio para aterrorizar a la población y como medio para obtener información judicial, de obtención de pruebas. Esos tres aspectos son los que han caracterizado a la tortura a lo largo de toda la historia. Pero son los dos últimos rasgos los que le han dado celebridad en el último siglo y, más concretamente, en los últimos 50 años.»

Con el progreso de la civilización se pasó, pues, de la venganza como tortura en las sociedades con formas estatales primarias a la tortura como medio de aterrorizar a la población y de obtener información judicial. El valor de la tortura se acrecentó con la represión implacable de los delitos de opinión o creencia y los de brujería o hechicería [valga el Tribunal de la Santa Inquisición como prototipo], si bien el desarrollo de la cultura y la evolución de las costumbres y los sentimientos humanos llevaron al rechazo y a la lucha contra la tortura y sus consecuencias. En Europa esto tuvo inicio con el humanismo de los siglos XVI y XVII. Continuó, en el doble frente político e ideológico, con la Ilustración y las revoluciones de los siglos XVII y XVIII. Decayó luego como método de probar delitos, persistiendo como método policíaco, a finales del siglo XVIII y buena parte del XIX. Reapareció como instrumento para descubrir conjuras y medio para aterrorizar a las poblaciones con la expansión colonial de los países adelantados, coincidiendo con su racionalización científico-técnica para su empleo frente a aquéllas y frente a la propia clase obrera, crecientemente organizada y consciente. Alcanzó su máxima expansión con el colonialismo de posguerra y los totalitarismos de entreguerras. Y fue objeto de nuevos cambios con la racionalización y enmascaramiento del dominio de la clase capitalista valiéndose de los medios de comunicación de masas, la publicidad, la industria de la cultura y los centros intelectuales de esos mismos países capitalistas avanzados y sus colonias, desarrollándose así formas refinadas de tortura física y psíquica, que van desde su negación diplomática y retórica hasta su empleo para aterrorizar y paralizar a quienes se oponen al poder extranjero o la propia oligarquía y sus agentes.

En «*Cultura, educación y psicología social en los países capitalistas avanzados*» [1980] se explica cómo la lógica de la competitividad capitalista, al mismo tiempo que

abarata la fuerza de trabajo y crea nuevas mercancías, moldea la psicología social de las masas valiéndose del impulso de la innovación tecnológica, la sugestión publicitaria y las industrias de la “subcultura”, lo que se traduce a su vez en la generalización de la “inquietud adquisitiva” de las gentes y la anulación de la razón y la libertad de los individuos. Tanto más, cuanto que esto se completa con la educación formalista, rutinaria y pragmática de una población así predispuesta a aceptar las pautas de la “sociedad de consumo” sin exigencias morales, intelectuales y estéticas, la eliminación del contacto de los intelectuales y artistas con las masas, con el creciente embrutecimiento de éstas, la parcelación cultural de la población y la multiplicación de los miedos y las tensiones sociales.

«Si los análisis anteriores sobre la creciente disminución de las exigencias intelectuales de los puestos de trabajo y la configuración de la afectividad, la inteligencia, el gusto estético y la conducta de las gentes por los medios de comunicación colectivos son correctos, habría que admitir algo muy grave. A saber: la tendencia incontenible hacia una creciente incultura o, quizás y en términos más duros, hacia un creciente embrutecimiento de las masas, hacia la barbarie, y ello a todos los niveles de la sociedad.»

Frente a esta situación, en «*Educación y sociedad*» [1982] se plantea la necesidad de la formación sociológica de un profesorado humanista, racionalista y demócrata capaz de ayudar a los muchachos a entender el mundo en el que van a vivir como adultos.

«El objetivo y el propósito de este trabajo es precisamente el desarrollo de las diferentes razones por las que el profesorado debe conocer la sociedad en la que vive inserto y en la que viven sus alumnos, con el agravante, por cierto, de que es muy difícil poseer una imagen correcta de nuestra sociedad.»

Esa dificultad se explica por las exigencias del enmascaramiento de la estructura real de la sociedad mediante la generación de diversas formas de terror y alienación, y por la tendencia a la ocultación de los centros de poder en los países capitalistas avanzados. De ahí la necesidad de la formación del profesorado en una sociología que explique las principales funciones del poder y la dominación: dirección social conjunta, explotación laboral y monopolio de la violencia material y simbólica por la clase dominante, como principales formas del poder; invención de los dioses y desarrollo histórico de la dominación simbólica como dispositivo cultural predilecto para las relaciones del poder con los súbditos; desarrollos sociohistóricos básicos de la relación entre el poder de la violencia física de los guerreros y el poder de la violencia psíquica de los sacerdotes y similares; etcétera. Todo ello, para concluir en el presente sin más alternativas de la configuración de las conciencias que la “industria de la conciencia” y el marxismo genuino.

Esto mismo se enriquece con el análisis sociológico comparado de las organizaciones religiosas y los partidos políticos en «*Religión y política*» [1982].

«Las Iglesias nos inducen...a creer que los motivos para pecar son tantos y tantos, que nadie es capaz de salvarse con sus propias fuerzas, pues sólo ellas tienen el poder y los

medios para salvarnos de los horrores terribles que nos esperan en la otra vida si pecamos.»

«Sin duda, el objetivo de todos los partidos políticos es movilizar a las masas en apoyo de algún proyecto que el partido ha elaborado [o piensa elaborar; por ejemplo, redactar un conjunto de leyes] para ordenar la convivencia y garantizar el bienestar de la sociedad de que forman parte. Pero el grado de intensidad adoctrinadora que los diversos partidos ejercen sobre las masas varía mucho de unos a otros.»

Las Iglesias son las creadoras de las creencias básicas de todas las religiones valiéndose de determinados dispositivos culturales, que, en el caso concreto de la Iglesia Católica, son básicamente la configuración de la conciencia y el quebrantamiento de la intimidad del creyente mediante el sacramento de la penitencia, la “humanización” de Jehová y las técnicas del “desasimiento” para el control de los militantes, y la creación de tensiones psíquicas y la propaganda como principales recursos para la sumisión de los creyentes de a pie.

Ahora bien, si el “poder religioso” es todavía hoy una forma del poder político, el objetivo general de todos los partidos políticos en la democracia industrial capitalista es la movilización de las masas en pro del propio proyecto. Así, mientras los partidos de cuadros, conservadores, se valen del electoralismo, su reforzamiento con el aislamiento del electorado y la propaganda política difusa valiéndose de la publicidad y la “industria de la conciencia” en general, los partidos de masas transformadores tienen que enfrentarse con el cambio notorio de las condiciones de la clase trabajadora a raíz de la explotación a fondo del mercado interior por el capital, que puede ilustrarse muy bien, en el caso español, por el contraste de las condiciones de existencia, la conciencia y la unidad de la clase obrera antes de la guerra civil con las creadas por la industrialización capitalista de los años sesenta y primeros setenta.

Estas nuevas condiciones se ilustran en «*La colonización cultural de nuestra época*» con los cambios en la correlación del poder mundial tras la Segunda Guerra Mundial y el recurso del capitalismo al aparato comercial-ideológico para conservar su hegemonía. El nacimiento y desarrollo del aparato de exportación cultural norteamericano fueron producto de la expansión internacional de las grandes empresas norteamericanas, la hegemonía de los superricos como última instancia del poder económico y financiero y el desarrollo del mercado de masas y del empresarial de la cultura simbólico-lingüística. Lo que se completó, además, con el imperio de la publicidad comercial y la contribución de la técnica y de la ciencia al desarrollo de la industria de la cultura en general [expansión y concentración de la radiodifusión comercial, la industria cinematográfica, la televisión y la comunicación por satélite], al mismo tiempo que se camuflaba la hegemonía de los Estados Unidos con la proclamación universal de “la libre circulación de la información”.

El estudio sociológico de «*La crisis moral de nuestro tiempo y la juventud*» se justifica por la crisis de la moral “religiosa” de la sociedad agraria tradicional y la necesidad de una moral “racional” en la moderna sociedad industrial, dada la estrecha

relación de dependencia entre las normas morales y la estructura social en virtud de la economía política de la moral.

«Mientras son pocos los individuos que infringen las reglas o rechazan los modelos aceptados, la gente no se alarma, pues, si bien considera a los infractores individuos raros o descarriados, entiende que el orden “social” establecido y dominante no corre peligro. Pero sí lo hace cuando el número de los infractores de las reglas y modales es grande: la mayoría de los miembros de las generaciones jóvenes, por ejemplo.»

La función social de las normas morales en la sociedad se justifica como dispositivo cultural del control e integración social de los individuos y de reproducción del orden social y político, y de ahí la configuración lingüística y cultural en general de la conciencia del niño en el medio familiar y escolar, como principio de su comportamiento general y moral.

Las condiciones reales de existencia de los individuos y los grupos sociales determinan sus motivos de credibilidad. En tanto que la moral rigurosa y la inexistencia del control jurídico en las sociedades parentales se debe a la ausencia de agentes de socialización contradictorios, la división de la sociedad en clases conlleva la quiebra profunda del orden moral de la sociedad tribal y el origen del orden jurídico, respaldado por el monopolio de la violencia física. No obstante, el miedo a los dioses, mucho más “económico”, acaba imponiéndose al temor a los administradores de la ley, en tanto que las religiones del “ritual” son sustituidas por las religiones del “corazón”, mucho más ricas cultural y teóricamente y más eficaces político-ideológicamente. De hecho, la ética, la filosofía, la ciencia, la técnica, la literatura social y la cultura letrada en general tuvieron un sesgo clasista en las civilizaciones antiguas.

Por lo demás, los progresos teóricos de los diversos ensayos de religión universal culminaron en el Próximo Oriente, durante el Imperio Romano, con la síntesis integradora de la Iglesia Cristiana, que, como forma indirecta del poder político, se distinguiría por su jerarquización interna, la formación especializada de los “funcionarios de Dios” y la integración político-ideológica de las masas. Luego, en el medievo, su desarrollo culminaría con la implantación de una moral de la miseria y la austeridad y su afianzamiento institucional como aparato técnico del poder político profano, para, a partir de ahí, intensificar su pasión proselitista y su intensificación de la violencia espiritual al iniciarse su decadencia.

En «*La influencia de la educación escolar en la formación en el respeto de la Naturaleza*» [1984] se afronta el esclarecimiento de la noción de la Naturaleza y del lugar que el hombre ocupa en ella, como la mejor forma de aprender a respetarla. Pues, si los campesinos del neolítico crearon la primera noción unitaria de la Naturaleza, como madre nutricia, generadora y protectora de todo lo viviente, hoy la amenaza de su destrucción por el uso irracional de la técnica ha venido a añadirse a su desprecio ideológico a lo largo de la historia.

«Hay que acabar con esa idea patrimonial e irracional del hombre como señor de la Naturaleza. Y no sólo para que el hombre se acerque a ella con humildad, sino también

para que se sienta solidario con ella –parte de ella- y para que comprenda su lugar en ella y que no puede dañarla o destruirla sin dañarse a sí mismo. Tal es objetivo fundamental de este trabajo.»

Puesto que sólo se respeta lo que se conoce y se ama, hay que orientar a los hombres mediante el conocimiento de la historia de los seres vivos, incluido el hombre, con la ayuda de la de la biología evolucionista y la ciencia de la cultura.

La biosfera terrestre se constituyó como culminación de la evolución cósmica de lo inorgánico en el sistema solar. El origen de la vida puede resolverse desde los supuestos epistemológicos del monismo científico valiéndose de los conceptos teóricos básicos para entender el ser vivo de la biología evolucionista. La lucha por la existencia es el designio natural de todo ser vivo. La evolución de los seres vivos se plasma en una serie de líneas y puntos nodulares, conforme a la dialéctica entre el ser vivo y su medio, en su conjunto y en los tres niveles de integración energético-material del ser vivo, proteína globular, célula y animal.

En el caso del animal, su evolución se despliega en tres etapas básicas: vida animal primitiva de la Era Paleozoica, vida animal media de la Era Mesozoica y vida animal moderna de la Era Cenozoica. La vida animal primitiva –de los invertebrados- tuvo origen hará unos 500 millones de años; la vida animal media –con los vertebrados en vanguardia- unos 200 millones; y la vida animal moderna –con los homeotermos, que se diferenciarían en aves y mamíferos- unos 77 millones. Los mamíferos evolucionaron en la fronda tropical a partir de su rama primitiva –el orden de los primates- por sucesivos descensos al suelo de determinadas especies arborícolas o parte de las mismas, incluida la especie ancestral del homínido, que fue la última.

Tras verse forzado al abandono de la fronda tropical ante el desarrollo de la braquiación por los grandes monos, el primate ancestral del homínido logró sobrevivir en el bosque ralo o marginal valiéndose del apoyo en la horda, la cooperación social, la comunicación audiovisual y el uso ocasional de instrumentos en la defensa. El homínido fue el prehomínido que logró adaptarse a la vida en el campo abierto gracias al dominio del fuego y otros hallazgos técnicos, condición de posibilidad del cuidado y domesticación de las criaturas por los adultos, con el consiguiente aumento de la seguridad y la cohesión del grupo, la mejora de la alimentación y la difusión social de la experiencia subjetiva mediante el lenguaje inarticulado, la acción demostrativa y la imitación; en cuanto al “homo sapiens”, fue el homínido que logró desarrollar el lenguaje articulado como nueva ventaja selectiva, dando así origen a su propio medio biológico, la sociedad vertebrada por la palabra.

La cultura está constituida por las relaciones de unos hombres con otros con la mediación de los objetos y los procesos técnicos y de las representaciones lingüístico-simbólicas, y la educación resulta de la configuración cultural de la triple trama de la mente humana: la afectividad, como núcleo de la personalidad, base de la sociabilidad, motor de la solidaridad y cauce de la racionalidad; el lenguaje articulado, como condición de posibilidad de la movilización de las imágenes y de la anticipación de la acción mediante la representación “a voluntad” de sus resultados; y el conocimiento y

la acción social, como la doble cara del proceso humano de instalación en la realidad, sin que el primero pueda ir nunca más allá de los límites de la segunda.

Ahora bien, mientras la interiorización o asunción de la parte “pertinente” de la experiencia colectiva por cada individuo es la condición de posibilidad de su comprensión e inserción en el propio medio, el desarrollo del conocimiento de la especie humana se plasma en universo simbólico-lingüístico de la Naturaleza como un todo, en parte racional y objetivo como producto de los progresos reales de la experiencia colectiva, y en parte ilusorio, mágico y fuente de irracionalidad, extravíos y equivocaciones, en razón de las limitaciones del primero y de la dominación de unos hombres por otros. Una situación hoy agravada en grado sumo ante la posibilidad real de una hecatombe bélica nuclear.

En «*Del mito a la religión o una nueva forma de poder*» se estudia el origen de la segunda a partir del primero.

«La concepción mítica de la naturaleza –primera forma concreta de la experiencia humana– fue, pues, una creación popular y al servicio de todos, y como tal se difundió entre toda la población. Al surgir la sociedad de clases (...), aunque es casi seguro que las clases dominantes utilizaron su parentesco con los espíritus para intentar legitimar su dominación, el fundamento de su poder, absoluto, fue en un primer momento la represión brutal e implacable... Ahora bien, una represión tan drástica no sólo destruye toda esperanza en los vencidos y les sumerge en un estado de miseria, inseguridad y embrutecimiento, sino que al mismo tiempo ofrece las condiciones más adecuadas para someter a los trabajadores a una nueva forma de dominio, tan férreo como el militar, la de colonización de las conciencias».

Ésta, que busca la aceptación de la privación material a cambio de bienes imaginarios, fue obra de los sacerdotes, especialistas intelectuales en los espíritus y en el trato y manipulación de los oprimidos mediante la inculcación de representaciones y conceptos mítico-religiosos como guía y fuentes del comportamiento. Los sacerdotes crearon una concepción nueva, producto de la refundición de las concepciones mítico-populares y de su vinculación con el Poder, y la difundieron dogmáticamente echando mano de relatos atractivos. Mientras en Grecia o en Roma el escepticismo fue siempre minoritario, la progresividad de la concepción mítica contrasta con el carácter opresivo de la concepción mítico-religiosa de las Religiones-Estado, como resumen de la experiencia y el trato sacerdotales de los de los hombres, plasmado en una concepción del mundo elaborada a partir de las concepciones míticas ancestrales y en una concepción de la naturaleza del hombre y de sus relaciones con los dioses –con las normas divinas como garantes y legitimadoras del orden social y político- que incluye la salvación en el paraíso o la condenación en el infierno como destino último del individuo.

Por último, esta misma problemática se plantea en «*Religión y cultura*» desde otra perspectiva.

El texto se abre ciertamente con la transición del mito como exigencia de los progresos en el dominio de la Naturaleza por parte de los primeros campesinos en la

comunidad igualitaria primitiva a la religión como garante de la dominación de los campesinos y artesanos en la sociedad de clases. En ésta la necesidad de especialistas en el control simbólico-lingüístico y en el adoctrinamiento de la población llevan a la creación de una serie interminable de mitos, como primera gran hazaña de los expertos en el Olimpo y sus pobladores. Pero el asunto a dilucidar aquí es la conversión de la religión en lo más íntimo del individuo.

«Ahora bien, la cuestión fundamental y trascendental a plantear aquí es otra. ¿Cómo consiguieron los especialistas en los “espíritus” penetrar en las conciencias de los hombres hasta el punto de modelar sus esperanzas y sus ilusiones? ¿Cómo se puede dominar a los hombres desde su propia interioridad? (...). ¿Cómo consiguieron penetrar los especialistas en la persuasión y la sugestión en las conciencias de los campesinos, modeladas previamente, como se ha dicho, por las actividades productivas y los instrumentos, las relaciones personales de cooperación y la transmisión de la cultura acumulada por las generaciones pasadas del grupo?»

Aunque la superación de la inmersión animal en la Naturaleza por los campesinos primitivos explica su necesidad de creer en los espíritus, esa necesidad estuvo limitada por su estrecha compenetración práctica con la Naturaleza. En cambio, la sociedad de clases necesitaba especialistas en la sustitución de lo real por lo ilusorio en orden a la configuración ideológica de las conciencias por diversos medios. De hecho, mientras la psicología típica de guerreros y sacerdotes es el resultado de su educación en un medio cultural elitista, especializado y exclusivo, el núcleo de la cultura los campesinos y artesanos fue desarrollado por los sacerdotes y demás expertos ideológicos en función de las necesidades de la clase dominante. De ahí su evolución hasta la esclavización del cuerpo y el dominio de la conciencia del hombre común mediante la combinación de la opresión física con la “espiritual” valiéndose de recursos a veces geniales, como la elevación del sexo a pecado universal por parte de la Iglesia Católica en el siglo XVII.

Por lo demás, el interés por el propio destino y la obsesión por conocerlo y determinarlo son tanto mayores y más intensos cuanto más se asciende en la pirámide del poder y la posición social característica de la sociedad de clases. Con todo, si en tiempos de incertidumbre se admiten representaciones e ideas que en tiempos normales se considerarían absurdas, en períodos de expansión y económica y de auge social y político disminuye la atención a las cuestiones míticas y religiosas. De ahí que en un determinado momento histórico la hegemonía del duplicado ilusorio de la realidad diera paso a la convivencia de la religión, la ciencia y las nuevas supersticiones, o que la configuración interesada e irracional de las conciencias haya alcanzado su máximo histórico en la sociedad capitalista tardía.

Por último, todo lo anterior se completa con una serie de Notas con tres principales centros de interés: la sociedad de consumo; la educación, la religión y la ciencia; y un par de cuestiones candentes del presente.

IV. APROXIMACIÓN A LA CULTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Al igual que en las anteriores, en esta cuarta parte del volumen II, sus materiales se han organizado en cinco secciones, correspondientes a cinco campos básicos de la cultura, alimentación, sociedad, economía, política y dominación: *Del sistema alimentario tradicional al capitalista, De la sociedad feudal a la terrateniente, Del estancamiento al desarrollo capitalista, De la dictadura del general Franco a la democracia burguesa y De la legitimación eclesiástica de la dominación a la mediática.*

La primera sección –*Del sistema alimentario tradicional al capitalista*– consta de un texto básico, *España, encrucijada de culturas alimentarias. Su papel en la difusión de los cultivos americanos* [1971-1978], y seis complementarios: «*La agricultura, base del sistema alimentario tradicional*» [s.f.], «*La patata y los tesoros de las Indias*» [1987], «*Carta al País sobre la patata*» [s.f.], «*El conocimiento del maíz en España*» [s.f.], «*Desarrollo industrial y cambios drásticos en el sistema agropecuario de nuestro sistema alimentario*» [s.f.] y «*Estudiar el papel de la industria alimentaria en el sistema alimentario español y sus puntos críticos*» [1981].

España, encrucijada de culturas alimentarias. Su papel en la difusión de los cultivos americanos [Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1992] tuvo origen en el *Estudio de los condicionamientos sociales de la alimentación y de la evolución de la alimentación en España desde el siglo XVI, a partir de la importación a nuestro país de las nuevas plantas agrícolas americanas*, realizado para el Instituto de Biología Aplicada entre 1971 y 1978. Aquí únicamente se incluye el índice, con una introducción, con la fundamentación científico-evolucionista de la cultura como medio biológico del hombre, y cuatro partes: “La alimentación española hasta el descubrimiento de América”, “La alimentación española después del descubrimiento de América”, “La seguridad en el abastecimiento de alimentos” y “La alimentación española desde la guerra civil al desarrollo económico”.

En «*La agricultura, base del sistema alimentario tradicional*» se resaltan la producción agrícola inmediata como base de la alimentación en España hasta la expansión del ferrocarril y el predominio de la agricultura de subsistencia por la carestía y escasez del transporte antes y después de las reformas liberales del siglo XIX. En «*La patata y los tesoros de las Indias*» y en «*Carta al País sobre la patata*» se apunta la desatención general del papel de España como encrucijada de culturas alimentarias al abordar el caso concreto de la patata, “el tesoro más precioso que los españoles trajeron del Nuevo Mundo”. «*El conocimiento del maíz en España*» [VVAA. *El maíz: de grano celeste a híbrido industrial. La difusión española del cereal hispanoamericano*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación en 1996, pp. 66-79] reproduce con ligeras modificaciones lo que se dice al respecto en el libro *España, encrucijada de culturas alimentarias. Su papel en la difusión de los cultivos americanos*. En «*Desarrollo industrial y cambios drásticos en el sistema agropecuario de nuestro sistema alimentario*» se aborda con detalle esa cuestión. Y en «*Estudiar el papel de la industria alimentaria en el sistema alimentario español y sus puntos críticos*» se precisan los principales factores a

investigar para restablecer la confianza los consumidores tras la “crisis de la colza” y el fraude criminal de 1981.

La segunda sección –*De la sociedad feudal a la terrateniente*– se compone igualmente de un texto básico, «*Formación, desarrollo y crisis del sistema terrateniente*» [1987] y varios complementarios: «*Los visigodos en España*» [s.f.], «*De la sociedad feudal a la terrateniente*» [1972], «*Las Sociedades Patrióticas*» [1973], «*Estructura social y política de la sociedad terrateniente*» [1976] y «*La estructura social de la medicina en España*» [1970].

«*Formación, desarrollo y crisis del sistema terrateniente*» se publicó como prólogo del libro *Agricultura y atraso en la España Contemporánea (Estudio sobre el desarrollo del capitalismo)*, de Enrique Prieto Tejeiro. En él se parte de la necesidad del estudio histórico-político previo como condición para la investigación económico-política de la constitución de una clase social, remontándose para el caso de la clase terrateniente española hasta la consolidación de la vieja nobleza feudal castellana como clase hegemónica de la monarquía cortesana de los Austrias tras la vinculación del patrimonio a un mayorazgo a principios del siglo XVI, para concluir con el reforzamiento del impulso desamortizador del reformismo ilustrado borbónico con el arraigo político del liberalismo desde finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Sigue luego el reforzamiento del sistema terrateniente en las tres primeras décadas de la Restauración, como resultado de la consolidación y ampliación de la vieja clase terrateniente en función de los efectos jurídicos y sociales de las “reformas liberales” de la propiedad de la tierra a costa de la Iglesia y el campesinado.

«Las reformas liberales se hicieron a costa de dos víctimas; la Iglesia, que perdió la mayor parte de sus propiedades, pero se hizo pagar muy caro tal despojo [aún está sin estudiar el daño que causaron a la sociedad española la serie de guerras civiles, en las que la Iglesia jugó un papel preeminente o casi dirigente] y los campesinos pobres, los eternos explotados. Primero, durante siglos, por los señores feudales [una parte de ellos era la Iglesia] y, luego, por los nuevos amos, que intensificaron su explotación en nombre de la libertad y de la racionalización de la renta liberal; y esto, sin contar con que fueron ellos también los que dieron sus vidas –su sangre– y quienes recibieron los palos en ambos bandos de las guerras civiles. Pero los campesinos del siglo pasado no escribían libros ni artículos en la prensa, ni peroraban en el Congreso; sufrían en silencio la nueva explotación y morían sin elevar la más firme protesta».

Y todo ello para concluir con la crisis del nuevo sistema terrateniente a principios del siglo XX y la reacción de la clase dominante, que llevará finalmente a la mayor catástrofe de nuestra historia: la Guerra Civil.

En «*Los visigodos en España*» se precisan los hechos históricos básicos, el gobierno, la estructura de clases, el ejército y la base económica de la Monarquía visigótica, así como la clave de su desaparición histórica.

«La destrucción de la monarquía en el reinado de D. Rodrigo fue consecuencia de una profunda contradicción entre la base económica, que avanzaba hacia la economía señorial de forma acelerada, y la organización política, aferrada al modelo del Imperio. Esa contradicción dio al traste con la monarquía.»

En «*De la sociedad feudal a la terrateniente*» se reproduce la primera versión de la interpretación científico-social e histórica de este proceso decimonónico, en carta del autor a su antiguo discípulo y amigo el economista Manuel Román, profesor en la Universidad de New Jersey.

«Hoy creo que he empezado a comprender –escribe- la transición desde el sistema de producción típicamente medieval, feudal, al “sistema de transición” que se afirma hacia 1850 y, más eficazmente, después de las algaradas de 1868 a 1874.»

En «*Las Sociedades Patrióticas*» se plantea el estudio de sus orígenes y aspectos más significativos en su “período clásico” [1820-1823], resaltando su doble interés, histórico y político.

«La privilegiada situación de las Sociedades Patrióticas como fenómeno político-social radica en su condición de encrucijada entre el antiguo régimen y el nuevo régimen democrático y liberal; ... Pero...las Sociedades Patrióticas... muestran todavía un rasgo aún más acusado de originalidad: el hecho de que sean una autentica creación de las masas españolas [al menos, de las masas urbanas].»

En una nueva carta a Manuel Román, Eloy Terrón expone sus progresos en la comprensión de la «Estructura social y política de la sociedad terrateniente» al aplicar el análisis de clase. A saber: la renta de la tierra y el fisco estatal como medios de reproducción de la clase terrateniente desde sus orígenes hasta 1936; la estructura social y política básica del nuevo sistema terrateniente como producto de las reformas liberales de las décadas centrales del siglo XIX; la constitución de una oligarquía agrícola-financiera a partir de la alianza de la clase terrateniente, la cúpula de la burguesía mercantil y la burguesía industrial a principios del siglo XX; el doble mecanismo de poder, militar y civil, de las clases privilegiadas; la reproducción de la dominación de las clases subalternas como función profesional de intelectuales y burócratas; y la conversión de la sociedad española en una sociedad represiva.

«Creo que he conseguido dar un importante paso adelante para comprender la situación de la España agraria tradicional, los restos últimos de la sociedad feudal –concluiría.»

En fin, en el preámbulo del artículo «*La estructura social de la medicina en España*», se aborda esta cuestión desde la sociología de las profesiones con una aproximación sociohistórica.

«Como la estructura de una profesión viene determinada por la forma y las condiciones en que se cumple socialmente la correspondiente actividad, así como por su necesidad [*sic*] y por la estima que merezca a los miembros más prominentes de la sociedad [esto es, a la clase dominante], creemos conveniente examinar

brevísimamente estas tres cuestiones en el tiempo, plasmadas en una hipótesis verosímil [por su racionalidad] sobre el origen y evolución de la medicina».

Mientras el desarrollo de la medicina en las sociedades parentales fue mínimo, si bien su función social y moral fue muy efectiva, en las sociedades de clases hubo siempre una medicina para ricos –producto de la fusión de una parte de la experiencia terapéutica tradicional y de una nueva terapéutica social-político-religiosa- y una medicina para pobres. Tras el origen de la medicina científica, la “medicina social” cortesana predominó bajo el feudalismo de Estado, llegando la distancia entre la medicina para ricos y la medicina para pobres al máximo tras la Revolución Industrial. En cuanto al caso concreto de la medicina española, tras encontrarse al borde del colapso en el reinado de Fernando VII, alcanzó el máximo prestigio como profesión liberal a mediados de siglo, con el “médico de familia” como modelo ideal y el “médico de casa” de la familia burguesa, para complejizarse relativamente a principios del siglo XX con el médico de renombre para la aristocracia, el médico de cabecera para la burguesía, el barbero para el proletariado, la medicina popular tradicional en el campo y la medicina asistencial en los centros urbanos, con el hospital, un “lugar donde morir”, para los pobres de solemnidad.

La tercera sección –*Del estancamiento al desarrollo capitalista*- incluye, como las dos anteriores, un único texto básico, «*Influencia de la agricultura sobre el desarrollo de la sociedad terrateniente. 1976-1936*» [1979], y varios complementarios: «*Sobre el estancamiento español*» [1972], «*Producción y comercialización de los productos agrícolas durante el último siglo*» [s.f.], «*La agricultura y sus dificultades*» [1975], «*Respuesta de la agricultura al desarrollo capitalista de la industria y los servicios*» [1975] y «*Las ciencias sociales y la investigación técnica en la industria privada*» [1970].

El artículo «*Influencia de la agricultura sobre el desarrollo de la sociedad terrateniente. 1976-1936*» es un texto sólido y notorio, aunque probablemente organizado un tanto apresuradamente reuniendo una serie de notas en su mayor parte de la primera mitad de los años setenta.

En la primera de esas notas se plantea la problemática general a propósito de las reacciones de los grandes trigueros, vinateros y olivaderos tras la constitución finisecular de un mercado agrícola mundial y sus consecuencias para España, que fueron desde el cierre proteccionista de la clase terrateniente y la burguesía industrial hasta la instrumentalización por la oligarquía agrícola, financiera e industrial de la élite eclesiástica, militar y jurídica, que llevaría a la dictadura de Primo de Rivera [1923-1930] a modo de ensayo general de la conquista del Estado, tras la Guerra Civil.

En la segunda nota se parte de las transformaciones decimonónicas de la posesión tradicional de la tierra en España desde el sistema feudal de producción dominante hacia 1808, precisando el alcance, la naturaleza y los principales beneficiarios y perjudicados de la transformación de la propiedad territorial feudal, participada, en la nueva propiedad burguesa, de libre disposición, lo que se completa

con el apunte sumario del origen, base popular y fuerza del carlismo en las guerras civiles, de los conflictos sociales y políticos de 1840-1860 y de la revuelta de 1868.

En la tercera nota se presenta la burguesía comercial como una supervivencia feudal más, dadas sus contradicciones características, su carencia de unidad y su contraste con la burguesía mercantil capitalista, para volver finalmente sobre la llamada revolución de 1868 y las causas de su fracaso.

En la cuarta nota se explica la larga polémica decimonónica entre proteccionistas y librecambistas por la contradicción existente entre la nobleza latifundista y otras supervivencias feudales, de un lado, y la burguesía mercantil, por otro, como principal determinante de la política durante los dos primeros tercios del siglo y clave principal de la debilidad congénita del liberalismo español.

En la quinta nota se añade a lo anterior el triunfo del proteccionismo y el estallido y desarrollo del conflicto entre agrarios e industriales, distinguiendo tres períodos básicos: 1/ 1898-1914, con la agudización de las contradicciones entre agrarios e industriales, la prolongación de la crisis de la sociedad terrateniente y una fuerte emigración hasta 1914; 2/ 1914-1917, con el desaprovechamiento por la burguesía industrial de la coyuntura favorable de la Primera Guerra Mundial y la agudización de las contradicciones sociales y políticas [Juntas de Defensa, huelga revolucionaria, alarma de la “sociedad agraria” y cambio de frente político de la burguesía industrial ante el empuje de la clase obrera]; y 3/ 1917-1923, persistencia de las contradicciones económicas entre los agrarios, la burguesía comercial y la burguesía industrial, pacto de la burguesía industrial con los trigueros ante la presión del anarcosindicalismo revolucionario y pronunciamiento de Primo de Rivera.

En la sexta nota se explica por qué la agricultura determinó el desarrollo de la sociedad española: por el sistema agrario doblemente feudal; por la inviabilidad de la acumulación capitalista del capitalismo, con una agricultura latifundista feudal-tardía en la mitad sur y una agricultura minifundista de subsistencia, verdadera o completada con el recurso al mercado, en el norte, la meseta y la periferia mediterránea; por la limitación de la producción comercial; y por el afianzamiento del monopolio de la propiedad de la tierra, las rentas altas y la descapitalización del campo.

La séptima nota es una contribución al debate sobre el bloqueo del capitalismo en la que se plantean las escasas posibilidades de la acumulación del capital en la España de 1876-1936 dados los factores que la frenaban, en contraste con la intensidad de la acumulación primitiva de capital agrario en las condiciones sociales de los años cuarenta y primeros cincuenta.

Y en la octava y última nota se expone la dialéctica de la doble línea de poder, civil y militar, de la nueva “sociedad agraria” producto de las reformas liberales y su relevancia en orden a la comprensión de la dictadura franquista: apoliticismo tradicionalista [especialmente carlista], como reserva de la derecha, y apoliticismo revolucionario de núcleos importantes de la clase obrera, adheridos al anarquismo; monopolio de la actividad política por una minoría insignificante de agrarios y

comerciantes; incrustación de la camarilla aristocrático-militar palatina en el ejército, la Iglesia y la burocracia; armonía de las dos líneas de poder, entre 1876 y 1898; descomposición del bipartidismo, crisis económica y alarma general de las clases privilegiadas ante la indisciplina final, laboral, política y, sobre todo, militar, entre 1898 y 1917; persistencia de la indisciplina y la acentuación de la crisis política hasta la eliminación final de la línea de poder civil por el golpe militar, entre 1917 y 1923; y pugna de trigueros y fabricantes bajo un aparente consenso político, durante la dictadura de Primo de Rivera, entre 1923 y 1930.

Y todo ello para concluir con la bibliografía y un resumen en francés y en inglés que se limita a sentar la tesis principal.

«En resumen, se puede decir que el estancamiento tiene sus raíces en la debilidad de la burguesía industrial, que, para conseguir el apoyo de los trigueros a su política proteccionista, los incitó a exigir un proteccionismo acelerado y creciente para los cereales, hasta que lograron aislar a España de los mercados internacionales. Al cortarse la posibilidad de la exportación por el elevado coste de la mano de obra, los industriales se encontraron confinados al interior de las fronteras con una población consumidora muy limitada por la falta de capacidad adquisitiva. En estas circunstancias y ante el empuje dominante de los agrarios y la violencia de las organizaciones obreras, los fabricantes vieron su precaria salvación en el corporativismo que le ofrecían los ultras durante la dictadura de Primo de Rivera. Acomodados a este sistema seguro, en un país en que la demanda superaba a la oferta, y aterrados por el sindicalismo revolucionario, prefirieron continuar arropados bajo la tutela de los ultras, no sólo durante la República, sino después».

«*Sobre el estancamiento español*» es una carta en respuesta al texto “Notas sobre el estancamiento”, de Manuel Román, con tintes biográficos, que van desde la experiencia infantil de la agricultura “autosuficiente” a la vivencia constante del peso aplastante de la producción triguera como estudioso de la España contemporánea, a modo de encuadramiento de una investigación a realizar sobre el papel de la burguesía mercantil como agente de la clase terrateniente.

«Estoy de acuerdo en estudiar a Ricardo. Precisamente acabo de leer la *Miseria de la Filosofía* y eso me ha incitado constantemente a estudiarle. Si tú no me hubieras recomendado estudiar a Ricardo, te lo habría sugerido yo, porque noto continuamente el peso aplastante de la producción triguera sobre toda la vida del país.»

La cuestión de la «*Producción y comercialización de los productos agrícolas durante el último siglo*», abordada a raíz del alza de los precios de los productos agrícolas y las quejas del campesinado en los primeros años setenta, se revisa con rigor, tras desechar el del tópico de los intermediarios, a título de chivo expiatorio.

«Las soluciones fáciles son peligrosas en todo problema; más que nada, porque extravían la atención y la alejan del verdadero objetivo: la auténtica solución.»

En «*La agricultura y sus dificultades*» se estudian las razones del atraso agrícola, los efectos de la industrialización y el desarrollo de los servicios, la fácil penetración del

capital allí donde la tierra está concentrada y su inviabilidad allí donde domina la pequeña propiedad, poniendo el principal acento en que la solución de los problemas agrícolas no consiste en frenar el desarrollo de la industria y los servicios, como pretenden quienes arguyen, en los medios agrícolas e incluso en los urbano-políticos, académicos y profesionales, que la agricultura se ha dejado de lado para favorecer a la industria y los servicios.

«¿Qué hay de verdad en estos lamentos? ¿Es cierto que, en España, el desarrollo de la industria y los servicios se hizo a expensas de la agricultura y de los servicios? ¿Se apoyó, en parte al menos importante, en ayudas y créditos estatales o ese desarrollo fue impulsado por estímulos económicos y no administrativos?»

La «*Respuesta de la agricultura al desarrollo capitalista de la industria y los servicios*» –otra carta a Manuel Román- viene a enlazar con esto último.

«El desarrollo económico impone una mayor circulación de capital entre los diferentes sectores, subsectores y ramas de la producción en busca de beneficios extra, con el resultado de una mayor racionalización de la producción y de la disminución de sus costes, al eliminarse todas las empresas marginales. De modo que, contrariamente a lo que piensan muchos portavoces de los agricultores, en mi opinión, la agricultura de nuestro país no tiene más salvación que el desarrollo acelerado de la industria y de los servicios.»

Lo que se completa, además, con las que deberían ser las respuestas de los agricultores españoles frente al desarrollo económico: emigración o reconversión, para producir para el mercado interior, en la agricultura de autoabastecimiento; producción para el mercado interior de hortalizas en las explotaciones familiares y de frutas en las grandes explotaciones mecanizadas; y producción para la exportación, con empleo de mano de obra asalariada, en las grandes explotaciones mecanizadas transformadas en empresas capitalistas.

Por último, «*Las ciencias sociales y la investigación técnica en la industria privada*» viene a ser una contribución al debate político sobre el cierre o no del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El estudio de los recursos humanos es responsabilidad de cada Estado y sólo puede abordarse por el conjunto de las ciencias sociales, dada su complejidad. La pequeña y mediana empresa está incapacitada para hacerlo, pero el CSIC podría hacerlo perfectamente.

«Con tareas como ésta por delante, es absurdo hablar de la desaparición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; es más, éste puede y debe cumplir una importante función al servicio de la sociedad que lo sostiene.»

La cuarta sección –*De la dictadura del General Franco a la democracia burguesa*- es más extensa y compleja al haberse integrado en ella siete textos básicos –«*Origen y desarrollo de la dictadura del General Franco*» [1975], «*La ideología de la "clase media y el régimen de Franco*» [1975], «*Minipartidismo y fulanismo en la España actual*» [1976], «*Las fuerzas de la cultura y la participación democrática*» [1977], «*El dominio ideológico del capitalismo y la crisis de la izquierda*» [1981]; «*Vacilaciones y abandonos*

de los intelectuales del PCE» [1981] y «Sobre la crisis de la izquierda. Carta a “Alerta”» [1986]- y diez complementarios: «Significado y propósito de la guerra civil» [1986], «En el 50 aniversario de la guerra civil» [1986], «Sobre la guerrilla antifranquista en León» [1986], «Poesía y sociedad. El ambiente sociocultural en que surgió “Espadaña”, León 1944-1951» [1984], «Militares, Wissenssociologie von der» [s.f.], «Sobre la pluralidad de partidos políticos en España» [1976], «Respuestas a la encuesta sobre el proyecto de ley de Reforma Política» [1976], «Los demócratas improvisados» [1976], «Sobre el 23 F» [1981], «Sobre la transición» [1982] y «Crisis del capitalismo y crisis de la izquierda» [1986].

«Origen y desarrollo de la Dictadura del General Franco» se escribió cuando la dictadura franquista llegaba a su fin.

«España está viviendo las últimas consecuencias de la guerra civil de los años 1936-1939. Con motivo de los últimos acontecimientos, los “ultras” de aquí han resucitado la frase “la guerra civil aún continúa”. No les falta razón. Sin embargo, esa afirmación causa indignación en los medios de la burguesía industrial, que se esfuerzan por dar por liquidada la guerra civil, precisamente para reducir las tensiones y para desarmar a los “ultras”. Pero, quiérase o no, en estos momentos asistimos a la liquidación de los últimos vestigios [o, más que vestigios, restos o consecuencias] de nuestra contienda interior. No se debe olvidar que, en 1936, el General Franco fue investido con el poder sumo y total por los representantes de la clase dominante [el complejo latifundista y financiero] y que ha ejercido ese poder de manera exclusiva, total e ilimitada desde el final de la guerra civil hasta hoy.»

El bloqueo de la reforma agraria, legitimado jurídico-ideológicamente por la oligarquía agrícola-financiera al presentarla como expropiación revolucionaria de la tierra en perjuicio tanto de la pequeña como de la gran propiedad agraria, fue un factor importante del desencadenamiento de la Guerra Civil y del origen de la dictadura del General Franco. Pero hubo otros, como la debilidad de una República falta de suficientes apoyos sociales, un Estado dominado por la vieja burocracia y la oposición frontal de los dos estratos de la clase dominante, la oligarquía latifundista y financiera y los restos feudales de la vieja nobleza provinciana. Este segundo sector, anclado desde el segundo tercio del siglo XIX, por su intimidad con la Iglesia, en una ideología reaccionaria y opuesta a los simples hallazgos político-liberales, había evolucionado desde su separación de la alta nobleza latifundista con la entronización de los Borbones hasta volver a integrarse en un bloque histórico con ella con el “nuevo orden” impuesto en 1939 sin más modificación que la “actualización” fascista y nazi de su discurso feudal tradicionalista.

La clave explicativa de «La ideología de la “clase media y el régimen de Franco» es la economía política.

«La economía política puede, sin duda, prestar una valiosa ayuda en ese esfuerzo por entender la coincidencia de intereses entre la llamada clase media y el Régimen fundado por el General Franco. Pues no se debe olvidar que el verdadero objeto de la economía

política es el análisis —el estudio— de la forma en que se distribuye la riqueza entre las clases sociales que intervienen en su producción.»

Ahora bien, el texto se centra en la pérdida de la posición histórica privilegiada de la clase media franquista al imponerse la centralidad de las clases empresarial y obrera con el desarrollo capitalista de los sesenta y primeros años setenta, y en sus consecuencias político-ideológicas. A saber: defensa a ultranza abstracta y retórica de la religión y la patria, como síntoma claro de su desaparición como guardiana de las diferencias de clase; subjetivismo, aversión a la política e incapacidad para la crítica de sus miembros, producto de su carencia de intereses comunes y de solidaridad como tal clase social; y fractura generacional entre desafectos y partidarios de la democracia burguesa al extinguirse el régimen de Franco.

Para esclarecer el «*Minipartidismo y fulanismo en la España actual*» se ensaya el análisis económico-político e histórico, tras descartar las explicaciones geográficas, biológicas y psicológicas al uso como falsas.

Si la forma de producción y el reparto de la riqueza entre las clases sociales condicionan la política y la conducta humana en general, las relaciones sociales generales y específicas de producción que definen la conducta de cada clase social configuran su psicología típica. Ahora bien, en el modo de producción feudal, bajo la sucesión de sus etapas históricas y su diversidad de formas, la clave principal de la estructura social fue siempre, directa o indirectamente, el monopolio de la tierra, con los terratenientes y los campesinos como clases sociales básicas.

La España agraria y artesanal feudal no fue en ese sentido una excepción, pues, aunque se distinguió por el predominio social de los productores iguales, independientes y con frecuencia competitivos entre sí y por el aislamiento territorial de los campesinos independientes respecto de los colonos y arrendatarios, siempre imperó en ella la dominación —directa o indirecta— del colono, el arrendatario y el pequeño propietario por el terrateniente y/o el cacique.

Con las reformas liberales de las décadas centrales del siglo XIX surgió una nueva sociedad agraria con dos o tres enclaves industriales importantes y una gran masa de campesinos autosuficientes [propietarios, arrendatarios o aparceros] como principal factor estabilizador del atraso del país. La falta de intereses comunes entre los diferentes estratos sociales del país y de bases de unión para la solidaridad interna de las clases sociales impidió la constitución de partidos políticos genuinos, estimuló la aversión a la política de los integristas y los anarquistas, posibilitó el protagonismo político de la clase media [profesionales, funcionarios, comerciantes acomodados, etc.] y la pequeña burguesía e hizo inviable la resolución de las contradicciones sociales básicas por medios políticos. De ahí el recurso creciente a la represión y la fuerza, que culminaría, tras la Guerra Civil, con la entronización de una monarquía absoluta, encarnada por el regente, enmascarada bajo rasgos fascistas y una institucionalización del poder conforme a las ideologías pequeño burguesas típicas.

No obstante, al imponerse el interés y el afán ilimitado de lucro como motor de la actividad social con el desarrollo del capitalismo en los años sesenta y primeros setenta, las viejas relaciones sociales personales medievales han sido sustituidas por relaciones contractuales, la propiedad medieval tardía por la burguesa y la lealtad al patrocinio de un señor y las relaciones de sumisión personal por la liberación de los hombres de las complejas ataduras feudales. En estas condiciones, la mayoría perdió toda propiedad excepto la de su fuerza de trabajo y se desarrollaron la tendencia irresistible del capital a la acumulación, la movilidad universal de las cosas y los hombres y la división radical de éstos en trabajadores y empresarios, como nuevas clases sociales hegemónicas, con el alineamiento consiguiente del resto de la población en torno a ellas.

En cuanto al auge reciente del multipartidismo, puede entenderse por la carencia de tradición política, el vacío político franquista, la transformación de la clase media y la pequeña burguesía y la táctica gubernamental. Aunque, con la consolidación de la democracia burguesa, únicamente quedarán dos o tres partidos políticos genuinos, resultado de la fusión de los grupos políticos que pretendan sobrevivir.

«El espectáculo actual de fragmentación política no tiene mucho de edificante, pero era previsible para cualquier observador que dispusiera de unos datos mínimos; y, además, no tiene nada de escandaloso: es el resultado natural de un país que, en medio de la más rigurosa ausencia de actividad política, ha transformado de forma radical su sistema de producción. La proliferación actual de partidos es la manifestación de los titubeos y de la espontaneidad de una población en busca de los afines con los que establecer lazos de solidaridad, en especial cuando pende todavía sobre ella la espada de Damocles de la represión y de las prohibiciones.»

La cuestión de las «*Las fuerzas de la cultura y la participación democrática*» se aborda con la misma metodología científico-social e histórica.

Las sociedades democráticas industriales actuales son resultado de la transformación capitalista de sociedades agrarias tradicionales. En España, la estructura social y política de la sociedad agraria persistió hasta 1936, con los intelectuales y artistas dependientes del mecenazgo y con poca influencia social. Pero las remesas de los emigrantes, las divisas de los turistas, la importación de la tecnología industrial y, en fin, la industrialización y el desarrollo capitalista en los años sesenta y setenta han dado origen a toda una serie transformaciones sociales radicales: constitución de una nueva estructura social con centro en la clase obrera y la burguesía industrial; redistribución territorial de la población, cambio de la estructura tradicional de la población activa y urbanización creciente, con los problemas sociales consiguientes de vivienda, delincuencia, polución, etc.; mecanización y concentración de la producción, sistema fabril, aumento de la productividad e imperio del marketing; lucha empresarial por el dominio del mercado y recurso a los aumentos salariales para garantizar la realización de la producción; ruptura de los hábitos de consumo tradicionales del conjunto de la población y creación constante de nuevas necesidades bajo el imperio de la publicidad; desarrollo de las “industrias” de servicios [las del ocio y el turismo de masas, entre otras]

y tendencia al predominio creciente del sector terciario; exigencias de formación intelectual y profesional de los trabajadores, preocupación general por la enseñanza y aumento notorio del presupuesto de educación; industrialización de la cultura de la letra impresa, la imagen y el sonido y necesidad de la correspondiente mano de obra especializada; desarrollo de los medios de comunicación de masas y de la publicidad, con un serio impacto educativo, especialmente en la infancia; aprendizaje de la organización y la cooperación y desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores en las grandes fábricas; toma de conciencia de sus intereses por éstos, generadora de una nueva actitud ante la actividad política, raíz del movimiento ciudadano; desarrollo de las fuerzas de la cultura y de sus medios de influencia sobre las masas con el crecimiento desmesurado de las industrias de la cultura y las comunicaciones de masas; etcétera.

En estas condiciones, el aumento de la demanda y el asalaramiento [*sic*] de profesionales, intelectuales y artistas minó su ambivalencia característica por su posición intermedia entre las masas trabajadoras y la burguesía industrial y la clase media. De hecho, muchos han tomado conciencia de las contradicciones sociales e incluso adquirido una conciencia de clase en alianza y colaboración con la clase obrera. Es más, su contribución al esclarecimiento de la conciencia de las masas en los últimos años, su colaboración con éstas, sus proyectos especialistas y su integración en los movimientos ciudadanos constituyen hoy una garantía frente a la corrupción capitalista y un arma potente en la lucha por poner los medios de comunicación y las industrias de la cultura al servicio de la gente común.

«Las fuerzas de la cultura, con el apoyo de los ciudadanos, pueden conseguir el control de los medios de comunicación de masas y de las industrias de la cultura, para transformar unos y otros, de negocios lucrativos y deformadores de las opiniones y sentimientos de los ciudadanos, en auténticos servicios sociales, servicios públicos dirigidos a elevar la conciencia de las masas y a educarlas en la libertad y el respeto a la dignidad del hombre; a orientarlas hacia la única forma de sociedad en que esos objetivos son posibles, hacia el socialismo.»

«*El dominio ideológico del capitalismo y la crisis de la izquierda*» puede esclarecerse sin más que comparar la condición de la clase obrera antes de 1936, con su fragmentación objetiva contrarrestada por la autonomía social y político-ideológica y su movilización espontánea para la Guerra Civil, con la configuración capitalista actual de los gustos, sentimientos y esperanzas de las masas trabajadoras como resultado de su fragmentación mercantil, el bloqueo de su “conciencia espontánea” por los medios de comunicación de masas y la centralización empresarial. De ahí que, en estas nuevas condiciones, una política transformadora tenga que partir del análisis de la situación sociocultural actual de las masas con la guía teórica del análisis marxiano, difundiendo sus resultados con un lenguaje al alcance del hombre común, completado por el fomento de la lectura entre la clase trabajadora.

«La tarea fundamental de los partidos comunistas es recuperar su influencia sobre las masas trabajadoras y despertar su interés. [...]. Por encima de todo hay

que saber qué es y a dónde va la sociedad capitalista en que estamos inmersos. Hay que conocer a fondo su estructura, su organización, su fisiología, sus fuentes de vida, así como sus mecanismos de dominio en todos los niveles, desde el militar y policíaco hasta el más sutil y refinado, que es la incrustación en las mismas conciencias, pasando por el religioso. [...]. Hay que demostrarles que el socialismo –a pesar de todo lo que se diga en contrario- no significa una reducción del bienestar individual sino mayor bienestar, seguridad y liberación de todas las opresiones, materiales y espirituales.»

Por lo mismo, las «*Vacilaciones y abandonos de los intelectuales del PCE*» deben afrontarse debatiendo a fondo la cuestión dentro del partido y proporcionando una explicación verosímil al militante.

«Como se sabe, las tensiones de clase operan de modo oscuro en los individuos impulsándoles a tomar posiciones a veces difícilmente explicables o enmascaradas bajo falsas motivaciones. Y a nadie le tiene que extrañar que tales tensiones se manifiesten entre los intelectuales, profesionales y artistas del PCE, sobre todo en aquellos que, como se ha dicho, no han asumido la conciencia de clase de forma plena ni el marxismo como concepción del mundo por vía teórica, por mucha simpatía que sientan por el partido obrero en el que militan.»

Por lo demás, el texto es una contribución a dicho debate sobre la base del análisis económico-político de la estructura y los cambios de la sociedad española, de la organización de la composición real del partido y de los condicionamientos y la extracción de clase de los intelectuales, distinguiendo dos períodos básicos: 1939-1958 y 1959-1981.

Entre 1939 y 1958 imperan la miseria social y económica popular y el totalitarismo político de un sistema agrarista, medievalizante y dogmático, con vía libre para el estraperlo, la opresión económica de los trabajadores, la acumulación primitiva del capital, la represión policial y jurídica, la censura y el anticomunismo ideológicos, la hipocresía moral, el adocenamiento intelectual y la mezquindad de la cultura intelectual y artística, coincidiendo llamativamente por cierto con el aislamiento político internacional de la dictadura y el prestigio mundial del comunismo tras las hazañas de la guerrilla antinazi y antifascista, la victoria militar de la URSS y la Revolución China. Hacia 1953-58 fracasa el ensayo aperturista demócrata cristiano, que será sustituido por el ascenso político de la tecnocracia del Opus Dei, en tanto que el partido comunista, principal protagonista de la lucha antifranquista desde 1939, adopta una estrategia aperturista logrando la adhesión de una primera promoción de intelectuales de la clase media alta y la burguesía industrial, así como de la juventud universitaria más crítica. Aunque algunos dudan, atrapados por sus contradicciones [origen en las clases privilegiadas y militancia antifranquista, educación religiosa intensiva y constatación de la descristianización “materialista” de la sociedad, desprecio y repugnancia ante el totalitarismo político y el medievalismo ideológico franquistas, etcétera] y otros optan por impulsar el reformismo demócrata cristiano.

En cuanto a los años de 1959-1981, son los de la descomposición del régimen franquista y la transición a la democracia. El desarrollo industrial capitalista transforma la estructura social y concluye con la crisis económica, social y política: la burguesía se distancia del régimen, en descomposición; las familias burguesas afrontan con relativa tolerancia la aproximación de sus vástagos al comunismo, viendo en ello un problema lamentable y un accidente histórico superable; la instauración de la democracia burguesa y la libertad de expresión son conquistas tardías; el consumismo va anulando la conciencia espontánea de la clase trabajadora; concluye la contemporización de la burguesía con el partido comunista español, mientras el enfrentamiento entre trabajadores y empresarios es creciente, aunque contenido por la debilidad de la democracia y la necesidad del pacto entre la burguesía y los trabajadores para defenderla de los ultras.

Por lo que respecta al partido comunista, supera su debilidad, producto de la clandestinidad forzada, acentúa su aperturismo político e impulsa la militancia por la doble vía teórica del intelectual y práctica del obrero ante la imposibilidad de la formación de un núcleo de intelectuales comunistas de origen obrero por la dureza de la represión franquista. La adhesión, de los intelectuales, profesionales y artistas al partido comunista y de la juventud universitaria es crecientemente masiva, aunque dominada por el activismo político-electoral y con dejación de la creatividad teórica marxista. De ahí el ascenso rápido y la constitución de la juventud universitaria como el grupo más visible e influyente, por su personalidad social y cultural y por la atención que le prestan los “medios”, con la consiguiente debilitación del partido y su política de “flexibilidad” ante los grupos de poder postfranquistas. Todo lo cual culmina con nuevas vacilaciones y abandonos crecientes del partido por intelectuales, artistas y profesionales, en claro contraste con la creatividad y el compromiso político firme de la intelectualidad europeo-occidental tras la Segunda Guerra Mundial. Es más, asciende el antiautoritarismo absoluto, se descuida el estudio, se renuncia al marxismo, que se presenta como un dogma, por parte de una clase media anclada en sus sentimientos de clase burgueses y de una pequeña burguesía carente de conciencia de clase y de identificación emocional con la clase obrera, y el partido se debilita con la sustitución de la creatividad intelectual y el análisis de los problemas sociales reales por la asunción de los problemas que alimentan la pugna estéril de sus diversas fracciones por el poder interno.

Por último, esta primera parte concluye con un último texto básico «*Sobre la crisis de la izquierda. Carta a Alerta*», con centro en la situación económica y política de los grandes países capitalistas y en los años ochenta y en el papel político de la izquierda burguesa y la izquierda socialista.

Aunque enmascarada con diversas operaciones de diversionismo ideológico, la crisis económica es, ante todo, una crisis de beneficios empresariales, pero con muchas causas coadyuvantes, como la limitación de del mercado por la existencia de países socialistas, la división del mundo en dos bloques irreconciliables, la rebeldía del Tercer Mundo, la carrera de armamentos, el aumento del paro y la crisis social, etcétera. En

una época de derechización del capitalismo y de éxito ideológico del anticomunismo de izquierda, en tanto que la izquierda burguesa carece de condiciones de credibilidad, la izquierda socialista aparece como el enemigo a batir, aunque sus condiciones de existencia en los diversos países van desde la persecución a muerte y el acecho social, jurídico y policial con los gobiernos de segundo y tercer orden hasta el reconocimiento jurídico y político y la tolerancia allí donde se afianza la democracia burguesa.

El monopolio capitalista de la actividad empresarial impone la restricción del gasto público y el apoyo financiero del Estado a la “empresa libre” en caso de crisis. Ahora bien, el enfoque político de los problemas económicos constituye la diferencia capital entre los partidos de derecha y los partidos de izquierda. Los partidos de derecha, condicionados por la diversidad de intereses de los grupos económicos de presión y la fragmentación del poder, descuidan la política económica de conjunto. Los partidos de la izquierda burguesa, cuyos cuadros y militantes carecen de vínculos reales con el mundo de los negocios, disponen de un enfoque unitario y sistemático de la economía capitalista e impulsan la política neoliberal como gestores ideales del capitalismo. En cuanto a la izquierda socialista su tarea fundamental ha de ser la profundización y ampliación de los límites de la democracia burguesa; y de ahí la importancia de la existencia de un partido comunista sólido, capaz de orientar a los hombres e impulsor de la recuperación de su conciencia como primer paso para poder recuperar la libertad y la dignidad.

«La historia reciente demuestra ampliamente que los gobiernos de izquierda no tienen otra salida. No vale echarle imaginación: es absurdo pedirles fórmulas nuevas e iniciativas creativas a los capitalistas. Éstos tienen en sus manos el poder económico y, por tanto, también, la posibilidad de cerrar sus empresas; y única y exclusivamente quieren condiciones óptimas para ganar dinero con sus negocios. En cuanto a pedir imaginación a los políticos de izquierda, es una tontería. En los países capitalistas, sobre todo en los que están situados en el centro del sistema, los límites están rígidamente trazados; y, si algún gobierno pretendiera tomar alguna medida heterodoxa, las organizaciones supranacionales disponen de recursos de presión más que suficientes para conseguir que el innovador retorne al buen camino. Estamos inmersos en un sistema riguroso de soberanía limitada.»

Por demás, todo esto se completa con una serie de textos menores que viene a completar y/o matizar los textos básicos.

«*Significado y propósito de la guerra civil*» encierra una llamada al esclarecimiento de la conciencia colectiva mediante el estudio y la comprensión de nuestra historia más reciente.

«Como intelectuales, como pueblo, tenemos que esclarecer nuestra conciencia colectiva. Tenemos que entender nuestro pasado reciente. No podemos seguir considerándonos como una excepción, como un caso patológico en el mundo occidental. Si aceptamos la tesis del golpe de Estado –del pronunciamiento hispánico continuaremos la tradición de la España de pandereta, de bandidos generosos (o, no tanto), cantaores y gitanos. Los duros y penosos trabajos de nuestro sufrido pueblo –y

en esto yo me siento pueblo, pueblo campesino y minero- merecen una explicación. Es más: exigen una explicación. Nuestros miles y miles de emigrantes, dispersos por Europa y América, merecen una explicación. Hay, pues, que decirles, a los que tanto han sufrido dentro, a los hijos de tanto español sacrificado, a los que sufren por el mundo, qué es lo que ha pasado aquí y por qué han pasado las cosas que han pasado.»

La guerra civil fue un proyecto largamente madurado con vistas a la resolución violenta de la principal contradicción de nuestro del sistema productivo, tras el bloqueo del desarrollo capitalista agrícola e industrial y el estancamiento general de España desde principios de siglo. Ante el aumento de la tensión social, al agravarse el problema de la tierra, se ensayaron soluciones más drásticas con la dictadura de Primo de Rivera, como la liquidación de los sindicatos de clase y la destrucción de las organizaciones políticas democráticas; y esto mismo se llevaría con la práctica de los sublevados contra la República, que aparece desde los primeros días como prueba de cargo contra la clase terrateniente como impulsora de la guerra con el fin de garantizar su hegemonía mediante el exterminio de los contrarios.

«*En el cincuenta aniversario de la Guerra Civil*» se reúnen una serie de notas que vienen a confirmar esa tesis básica.

«Las clases que en España preparan y desencadenan la Guerra Civil pugnaban por mantener un anticuado sistema de producción [que significa la más dura explotación y la miseria para las clases trabajadoras] para mantener los lujos y proteger la despreocupación de una minoría insignificante con su corte de aduladores, lacayos y guardaespaldas. Nuestra Guerra Civil, lo mismo que la Segunda Guerra Mundial, demuestra claramente que las más atroces violencias y los crímenes más horribles no dimanaban de un carácter innato en los hombres, sino que son siempre el resultado de la excitación y de la persuasión de una clase obsoleta y ya condenada a la extinción.

En «*Sobre la guerrilla antifranquista en León*» se pone el principal acento en la degradación de las relaciones personales y de amistad al prolongar la dictadura de Franco la guerra civil durante quince años, el exterminio de la oposición consciente y la vuelta a la edad media como objetivos de los sublevados y “las partidas” como buen pretexto para aterrorizar a la población.

«Parece probable que fuera eso lo que se pretendía, porque las partidas de “huidos” —y ni siquiera las guerrillas— jamás pusieron en peligro al régimen de Franco, ya que, si el ejército franquista había derrotado a las fuerzas militares, improvisadas, de la República, en los años cuarenta ese ejército era más fuerte que nunca y la sociedad franquista se había estabilizado y fortalecido. Las partidas no eran un enemigo, pero sí eran un buen pretexto para intensificar la represión y para aterrorizar a la población exterminando no sólo a los huidos y guerrilleros sino a enlaces, confidentes, familiares y a todas aquellas personas que les pudieran servir de puntos de apoyo.»

En «*Poesía y sociedad. El ambiente sociocultural en que surgió “España”, León 1944-1951*» se ofrece una visión de la ciudad provinciana después de la Guerra Civil, bajo el imperio del terror físico paramilitar y el terror espiritual eclesiástico como método de dominación, a propósito del esclarecimiento de la configuración

sociocultural en la infancia y la juventud de la personalidad de Eduardo García de Nora, en el León de la época, como contribución al esclarecimiento de su poesía social.

«La poesía, los poemas, reflejan la actitud, el talante, del Poeta ante los acontecimientos y rasgos más sobresalientes de la realidad; en especial, de la realidad social y, sólo muy en segundo lugar, de la realidad natural. El Poeta verdadero mira y habla de los hechos humanos, solamente de los acontecimientos protagonizados por los hombres y relativos a los hombres. El arte genuino tiene por tema al hombre y nada más que al hombre.»

La nota «*Militares. Wissenssociology von der*» viene a ser un apunte de un proyecto de investigación sobre el ejército español, aunque que sólo se plasmaría en un par de centenares de notas.

En «*Sobre la pluralidad de partidos políticos en España*» se abunda en esta cuestión.

«Hemos sobrepasado la cifra de doscientos...; es más asombroso que los ingleses puedan reunirse en sólo dos bandos, de laboristas y liberales».

La base objetiva del pluralismo político es la existencia de múltiples “constelaciones de intereses”. En el modo de producción capitalista la diversidad de intereses se plasma en la existencia de dos o más partidos, aunque el capitalismo monopolista de Estado fragmenta a la clase obrera y privilegia a su capa superior. Ahora bien, para entender la pluralidad de partidos político al final de la dictadura, hay que tener en cuenta la persistencia del partido único franquista y que éste no fue propiamente un partido fascista sino un partido feudal tardío, maquillado como fascista de modo superficial.

En «*Respuestas a la encuesta sobre el proyecto de ley de Reforma Política*» se recogen las posiciones del autor al respecto.

«*Sobre el 23 F*» es una carta inacabada a Manuel Román, en parte autobiográfica y en parte analítica de ese acontecimiento sociohistórico.

«*Sobre la transición*» es un texto más complejo, que se abre con una definición.

«Podría anticiparse que la transición es el proceso político dirigido a adaptar y a armonizar la cúpula del poder de las instituciones franquistas a los cambios socioeconómicos profundos producidos en nuestro país con el desarrollo económico, y, en especial, con la industrialización y los cambios que ésta ha traído consigo.»

Las instituciones franquistas, cuyo origen se remonta a la estructura burocrática típica del feudalismo decadente, tardío, adecuadas para un Estado absolutista asentado sobre una sociedad agraria tradicional bajo la hegemonía de la clase terrateniente, fueron monopolizadas por un funcionariado de tipo igualmente tradicional, con su corporativismo y su nepotismo característicos, fiel y leal ideológicamente, con predominio de las ideologías reaccionarias o ultras, e impulsor de una legislación escasa, reiterativa y con un atraso normativo que dejaba amplio espacio a la discrecionalidad.

Con la transición a la democracia –saboteada por los servicios de información del régimen franquista- se impuso la adaptación de la cúpula del poder a la democracia, aunque no sin resistencias, comenzando por la de la burocracia franquista y los principales herederos de los poderes acumulados por el general Franco, unos reconocidos –como el parlamento, los partidos y el Consejo General del Poder Judicial- y otros no –como la iglesia jerárquica, la clase empresarial, la judicatura, los servicios de seguridad y demás “poderes fácticos”.

Y, en fin, la sección concluye con la «*Crisis del capitalismo, crisis de la izquierda*».

«La intensificación de la crisis del capitalismo en forma de crisis de beneficios empuja a la derechización, por cuyo motivo la izquierda burguesa tiende a desaparecer. La izquierda “socialista” se ve forzada a “administrar” el capitalismo en una situación de constante deterioro y de crisis: al ser esta crisis, de beneficios, no puede favorecer a la clase obrera porque empeoraría la situación de los empresarios, y tampoco puede propugnar el cambio de la sociedad, porque está implicada en algún pacto anticomunista. Por tanto, la izquierda no puede gobernar, pues se encuentra en pura contradicción con el sistema.»

Por último, la quinta sección –***De la legitimación eclesiástica de la dominación a la mediática***, incluye cinco textos básicos –«*Las reformas liberales y la vía al estancamiento*» [s.f.], «*La educación, problema capital de la sociedad industrial*» [1973], «*Universidad y sociedad*» [1977], ***Educación y clases sociales [s.f.] y Educación católica y alienación [1980]***- y doce complementarios: «*Coeducación y control social en la España de la posguerra*» [s.f.], «*Sobre el libertarismo de los docentes españoles*» [1974], «*Partidos políticos y educación*» [1977], «*La Iglesia y la enseñanza*» [1978], «*La enseñanza es hoy uno de los frentes políticos*» [1978], «*Hay que renovar en profundidad la enseñanza del país*» [1979], «*La educación en la sociedad democrática industrial*» [1979], «*Los colegios religiosos y la crisis educativa en España*» [1980]», «*Necesidad de una reforma humanística, científica y racional de la educación*» [1980] y «*Sobre la educación*».

El texto «*Las reformas liberales y la vía al estancamiento*» corresponde a la primera versión del prólogo del libro ***Agricultura y atraso en la España Contemporánea (Estudio sobre el desarrollo del capitalismo)***, de Enrique Prieto Tejeiro.

«El propósito de estas páginas introductorias –escribiría su autor- era demostrar hasta qué punto los hechos históricos, políticos y socioculturales, “interpretados” por los intelectuales de la clase dominante, determinan la conciencia social y, a través de ella, la actividad intelectual y el comportamiento de los individuos.»

Una tesis que se completa, por cierto, con la apelación por los intelectuales al estudio de la historia para justificar decisiones legales y políticas.

Así, en el caso de España, a la hegemonía política e ideológica frailuna con los últimos Austrias sigue el intento ilustrado de la creación de una conciencia nacional española partir del cambio de conciencia de la nobleza laica; a la invasión napoleónica,

que conmovió la raíz del viejo árbol hispano en los planos político, militar e ideológico, la triple escisión de la conciencia nacional en liberal moderada, liberal radical e integrista feudalizante; a la modificación jurídica de la propiedad y las desamortizaciones eclesiásticas y civiles, clave de las reformas liberales, el sistema terrateniente de la Restauración; y a las inflexiones históricas de este último y su ciclo ideológico, la dictadura del general con el imperio ideológico del nacionalcatolicismo, comenzando por el ensayo de vuelta a una nueva edad media en los años cuarenta.

El artículo *«La educación, problema capital de la sociedad industrial»* se estudia la necesidad de las reformas en educación con la transición a una sociedad capitalista industrial y de servicios en los años sesenta.

«Dos factores son los que confieren una grave importancia a la reforma educativa emprendida últimamente en España: 1/ el enorme aumento del número de estudiantes en la enseñanza media y universitaria; y, sobre todo, 2/ la reforma de la enseñanza primaria. En este caso, ya no se trata solamente de unas medidas (cambios más o menos superficiales) que interesan a una minoría, sino que se trata de cambios drásticos en los contenidos y en los métodos de las enseñanzas que conciernen a grandes masas de la población.»

Ahora bien, las reformas de la educación en la sociedad industrial rompieron con la concepción liberal de la enseñanza como instrucción intelectual con un sentido utilitario que dejaba la acción educadora a la familia, la iglesia y la sociedad en general. Confundieron interesadamente los conceptos de enseñanza y educación, y los de reforma de la enseñanza y reforma de la educación, al enfrentarse a la multiplicación e intensificación de las tensiones en la sociedad del consumo, el desarrollo del fenómeno de la juventud, la necesidad de su integración social y el crecimiento masivo del número de estudiantes. Afrontaron el problema de la escasez, la aparente falta de rentabilidad y la peligrosidad del profesorado desde el punto de vista del capital: la sociedad industrial capitalista necesita formar expertos y consumidores dóciles y admiradores fieles del sistema, sin que desarrollen el espíritu crítico ni adquieran ideologías disolventes. Fomentaron la irrupción de los medios de comunicación de masas en la enseñanza, presentándolos como una innovación trascendental en los recursos materiales de la enseñanza. Con la ayuda de la publicidad comercial, impulsaron también, de paso, el prestigio y el empleo de la imagen en la enseñanza, que representa el viraje más rotundo respecto a la elevación de las cosas al concepto, como objetivo de la enseñanza primaria y secundaria tradicional, y frente a la palabra hablada, como la acción socializadora de la infancia más decisiva. E introdujeron la electrónica en las aulas, respondiendo a los intereses de las grandes industrias y como un componente más de la tendencia general a la mecanización de la enseñanza, cuando lo que habría que hacer en una sociedad altamente industrializada es formar hombres mediante una dedicación creciente de esfuerzo humano.

«En palabras definitivas, los hombres que han de constituir una sociedad libre y democrática, una sociedad sana y moral, no pueden ser hijos de las máquinas, sino que tienen que estar modelados, educados por los mejores hombres de su sociedad».

En la sociedad agraria tradicional la legitimación del Estado corrió a cargo del aparato técnico y especializado eclesiástico, dada la hegemonía de las organizaciones religiosas sobre las instituciones dedicadas a la formación y la creación intelectual; y de

ahí que las funciones de la Universidad fueran la formación jurídico-política del personal especializado del Estado, como clave cultural de la reproducción de la clase dominante mediante la integración de los individuos más capaces de los estratos sociales intermedios, y la formación de personal altamente especializado en función de las exigencias del desarrollo de las fuerzas productivas. En el caso concreto de España, la influencia de los cambios en la clase dominante y en la cúpula del poder con la nueva monarquía borbónica se plasmó en el dominio ideológico en la superación de la hegemonía universitaria de la casta colegial, el “espíritu de partido” y el “espíritu escolástico” por el proyecto ilustrado de nacionalización de la enseñanza universitaria. La universidad propiamente española se constituyó entre 1808 y 1876 con el afianzamiento de la base económica de la nueva sociedad agraria, los nuevos cambios en la clase dominante y en la cúpula del poder, el quebrantamiento del poder de las organizaciones eclesíásticas y la reorganización de las instituciones universitarias por la fracción europeísta de la clase dominante y la fracción superior de la clase media, para acusar desde la Restauración las nuevas contradicciones de las clases privilegiadas hasta mediados del siglo XX. Y, con la hegemonía de la burguesía y la dialéctica particular del sistema de enseñanza y el sistema productivo. las condiciones de posibilidad económicas, sociales e ideológicas de una sociedad capitalista industrial se materializaron en la crisis y la transformación de la Universidad, con vistas a la formación del personal especializado en la dirección, administración y control de la producción como su función principal.

Educación y clases sociales se abre con el “planteamiento del problema”, a modo de marco antropológico y sociológico introductorio, para poner el acento en la desatención científica y en la importancia teórica y práctica del análisis de la familia europeo-occidental, las motivaciones de la paternidad y la educación de los hijos. Supuesto esto, se sienta ante todo la tesis de la reproducción de la fuerza de trabajo como función principal de la familia en las sociedades históricas, para abordar a continuación algunas cuestiones fundamentales. A saber: antecedentes y formación de la familia campesina española; la familia campesina española; la familia en la moderna sociedad industrial; motivaciones para tener hijos; crecimiento y educación de los hijos; y la autoridad de los padres y la autodisciplina del niño. Y, una vez trazado este marco introductorio general, el análisis pasa a ocuparse de la cuestión central, abordando de modo sucesivo la educación familiar en la sociedad agrícola tradicional, la educación y la clase alta española, la educación y la clase media, la educación y la pequeña burguesía y la educación y la clase obrera.

En fin, **Educación católica y alienación**, que se editó con el título **Educación religiosa y alienación**,

«encierra una investigación bastante desordenada y confusa de un tema de enorme interés en el pasado y todavía hoy muy importante. A saber: la utilización de los sentimientos religiosos de las masas por las jerarquías religiosas en general –y, en especial, por las de la Iglesia católica- con fines de dominación política. [...]. Dentro de su brevedad, el librito contiene una gran riqueza de ideas, en algunos casos tan sólo apuntadas.»

En cuanto a los textos complementarios vienen a precisar algunos temas más o menos secundarios.

Así, *«Coeducación y control social en la España de la posguerra»* se ocupa de la supresión de la coeducación por el régimen político franquista, a costa de las ventajas notorias de la coeducación para el desarrollo emocional e intelectual del niño y en tanto que dispositivo sociocultural y político para la represión social y el control de las conciencias.

«Sobre el libertarismo de los docentes españoles» –otra carta a Manuel Román-, encierra el primer atisbo de cómo con el desarrollo industrial capitalista, la incipiente sociedad de consumo y el “asalariamiento” [sic] pueden explicar la psicología típica del profesorado a mediados de los años setenta.

«Cuando estuve aquí ya te dije que me habían elegido Decano del Colegio de Doctores y Licenciados; ... Hasta ahora lo que más me llama la atención es el antiautoritarismo, el antidirectivismo y la indisciplina general de los profesores y el terror histérico que tienen a todo condicionamiento. No acabo de entender bien el comportamiento de estos “intelectuales”; sus actitudes, su conducta en general, me confunden; por ello, he tratado de explicarme las causas profundas de su manera de proceder, y a continuación voy a exponerte mi visión de la cuestión.»

«Partidos políticos y educación» es un breve apunte sobre la cuestión, distinguiendo partidos de orientación idealista y partidos de orientación materialista, en contraste con la escasa eficacia de la pedagogía y la publicidad políticas en la sociedad agraria dada la carencia de estímulos e información, así como la diferente estrategia de los partidos burgueses de cuadros y los partidos socialistas de masas ante la demanda de educación ante la nueva sociedad industrial y democrática.

«Por sí mismos, los partidos políticos constituyen fuertes estímulos a la educación de sus miembros; al menos, los partidos de masas. En eso, precisamente, es en lo que se diferencian los partidos de masas de los “partidos de cuadros”.»

«La Iglesia y la enseñanza» es un apunte similar de la crisis del sistema de enseñanza neocatólico franquista con el desarrollo industrial capitalista, tras siglos de monopolio de la educación de la clase dirigente y profesional por la Iglesia.

«Durante siglos, desde el III después de Cristo –según el P. Eustaquio Guerrero, S. I.-, la Iglesia no es que educara a la clase dirigente; es que miembros suyos constituían el personal técnico, teórico, de la misma.»

«La enseñanza es hoy uno de los frentes políticos» es el título periodístico de las declaraciones a *El Correo de Andalucía* con motivo de la II Jornadas de Estudio sobre la Enseñanza en Andalucía, en mayo de 1978.

El que la crítica mediática de los Colegios Profesionales se limite a los Colegios de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias se explica porque responde a los intereses de los colegios religiosos y de la derecha política, que esgrimen la libertad de enseñanza como arma ideológica, cuando el papel de los “colegios de pago” como

vía para el ascenso social prácticamente ha caducado y la mayoría de los Colegios tienen juntas democráticas, pero no son centro de actividades políticas.

Esto se entiende mejor con sus declaraciones en *Pueblo*, pocos días después de dimitir como decano del Colegio de Madrid, en enero de 1979, al perder una votación por una diferencia mínima, presentadas por el diario con este encabezamiento: «*Hay que renovar en profundidad la enseñanza del país*».

Con el franquismo, la función del Colegio fue puramente burocrática. Ciertamente, entre 1974 y 1977 el Colegio se convirtió en un centro de actividad política y sindical, ante la cerrazón del régimen político franquista en sus últimos años. Pero, tras su apertura política, lo que se ventila es la defensa de un Colegio que propicie la escuela pública frente a quienes propugnan la escuela privada, por razones económicas e intereses personales, porque lo que se necesita es enseñanza de masas, no dirigida políticamente, que eduque de forma racional al niño, valiéndose de la integración de la influencia emocional de la familia y la influencia racional del profesorado, así como de una nueva moral para una sociedad democrática e industrial.

Esto último se amplía en «*La educación en la sociedad democrática industrial*», que viene a ser a su vez el guion detallado del texto «*Transición a la sociedad industrial y democrática y remodelación del sistema educativo*», también de 1979.

«*Los colegios religiosos y la crisis educativa en España*», publicado al año siguiente, “forma parte de la introducción de un libro ya entregado a un editor sobre ***Enseñanza, religión y el control de la conciencia***”, siendo su tesis central que la clave principal de la crisis de la educación de los años sesenta es la contradicción entre la persistencia de la configuración neocatólica de las conciencias por las organizaciones religiosas y el desarrollo irresistible del capitalismo tras la Guerra Civil.

De ahí la «*Necesidad de una reforma humanística, científica y racional de la educación*», afirmará ese mismo año en carta al director de *Diario 16*.

«Hay que aceptar los hechos como son, sin nostalgias agraristas, que jamás volverán. La educación de nuestro país será humanista, científica, racional, como queda esbozada o seguirá generando sucesos como los que tan justamente estigmatiza su periódico.»

Y de ahí también su insistencia «*Sobre la educación*» una y otra vez.

«El problema que ahora me preocupa, es elaborar un libro para profesores y padres que pudiera servirles de *guía* para mejorar su acción en la educación de los muchachos. Esta última cuestión me excita y me acucia últimamente, a la vista de la crisis abierta en la educación de la juventud en este país.»

Ese libro tendría de cuatro partes. En la primera se explicaría la naturaleza del hombre y su medio a la luz de la biología evolucionista, como marco teórico necesario para esclarecer el origen y el desarrollo de la conciencia infantil. En la segunda abordaría la naturaleza de la sociedad industrial capitalista y sus dispositivos culturales para el control del comportamiento de los individuos, poniendo el principal énfasis en la dialéctica de los centros reales y aparentes de poder, y en la de la sociedad de consumo y la publicidad, en la adaptación consciente del niño al medio humano y su elevación a

los sentimientos más elevados como tarea central del profesor, y en la necesidad de una concepción racional –científica- de la vida y de la historia humana, como cimiento firme de la nueva sensibilidad, de la nueva moral y del conocimiento que el hombre debe tener del medio en el que tiene que vivir. En la tercera se centraría en las funciones básicas de la escuela: equipar al niño con los conocimientos y las destrezas necesarias para jugar un papel en la sociedad y poner al hombre en condiciones de desenvolver su propia personalidad, elegir su proyecto de vida y ejercer su libertad valiéndose del conocimiento de la sociedad, de las ciencias naturales y la técnica y de la vivencia del arte. Y, en la cuarta y última, buscaría el modo de estimular la reflexión de profesores y padres sobre la educación del niño, con especial atención a la búsqueda de los medios para ayudar a alumnos e hijos a descubrir conscientemente la realidad en la que viven, como condición sine qua non para el ejercicio de su libertad.

Madrid, 15 de junio de 2023

